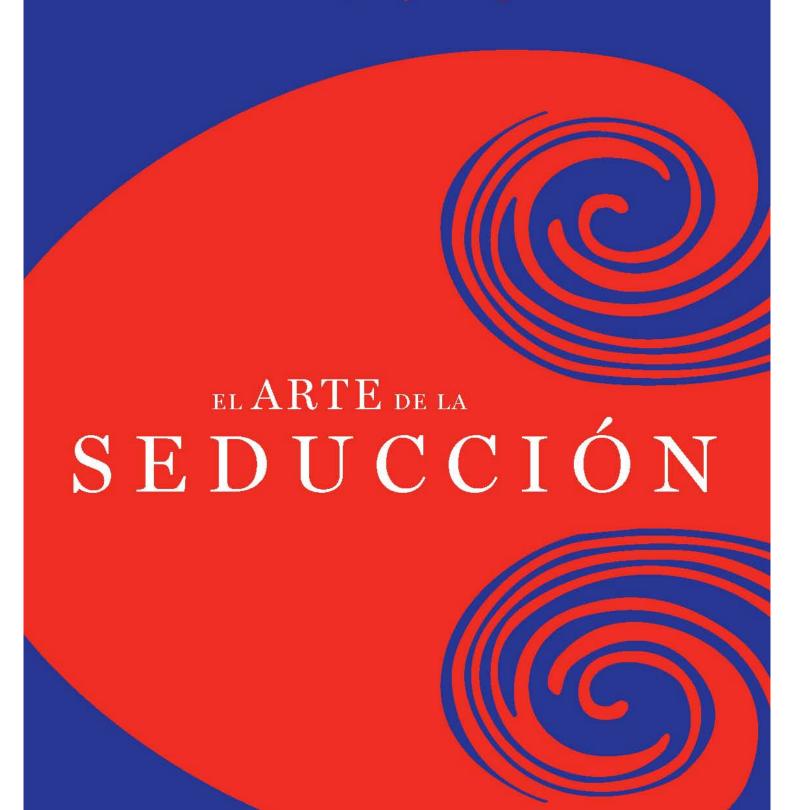
# ROBERT GREEN

Autor de Las 48 leyes del poder





EDICIÓN DE JOOST ELFERS

Consigue lo que quieras manipulando la más importante debilidad de cualquier persona: el deseo de placer.

Se trata de la seducción, una habilidad que está al alcance de cualquiera y que, empleada con destreza, permite manipular, controlar y doblegar la voluntad de los demás sin recurrir a la violencia física ni a la presión psicológica. Con su claridad y amenidad características, Robert Green muestra aquí todo lo que se puede lograr mediante este sutil arte, así como las estrategias, maniobras y reglas más eficaces para conseguirlo. Con este fin se apoya en ejemplos tomados de la historia y en la biografía de algunos de los seductores más célebres del pasado, tales como Cleopatra, Casanova, De Gaulle y John F. Kennedy. Asimismo sintetiza las ideas de aquellos que han analizado el tema, como el poeta Ovidio y el filósofo Soren Kierkegaard. Estamos, sin duda, ante un libro imprescindible para vencer la resistencia del otro y lograr que se rinda a nuestros deseos.

# Robert Greene

# El Arte de la Seducción



Título original: *The Art of Seduction* Robert Greene, 2001

Traducción: Enrique Mercado Imagen de cubierta: Alexandre Cabanel

Editor digital: Watcher ePub base r1.2

A la memoria de mi padre.

# **Agradecimientos**

Antes que nada, quisiera dar las gracias a Anna Biller por sus incontables contribuciones a este libro: la investigación, las muchas conversaciones, su invaluable ayuda con el texto mismo y, no menos importante, su conocimiento del arte de la seducción, del que he sido feliz víctima en numerosas ocasiones.

Debo agradecer a mi madre, Laurette, su constante apoyo a lo largo de este proyecto, y que sea mi más ferviente fan.

Quiero dar las gracias a Catherine Léouzon, quien hace unos años me introdujo en *Las amistades peligrosas* y el mundo de Valmont.

Quiero dar las gracias a David Frankel por su hábil labor de edición y muy apreciados consejos; a Molly Stern, de Viking Penguin, por supervisar el proyecto y contribuir a darle forma; a R adha Pancham por mantener todo en orden y ser tan paciente; y a Brett Kelly por hacer avanzar las cosas.

Con el corazón abatido, me gustaría rendir tributo a mi gato Boris, quien durante trece años veló por mí mientras escribía y cuya presencia se echa mucho de menos. Su sucesor, Brutus, ha demostrado ser una musa digna.

Por último, deseo honrar a mi padre. Es imposible expresar con palabras cuánto lo extraño y cuánto ha inspirado mi obra.

### **Prefacio**

Hace miles de años, el poder se conquistaba principalmente mediante la violencia física, y se mantenía con la fuerza bruta. No había necesidad de sutileza: un rey o emperador debía ser inmisericorde. Solo unos cuantos selectos tenían poder, pero en este esquema de cosas nadie sufría más que las mujeres. No tenían manera de competir, ningún arma a su disposición con que lograr que un hombre hiciera lo que ellas querían, política y socialmente, y aun en el hogar.

Claro que los hombres tenían una debilidad: su insaciable deseo de sexo. Una mujer siempre podía jugar con este deseo; pero una vez que cedía al sexo, el hombre recuperaba el control. Y si ella negaba el sexo, él simplemente podía voltear a otro lado, o ejercer la fuerza. ¿Qué había de bueno en un poder tan frágil y pasajero? Aún así, las mujeres no tenían otra opción que someterse. Pero hubo algunas con tal ansia de poder que, a la vuelta de los años y gracias a su enorme inteligencia y creatividad, inventaron una manera de alterar completamente esa dinámica, con lo que produjeron una forma de poder más duradera y efectiva.

La opresión y el desprecio, así, eran y deben haber sido en general la suerte de las mujeres en las sociedades jóvenes; tal estado estuvo vigente hasta que siglos de experiencia les enseñaron a sustituir la fuerza por la maña. Las mujeres intuyeron al final que, puesto que eran débiles, su único recurso era seducir; comprendieron que si dependían de los hombres por la fuerza, ellos podían depender de ellas por el placer. Más infelices que los hombres, deben haber pensado y reflexionado antes que ellos; fueron las primeras en saber que el placer estaba siempre bajo la idea que uno se hacía de él, y que la imaginación llegaba más lejos que la naturaleza. Una vez entendidas estas verdades básicas, las mujeres aprendieron primero a velar sus encantos a fin de despertar curiosidad; practicaron el difícil arte de rehusar aun cuando desearan consentir; y desde entonces, supieron encender la imaginación de los hombres, incitar y dirigir deseos a su antojo, y fue así como nacieron la belleza y el amor. Entonces, el hado de las

mujeres se volvió menos áspero; esto no quiere decir que hayan conseguido librarse por completo del estado de opresión al que su debilidad las condenaba; pero, en el estado de guerra perpetua que sigue existiendo entre mujeres y hombres, se les ha visto, con ayuda de las caricias que fueron capaces de inventar, combatir sin tregua, vencer en ocasiones y, a menudo más hábilmente, sacar provecho de los recursos dirigidos en su contra; a veces, también, los hombres han vuelto contra ellas las armas que ellas mismas forjaron para combatirlos, y su esclavitud se ha vuelto mucho más severa por este motivo.

CHODERLOS DE LACLOS, SOBRE LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES

Esas mujeres —como Betsabé, del Antiguo Testamento; Helena de Troya; la sirena china Hsi Shi, y la más grande de todas, Cleopatra— inventaron la seducción. Primero atraían a un hombre por medio de una apariencia tentadora, para lo que ideaban su maquillaje y ornamento, a fin de producir la imagen de una diosa hecha carne. Al exhibir únicamente indicios de su cuerpo, excitaban la imaginación de un hombre, estimulando así el deseo no solo de sexo, sino también de algo mayor: la posibilidad de poseer a una figura de la fantasía. Una vez que obtenían el interés de sus víctimas, estas mujeres las inducían a abandonar el masculino mundo de la guerra y la política y a pasar tiempo en el mundo femenino, una esfera de lujo, espectáculo y placer. También podían literalmente descarriarla, llevándolas de viaje, como Cleopatra indujo a Julio César a viajar por el Nilo. Los hombres se aficionaban a esos placeres sensuales y refinados: se enamoraban. Pero después, invariablemente, las mujeres se volvían frías e indiferentes, y confundían a sus víctimas. Justo cuando los hombres querían más, les eran retirados sus placeres. Esto los obligaba a perseguirlos, y a probarlo todo para recuperar los favores que alguna vez habían saboreado, con lo que se volvían débiles y emotivos. Los hombres, dueños de la fuerza física y el poder social —como el rey David, el troyano Paris, Julio César, Marco Antonio y el rey Fu Chai—, se veían convertidos en esclavos de una mujer.

En medio de la violencia y la brutalidad, esas mujeres hicieron de la seducción un arte sofisticado, la forma suprema del poder y la persuasión. Aprendieron a influir en primera instancia en la mente, estimulando fantasías, logrando que un hombre siempre quisiera más, creando pautas de esperanza y desasosiego: la esencia de la seducción. Su poder no era físico sino psicológico; no enérgico, sino indirecto y sagaz. Esas primeras grandes seductoras eran como generales que planeaban la destrucción de un enemigo; y, en efecto, en descripciones antiguas la seducción suele compararse con una batalla, la versión femenina de la guerra. Para Cleopatra, fue un medio para consolidar un imperio. En la seducción, la mujer no era ya un objeto

sexual pasivo; se había vuelto un agente activo, una figura de poder.

Con escasas excepciones —el poeta latino Ovidio, los trovadores medievales—, los hombres no se ocuparon mucho de un arte tan frívolo como la seducción. Más tarde, en el siglo XVII, ocurrió un gran cambio: se interesaron en la seducción como medio para vencer la resistencia de las jóvenes al sexo. Los primeros grandes seductores de la historia —el duque de Lauzun, los diferentes españoles que inspiraron la leyenda de Don Juan— comenzaron a adoptar los métodos tradicionalmente empleados por las mujeres. Aprendieron a deslumbrar con su apariencia (a menudo de naturaleza andrógina), a estimular la imaginación, a jugar a la coqueta. Añadieron también un elemento masculino al juego: el lenguaje seductor, pues habían descubierto la debilidad de las mujeres por las palabras dulces. Esas dos formas de seducción —el uso femenino de las apariencias y el uso masculino del lenguaje— cruzarían con frecuencia las fronteras de los géneros: Casanova deslumbraba a las mujeres con su vestimenta; Ninon de l'Enclos encantaba a los hombres con sus palabras.

# Hace falta más talento para amar que para mandar ejércitos. NINON DE L'ENCLOS

Al mismo tiempo que los hombres desarrollaban su versión de la seducción, otros empezaron a adaptar ese arte a propósitos sociales. Mientras en Europa el sistema feudal de gobierno se perdía en el pasado, los cortesanos tenían que abrirse paso en la corte sin el uso de la fuerza. Aprendieron que el poder debía obtenerse seduciendo a sus superiores y rivales con juegos psicológicos, palabras amables y un poco de coquetería. Cuando la cultura se democratizó, los actores, *dandys* y artistas dieron en usar las tácticas de la seducción como vía para cautivar y conquistar a su público y su medio social. En el siglo XIX sucedió otro gran cambio: políticos como Napoleón se concebían conscientemente como seductores, a gran escala. Estos hombres dependieron del arte de la oratoria seductora, pero también dominaron las estrategias alguna vez consideradas femeninas: montaje de grandes espectáculos, uso de recursos teatrales, creación de una intensa presencia física. Todo esto, aprendieron, era —y sigue siendo— la esencia del carisma. Seduciendo a las masas, pudieron acumular inmenso poder sin el uso de la fuerza.

Te alabo, Menelao, si matas a tu esposa. \ Pero, si la ves...; huye! \ El amor y el deseo pueden cegarte. \ Es la que cautiva los ojos de los hombres; \ es la que desarraiga de sus cimientos las ciudades; \ es la que hace arder los palacios... \ ; tan seductora es!

# ¡Bien la conozco, para mi desdicha; bien la conoces tú; bien la conocen todos los que por ella sucumbieron!

# HÉCUBA HABLANDO DE HELENA DE TROYA EN EURÍPIDES, LAS TROYANAS

Ahora hemos llegado al punto máximo en la evolución de la seducción. Hoy más que nunca se desalienta la fuerza o brutalidad de cualquier clase. Todas las áreas de la vida social exigen la habilidad para convencer a la gente sin ofenderla ni presionarla. Formas de seducción pueden hallarse en todos lados, combinando estrategias masculinas y femeninas. La publicidad se infiltra, predomina la venta blanda. Si queremos cambiar las opiniones de la gente —y afectar la opinión es básico para la seducción—, debemos actuar de modo sutil y subliminal. Hoy ninguna campaña política da resultados sin seducción. Desde la época de John F. Kennedy, las figuras de la política deben poseer cierto grado de carisma, una presencia cautivadora para mantener la atención de su público, lo cual es la mitad de la batalla. El cine y los medios crean una galaxia de estrellas e imágenes seductoras. Estamos saturados de seducción. Pero aun si mucho ha cambiado en grado y alcance, la esencia de la seducción sigue siendo la misma: jamás lo enérgico y directo, sino el uso del placer como anzuelo, a fin de explotar las emociones de la gente, provocar deseo y confusión e inducir la rendición psicológica. En la seducción, tal como hoy se le practica, siguen imperando los métodos de Cleopatra.

# No hay hombre que pueda invalidar los engaños de una mujer. MARGARITA DE NAVARRA

La gente trata sin cesar de influir en nosotr@s, de decirnos qué hacer, y con idéntica frecuencia no le hacemos caso, oponemos resistencia a sus intentos de persuasión. Pero hay un momento en nuestra vida, en que tod@s actuamos de otro modo: cuando nos enamoramos. Caemos entonces bajo una suerte de hechizo. Nuestra mente suele estar abstraída en nuestras preocupaciones; en esa hora, se llena de pensamientos del ser amado. Nos ponemos emotiv@s, no podemos pensar con claridad, hacemos tonterías que nunca haríamos. Si esto dura demasiado, algo en nosotr@s se vence: nos rendimos a la voluntad del ser amado, y a nuestro deseo de poseerlo.

L@s seductor@s son personas que saben del tremendo poder contenido en esos momentos de rendición. Analizan lo que sucede cuando la gente se enamora, estudian los componentes psicológicos de ese proceso: qué espolea la imaginación, qué fascina. Por instinto y práctica dominan el arte de hacer que la gente se enamore.

Como sabían las primeras seductoras, es mucho más efectivo despertar amor que pasión. Una persona enamorada es emotiva, manejable y fácil de engañar. (El origen de la palabra «seducción» es el término latino que significa «apartar»). Una persona apasionada es más difícil de controlar y, una vez satisfecha, bien puede marcharse. L@s seductor@s se toman su tiempo, engendran encanto y lazos amorosos; para que cuando llegue, el sexo no haga otra cosa que esclavizar más a la víctima. Engendrar amor y encanto es el modelo de todas las seducciones: sexual, social y política. Una persona enamorada se rendirá.

Este importante camino secundario, por el que la mujer logró evadir la fortaleza del hombre y establecerse en el poder, no ha recibido la debida consideración de los historiadores. Desde el momento en que la mujer se separó de la muchedumbre, un producto individual terminado, ofreciendo delicias que no podían obtenerse por la fuerza, sino solo por el halago [...] se inauguró el reinado de las sacerdotisas del amor. Fue un acontecimiento de gran alcance en la historia de la civilización [...] Solo por la tortuosa ruta del arte del amor la mujer pudo afirmar de nuevo su autoridad, y lo hizo afirmándose en el punto mismo en que normalmente era una esclava a merced del hombre. Había descubierto el poder de la lascivia, el secreto del arte del amor, el diabólico poder de una pasión artificialmente encendida y nunca saciada. La fuerza así desencadenada se contaría desde entonces entre las más formidables fuerzas del mundo, y a momentos tendría incluso poder de vida o muerte [...] • El deliberado encantamiento de los sentidos del hombre tendría un efecto mágico en él, abriría una gama infinitamente amplia de sensaciones y lo estimularía como impelido por un sueño inspirado.

ALEXANDER VON GLEICHEN-RUSSWURM, EL ATRACTIVO DEL MUNDO

Es inútil tratar de argumentar contra ese poder, imaginar que no te interesa, o que es malo y repulsivo. Cuanto más quieras resistirte al señuelo de la seducción — como idea, como forma de poder—, más fascinad@ te descubrirás. La razón es simple: la mayoría conocemos el poder de hacer que alguien se enamore de nosotr@s. Nuestras acciones y gestos, lo que decimos, todo tiene efectos positivos en esa persona; tal vez no sepamos bien a bien cómo la tratamos, pero esa sensación de poder es embriagadora. Nos da seguridad, lo que nos vuelve más seductor@s. También podemos experimentar esto en una situación social o de trabajo: un día

estamos de excelente humor y la gente parece más sensible, más complacida con nosotr@s. Esos momentos de poder son efimeros, pero resuenan en la memoria con gran intensidad. Los queremos de vuelta. A nadie le gusta sentirse torpe, tímid@ o incapaz de impresionar a la gente. El canto seductor de la sirena es irresistible porque el poder es irresistible, y en el mundo moderno nada te dará más poder que la habilidad de seducir. Reprimir el deseo de seducir es una suerte de reacción histérica, que revela tu honda fascinación por ese proceso; lo único que consigues con ello es agudizar tus deseos. Algún día saldrán a la superficie.

Tener ese poder no te exige transformar por completo tu carácter ni hacer ningún tipo de mejora física en tu apariencia. La seducción es un juego de psicología, no de belleza, y dominar ese juego está al alcance de cualquiera. Lo único que necesitas es ver al mundo de otro modo, a través de los ojos del@ seductor@.

Primeramente has de abrigar la certeza de que todas \ pueden ser conquistadas, y las conquistarás preparando \ astuto las redes. Antes cesarán \ de cantar los pájaros en primavera, en estío las cigarras \ y el perro de Ménalo huirá asustado de la liebre, \ que una joven rechace las solícitas pretensiones \ de su amador: hasta aquella que juzgues \ más difícil se rendirá a la postre.

OVIDIO, EL ARTE DE AMAR

Un@ seductor@ no activa y desactiva ese poder: ve toda interacción social y personal como una seducción en potencia. No hay momento que perder. Esto es así por varias razones. El poder que l@s seductor@s ejercen sobre un hombre o una mujer surte efecto en condiciones sociales porque ell@s han aprendido a moderar el elemento sexual sin prescindir de él. Aun si creemos adivinar sus intenciones, es tan agradable estar con ell@s que eso no importa. Querer dividir tu vida en momentos en que seduces y otros en que te contienes solo te confundirá y limitará. El deseo erótico y el amor acechan bajo la superficie de casi cualquier encuentro humano; es mejor que des rienda suelta a tus habilidades a que trates de usarlas exclusivamente en la recámara. (De hecho, el@ seductor@ ve el mundo como su recámara). Esta actitud genera un magnífico ímpetu seductor, y con cada seducción obtienes práctica y experiencia. Una seducción social o sexual hace más fácil la que sigue, pues tu seguridad aumenta y te vuelves más tentador@. Atraes a un creciente número de personas cuando el aura del@ seductor@ desciende sobre ti.

Es, pues, esencial en el amor de que hablamos la combinación de los dos elementos susodichos: el encantamiento y la entrega

# [...] Es la entrega por encantamiento. JOSÉ ORTEGA Y GASSET, ESTUDIOS SOBRE EL AMOR

L@s seductor@s tienen una perspectiva bélica de la vida. Imaginan a cada persona como una especie de castillo amurallado que sitian. La seducción es un proceso de penetración: primero se penetra la mente del objetivo, su inicial estación de defensa. Una vez que l@s seductor@s han penetrado la mente, logrando con ello que su objetivo fantasee con ell@s, es fácil reducir la resistencia y causar la rendición física. L@s seductor@s no improvisan; no dejan al azar este proceso. Como todo buen general, hacen planes y estrategias, con la mira puesta en las particulares debilidades de su blanco.

El principal obstáculo para ser seductor@ es nuestro absurdo prejuicio de considerar al amor y al romance como una especie de mágico reino sagrado en el que las cosas simplemente suceden, si deben hacerlo. Esto puede parecer romántico y pintoresco, pero en realidad no es sino una excusa de nuestra pereza. Lo que seducirá a una persona es el esfuerzo que invirtamos en ella, porque esto muestra cuánto nos importa, lo valiosa que es para nosotr@s. Dejar las cosas al azar es buscarse problemas, y revela que no tomamos al amor y al romance muy en serio. El esfuerzo que Casanova invertía, el artificio que aplicaba a cada aventura, era lo que lo hacía tan endiabladamente seductor. Enamorarse no es cuestión de magia, sino de psicología. Una vez que conozcas la psicología de tu objetivo, y que traces la estrategia consecuente, estarás en mejores condiciones para ejercer sobre él un hechizo «mágico». Un@ seductor@ no ve el amor como algo sagrado, sino como una guerra, en la cual todo se vale.

¿Qué es lo bueno? Todo lo que eleva en el hombre el sentimiento de poder, la voluntad de poder, el poder mismo. ¿Qué es lo malo? Todo lo que proviene de la debilidad. ¿Qué es la felicidad? El sentimiento de lo que acrece el poder; el sentimiento de haber superado una resistencia.

## FRIEDRICH NIETZSCHE, EL ANTICRISTO

L@s seductor@s nunca se abstraen en sí mism@s. Su mirada apunta afuera, no adentro. Cuando conocen a alguien, su primer paso es identificarse con esa persona, para ver el mundo a través de sus ojos. Son varias las razones de esto. Primero, el ensimismamiento es señal de inseguridad, es antiseductor. Tod@s tenemos inseguridades, pero l@s seductor@s consiguen ignorarlas, pues su terapia al dudar de sí mism@s consiste en embelesarse con el mundo. Esto les concede un espíritu

animado: queremos estar con ell@s. Segundo, identificarse con otro, imaginar qué se siente ser él, ayuda al@ seductor@ a recabar valiosa información, a saber qué hace vibrar a esa persona, qué la hará no poder pensar claramente y caer en la trampa. Armad@ con esta información, puede prestar una atención concentrada e individualizada, algo raro en un mundo en el que la mayoría de la gente solo nos ve desde atrás de la pantalla de sus prejuicios. Identificarse con los objetivos es el primer paso táctico importante en la guerra de penetración.

La falta de afecto, neurosis, angustia y frustración encontradas por el psicoanálisis proceden, sin duda, de la imposibilidad de amar o ser amado, de la imposibilidad de dar o recibir placer, pero el desencanto radical proviene de la seducción y su fracaso. Solo quienes se ubican completamente fuera de la seducción están enfermos, aun si son totalmente capaces de amar y hacer el amor. El psicoanálisis cree tratar el desorden del sexo y el deseo, pero en realidad se ocupa de los desórdenes de la seducción [...] Las más graves deficiencias conciernen siempre a la fascinación y no al placer, al encanto y no a una satisfacción vital o sexual.

JEAN BAUDRILLARD, *DE LA SEDUCCIÓN* 

L@s seductor@s se conciben como fuente de placer, como abejas que toman polen de unas flores para llevarlo a otras. De niñ@s nos dedicamos principalmente al juego y al placer. L@s adult@s suelen sentir que se les ha echado de ese paraíso, que están sobrecargad@s de responsabilidades. El@ seductor@ sabe que la gente espera placer, pues nunca obtiene suficiente de sus amig@s y amantes, y no puede obtenerlo de sí misma. No puede resistirse a una persona que entra en su vida ofreciendo aventura y romance. Placer es sentirse llevad@ más allá de los límites propios, ser arrollad@: por otra persona, por una experiencia. La gente clama para que la arrollen, por liberarse de su obstinación usual. A veces, su resistencia contra nosotr@s es una manera de decir: «Sedúceme, por favor». L@s seductor@s saben que la posibilidad del placer hará que una persona l@s siga, y que experimentarlo la hará abrirse, vulnerable al contacto. Asimismo, se preparan para ser sensibles al placer, pues saben que sentir placer les facilitará enormemente contagiar a quienes l@s rodean.

Lo que se hace por amor se hace siempre más allá del bien y del mal.

FRIEDRICH NIETZSCHE, MÁS ALLÁ DEL BIEN Y DEL MAL

Un@ seductor@ ve la vida como teatro, en el que cada quien es actor. La mayoría creemos tener papeles ceñidos en la vida, lo que nos vuelve infelices. L@s seductor@s, en cambio, pueden ser cualquiera y asumir muchos papeles. (El arquetipo es en este caso el dios Zeus, insaciable seductor de doncellas cuya principal arma era la capacidad de adoptar la forma de la persona o animal más llamativo para su víctima). L@s seductor@s derivan placer de la actuación y no se sienten abrumad@s por su identidad, ni por la necesidad de ser ell@s mism@s o ser naturales. Esta libertad suya, esta soltura de cuerpo y espíritu, es lo que l@s vuelve atractiv@s. Lo que a la gente le hace falta en la vida no es más realidad, sino ilusión, fantasía, juego. La forma de vestir de l@s seductor@s, los lugares a los que te llevan, sus palabras y actos son ligeramente grandiosos; no demasiado teatrales, sino con un delicioso filo de irrealidad, como si ell@s y tú vivieran una obra de ficción o fueran personajes de una película. La seducción es una especie de teatro en la vida real, el encuentro de la ilusión y la realidad.

Por último, l@s seductor@s son completamente amorales en su forma de ver la vida. Esta es una diversión, un campo de juego. Sabiendo que l@s moralistas, es@s amargad@s reprimid@s que graznan contra las perversidades del@ seductor@, envidian en secreto su poder, no les importan las opiniones de los demás. No comercian en juicios morales; nada podría ser menos seductor. Todo es adaptable, fluido, como la vida misma. La seducción es una forma de engaño, pero a la gente le gusta que la descarríen, anhela que la seduzcan. Si no fuera así, l@s seductor@s no hallarían tantas víctimas dispuestas. Deshazte de toda tendencia moralizante, adopta la festiva filosofía del@ seductor@ y el resto del proceso te resultará fácil y natural.

Si alguien en la ciudad de Roma ignora el arte de amar, \ lea mis páginas, \ y ame instruido por sus versos. \ El arte impulsa con las velas y el remo las ligeras naves, \ el arte guía los veloces carros \ y el amor se debe regir por el arte.

OVIDIO, EL ARTE DE AMAR

El arte de la seducción se ideó para ofrecerte las armas de la persuasión y el encanto, a fin de que quienes te rodean pierdan poco a poco su capacidad de resistencia sin saber cómo ni por qué. Este es un arte bélico para tiempos delicados.

Toda seducción tiene dos elementos que debes analizar y comprender: primero, tú mism@ y lo que hay de seductor@ en ti, y segundo, tu objetivo y las acciones que penetrarán sus defensas y producirán su rendición. Ambos lados son igualmente importantes. Si planeas sin prestar atención a los rasgos de tu carácter que atraen a los demás, se te verá como un@ seductor@ mecánic@, fals@ y manipulador@. Si te fías de tu personalidad seductora sin prestar atención a la otra persona, cometerás

errores terribles y limitarás tu potencial.

Por consiguiente, *El arte de la seducción* se divide en dos partes. En la primera, «La personalidad seductora», se describen los nueve tipos de seductora, además dela antiseductora. Estudiar estos tipos te permitirá darte cuenta de lo inherentemente seductor en tu personalidad, el factor básico de toda seducción. La segunda parte, «El proceso de la seducción», incluye las veinticuatro maniobras y estrategias que te enseñarán a crear tu hechizo, vencer la resistencia de la gente, dar agilidad y fuerza a tu seducción e inducir rendición en tu objetivo. Como una especie de puente entre las dos partes, hay un capítulo sobre los dieciocho tipos de víctimas de una seducción, cada una de las cuales carece de algo en la vida, acuna un vacío que tú puedes llenar. Saber con qué tipo tratas te ayudará a poner en práctica las ideas de ambas secciones. Si ignoras cualquiera de las partes de este libro, serás una seductora incompleta.

Las ideas y estrategias de *El arte de la seducción* se basan en las obras y relaciones históricas de l@s seductor@s más exitos@s de la historia. Entre esas fuentes se cuentan las memorias de seductor@s (Casanova, Errol Flynn, Natalie Barney, Marilyn Monroe); biografías (de Cleopatra, Josefina Bonaparte, John F. Kennedy, Duke Ellington); manuales sobre el tema (en particular el *Arte de amar* de Ovidio); y relatos imaginarios de seducciones (*Las amistades peligrosas*, de Choderlos de Laclos; *Diario de un seductor*, de Søren Kierkegaard; *La historia de Genji*, de Murasaki Shikibu). Los héroes y heroínas de estas obras literarias tienen por lo general como modelo a seductor@s reales. Las estrategias que emplean revelan el enlace íntimo entre ficción y seducción, lo que genera ilusión y mueve a una persona a continuar. Al poner en práctica las lecciones de este libro, seguirás la senda de l@s grandes maestr@s de este arte.

Finalmente, el espíritu que te convertirá en un@ seductor@ consumad@ es el mismo con el que deberías leer este libro. El filósofo francés Denis Diderot escribió: «Dejo a mi mente en libertad de seguir la primera idea, necia o sensata, que se presenta, tal como en la Avenue de Foy nuestros jóvenes disolutos pisan los talones a una ramera y luego la dejan para asediar a otra, asaltando a todas sin prenderse de ninguna. Mis ideas son mis rameras». Quiso decir que se dejaba seducir por sus ideas, yendo detrás de la que le agradara hasta que aparecía una mejor, infundiendo así a sus pensamientos una suerte de excitación sexual. Una vez que entres a estas páginas, haz lo que aconseja Diderot: déjate tentar por sus historias e ideas, con mente abierta y pensamientos fluidos. Pronto te verás absorbiendo el veneno por la piel y empezarás a ver todo como seducción, incluidas tu manera de pensar y tu forma de ver el mundo.

### **PARTE I**

#### LA PERSONALIDAD SEDUCTORA

Tod@s poseemos fuerza de atracción, la capacidad para cautivar a la gente y tenerla a nuestra merced. Pero no tod@s estamos conscientes de este potencial interior, e imaginamos la atracción como un rasgo casi místico con el que nacen un@s cuant@s select@s y que el resto jamás poseeremos. Sin embargo, lo único que tenemos que hacer para explotar ese potencial es saber qué apasiona naturalmente, en el carácter de una persona, a la gente y desarrollar esas cualidades latentes en nosotr@s.

Los casos de seducción satisfactoria rara vez empiezan con una maniobra o plan estratégico obvios. Esto despertaría sospechas, sin duda. La seducción satisfactoria comienza por tu carácter, tu habilidad para irradiar una cualidad que atraiga a la gente y le provoque emociones que no puede controlar. Hipnotizadas por tu seductora personalidad, tus víctimas no advertirán tus manipulaciones posteriores. Engañarlas y seducirlas será entonces un juego de niños.

Existen nueve tipos de seductor@s en el mundo. Cada uno de ellos posee un rasgo de carácter particular venido de muy dentro y que ejerce una influencia seductora. Las sirenas tienen energía sexual en abundancia y saben usarla. L@s libertin@s adoran insaciablemente al sexo opuesto, y su deseo es contagioso. L@s amantes ideales poseen una sensibilidad estética que aplican al romance. Los dandys gustan de jugar con su imagen, creando así una tentación avasalladora y andrógina. L@s cándid@s son espontáne@s y abiert@s. Las coquetas son autosuficientes, y poseen una frescura esencial fascinante. L@s encantador@s quieren y saben complacer: son criaturas sociales. L@s carismátic@s tienen una inusual seguridad en sí mism@s. Las estrellas son etéreas y se envuelven en el misterio.

Los capítulos de esta sección te conducirán a cada uno de esos nueve tipos. Al menos uno de estos capítulos debería tocar una cuerda en ti: hacerte reconocer una parte de tu personalidad. Ese capítulo será la clave para el desarrollo de tus poderes de atracción. Supongamos que tiendes a la coquetería. El capítulo sobre la coqueta te enseñará a confiar en tu autosuficiencia, y a alternar vehemencia y frialdad para

atrapar a tus víctimas. También te enseñará a llevar más lejos tus cualidades naturales, para convertirte en una gran coqueta, el tipo de mujer por la que los hombres peleamos. Sería absurdo ser tímid@ teniendo una cualidad seductora. Un libertino desenvuelto fascina, y sus excesos se disculpan, pero uno desganado no merece respeto. Una vez que hayas cultivado tu rasgo de carácter sobresaliente, añadiendo un poco de arte a lo que la naturaleza te dio, podrás desarrollar un segundo o tercer rasgo, con lo que darás a tu imagen más hondura y misterio. Finalmente, el décimo capítulo de esta sección, sobre el@ antiseductor@, te hará darte cuenta del potencial contrario en ti: la fuerza de repulsión. Erradica a toda costa las tendencias antiseductoras que puedas tener.

Concibe estos nueve tipos como sombras, siluetas. Solo si te empapas de uno de ellos y le permites crecer en tu interior, podrás empezar a desarrollar una personalidad seductora, lo que te concederá ilimitado poder.

## La sirena

Aun hombre suele agobiarle en secreto el papel que debe ejercer: ser siempre responsable, dominante y racional. La sirena es la máxima figura de la fantasía masculina porque brinda una liberación total de las limitaciones de la vida. En su presencia, siempre realzada y sexualmente cargada, el hombre se siente transportado a un mundo de absoluto placer. Ella es peligrosa, y al perseguirla con tesón, el hombre puede perder el control de sí, algo que ansía hacer. La sirena es un espejismo: tienta a los hombres cultivando una apariencia y actitud particulares. En un mundo en que las mujeres son, con frecuencia, demasiado tímidas para proyectar esa imagen, la sirena aprende a controlar la libido de los hombres encarnando su fantasía.

#### LA SIRENA ESPECTACULAR

En el año 48 a. C., Tolomeo XIV de Egipto logró deponer y exiliar a su hermana y esposa, la reina Cleopatra. Resguardó las fronteras del país contra su regreso y empezó a gobernar solo. Ese mismo año, Julio César llegó a Alejandría, para cerciorarse de que, pese a las luchas de poder locales, Egipto siguiera siendo fiel a Roma.

Una noche, César hablaba de estrategia con sus generales en el palacio egipcio cuando llegó un guardia, para informar que un mercader griego se hallaba en la puerta con un enorme y valioso obsequio para el jefe romano. César, en ánimo de diversión, autorizó el ingreso del mercader. Este entró cargando sobre sus hombros un gran tapete enrollado. Desató la cuerda del envoltorio y lo tendió con agilidad, dejando al descubierto a la joven Cleopatra, oculta dentro y quien, semidesnuda, se irguió ante César y sus huéspedes como Venus que emergiera de las olas.

La vista de la hermosa joven reina (entonces de apenas veintiún años de edad) deslumbró a todos, al aparecer repentinamente ante ellos como en un sueño. Su intrepidez y teatralidad les asombraron; metida al puerto a escondidas durante la noche con solo un hombre para protegerla, lo arriesgaba todo en un acto audaz. Pero nadie quedó tan fascinado como César. Según el autor romano Dión Casio, «Cleopatra estaba en la plenitud de su esplendor. Tenía una voz deliciosa, que no podía menos que hechizar a quienes la oían. El encanto de su persona y sus palabras era tal que atrajo a sus redes al más frío y determinado de los misóginos. César quedó encantado tan pronto como la vio y ella abrió la boca para hablar». Cleopatra se convirtió en su amante esa misma noche.

Mientras hablaba, declarando estas cosas a mis compañeros, la nave bien construida llegó muy presto a la isla de las sirenas, pues la empujaba favorable viento. Desde aquel instante echóse el viento y reinó sosegada calma, pues algún numen adormeció las olas. Levantáronse mis compañeros, amainaron las velas y pusiéronlas en la cóncava nave; y, habiéndose sentado nuevamente en los bancos, emblanquecían el agua, agitándola con los remos de pulimentado abeto. Tomé al instante un gran pan de cera y lo partí con el agudo bronce en pedacitos, que me puse luego a apretar con

mis robustas manos. Pronto se calentó la cera, porque hubo de ceder a la gran fuerza y a los rayos del soberano Sol Hiperiónida, y fui tapando con ella los oídos de todos los compañeros. Atáronme estos en la nave, de pies y manos, derecho y arrimado a la parte inferior del mástil; ligaron las sogas al mismo; y, sentándose en los bancos, tornaron a batir con los remos el espumoso mar. • Hicimos andar la nave muy rápidamente, y, al hallarnos tan cerca de la orilla que allá pudieran llegar nuestras voces, no se les encubrió a las sirenas que la ligera embarcación navegaba a poca distancia y empezaron un sonoro canto: • «¡Ea, célebre Odiseo, gloria insigne de los aqueos! Acércate y detén la nave para que oigas nuestra voz. Nadie ha pasado en su negro bajel sin que oyera la suave voz que fluye de nuestra boca [...].» • Esto dijeron con su hermosa voz. Sintióse mi corazón con ganas de oírlas, y moví las cejas, mandando a los compañeros que me desatasen.

HOMERO, ODISEA, CANTO XII

César ya había tenido para entonces muchas queridas, con las que se distraía de los rigores de sus campañas. Pero siempre se había librado rápido de ellas, para volver a lo que realmente lo hacía vibrar: la intriga política, los retos de la guerra, el teatro romano. Había visto a mujeres intentar todo para mantenerlo bajo su hechizo. Pero nada lo preparó para Cleopatra. Una noche ella le diría que juntos podían hacer resurgir la gloria de Alejandro Magno, y gobernar al mundo como dioses. A la noche siguiente lo recibiría ataviada como la diosa Isis, rodeada de la opulencia de su corte. Cleopatra inició a César en los más exquisitos placeres, presentándose como la encarnación del exotismo egipcio. La vida de César con ella era un reto perenne, tan desafiante como la guerra; porque en cuanto creía tenerla asegurada, ella se distanciaba o enojaba, y él debía buscar el modo de recuperar su favor.

Transcurrieron semanas. César eliminó a todos los que le disputaban el amor de Cleopatra y halló excusas para permanecer en Egipto. Ella lo llevó a una suntuosa e histórica expedición por el Nilo. En un navío de inimaginable majestad —que se elevaba dieciséis metros y medio sobre el agua e incluía terrazas de varios niveles y un templo con columnas dedicado al dios Dioniso—. César fue uno de los pocos romanos en ver las pirámides. Y mientras prolongaba su estancia en Egipto, lejos de su trono en Roma, en el imperio estallaba toda clase de disturbios.

Asesinado Julio César en 44 a. C., le sucedió un triunvirato, uno de cuyos miembros era Marco Antonio, valiente soldado amante del placer y el espectáculo, y quien se tenía por una suerte de Dioniso romano. Años después, mientras él estaba en Siria, Cleopatra lo invitó a reunirse con ella en la ciudad egipcia de Tarso. Ahí, tras hacerse esperar, su aparición fue tan sorprendente como ante César. Una magnifica barcaza dorada con velas de color púrpura asomó por el río Kydnos. Los

remeros bogaban al compás de música etérea; por toda la nave había hermosas jóvenes vestidas de ninfas y figuras mitológicas. Cleopatra iba sentada en cubierta, rodeada y abanicada por cupidos y caracterizada como la diosa Afrodita, cuyo nombre la multitud coreaba con entusiasmo.

El encanto de la presencia [de Cleopatra] era irresistible, y había una atracción en su persona y su habla, junto con una peculiar fuerza de carácter, que impregnaba cada una de sus palabras y acciones, y que atrapaba bajo su hechizo a todos los que la trataban. Era un deleite oír siquiera el sonido de su voz, con la que, como un instrumento de muchas cuerdas, ella podía pasar de una lengua a otra.

#### PLUTARCO, FORJADORES DE ROMA

Como las demás víctimas de Cleopatra, Marco Antonio tuvo sentimientos encontrados. Los placeres exóticos que ella ofrecía eran difíciles de resistir. Pero también deseó someterla: abatir a esa ilustre y orgullosa mujer probaría su grandeza. Así que se quedó y, como César, cayó lentamente bajo su hechizo. Ella consintió todas sus debilidades: el juego, fiestas estridentes, rituales complejos, lujosos espectáculos. Para conseguir que regresara a Roma, Octavio, otro miembro del triunvirato, le ofreció una esposa: su hermana, Octavia, una de las mujeres más bellas de Roma. Famosa por su virtud y bondad, sin duda ella mantendría a Marco Antonio lejos de la «prostituta egipcia». La maniobra surtió efecto por un tiempo, pero Marco Antonio no pudo olvidar a Cleopatra, y tres años después retornó a ella. Esta vez fue para siempre: se había vuelto, en esencia, esclavo de Cleopatra, lo que concedió a esta enorme poder, pues él adoptó la vestimenta y costumbres egipcias y renunció a los usos de Roma.

La inmediata atracción de una canción, una voz o un aroma. La atracción de la pantera con su perfumada fragancia. [...] Según los antiguos, la pantera es el único animal que despide un olor perfumado. Usa este aroma para atraer y capturar a sus víctimas. [...] Pero ¿qué es lo que seduce en un aroma? [...] ¿Qué hay en el canto de las sirenas que nos seduce, o en la belleza de un rostro, en las profundidades de un abismo [...]? La seducción radica en la anulación de signos y su significado, en la pura apariencia. Los ojos que seducen no tienen significado, terminan en la mirada, como el rostro con maquillaje termina en la pura apariencia. [...] La

fragancia de la pantera es también un mensaje sin significado, y detrás del mensaje la pantera es invisible, como lo es la mujer bajo su maquillaje. Tampoco era posible ver a las sirenas. El encantamiento reside en lo que se oculta.

### JEAN BAUDRILLARD, DE LA SEDUCCIÓN

Una sola imagen sobrevive de Cleopatra —un perfil apenas visible en una moneda—, pero contamos con numerosas descripciones escritas de ella. Su rostro era fino y alargado, y su nariz un tanto puntiaguda; su rasgo dominante eran sus ojos, increíblemente grandes. Su poder seductor no residía en su aspecto; a muchas mujeres de Alejandría se les consideraba más hermosas que a ella. Lo que poseía sobre las demás mujeres era la habilidad para entretener a un hombre. En realidad Cleopatra era fisicamente ordinaria y carecía de poder político, pero lo mismo Julio César que Marco Antonio, hombres valerosos e inteligentes, no percibieron nada de eso. Lo que vieron fue una mujer que no cesaba de transformarse ante sus ojos, un mujer espectáculo. Cada día ella se vestía y maquillaba de otra manera, pero siempre conseguía una apariencia realzada, como de diosa. Su voz, de la que hablan todos los autores, era cadenciosa y embriagadora. Sus palabras podían ser banales, pero las pronunciaba con tanta suavidad que los oyentes no recordaban lo que decía, sino cómo lo decía.

Cleopatra ofrecía variedad constante: tributos, batallas simuladas, expediciones, orgiásticos bailes de máscaras. Todo tenía un toque dramático, y se llevaba a cabo con inmensa energía. Para el momento en que los amantes de Cleopatra posaban la cabeza en la almohada junto a ella, su mente era un torbellino de sueños e imágenes. Y justo cuando creían ser amos de esa mujer exuberante y versátil, ella se mostraba alejada o enfadada, dejando en claro que era ella la que ponía las condiciones. A Cleopatra era imposible poseerla: había que adorarla. Fue así como una exiliada destinada a una muerte prematura logró trastocarlo todo y gobernar Egipto durante cerca de veinte años.

De Cleopatra aprendemos que lo que hace a una sirena no es la belleza, sino la vena teatral, lo que permite a una mujer encarnar las fantasías de un hombre. Por hermosa que sea, una mujer termina por aburrir a un hombre; él ansía otros placeres, y aventura. Pero todo lo que una mujer necesita para impedirlo es crear la ilusión de que ofrece justo esa variedad y aventura. Un hombre es fácil de engañar con apariencias; tiene debilidad por lo visual. Si tú creas la presencia física de una sirena (una intensa tentación sexual combinada con una actitud teatral y majestuosa), él quedará atrapado. No podrá aburrirse contigo, así que no podrá dejarte. Mantén la diversión, y nunca le permitas ver quién eres en realidad. Te seguirá hasta ahogarse.

Los adornos nos seducen; / con el oro y las piedras preciosas se ocultan / las macas, y la joven viene a ser una mínima parte de su propia persona. / Entre tantos perifollos, apenas adviertes / lo que de veras hayas de admirar. / El amor se vale de la riqueza / como de una égida que fascina nuestros ojos.

OVIDIO, REMEDIOS DE AMOR

#### LA SIRENA DEL SEXO

Norma Jean Mortensen, la futura Marilyn Monroe, pasó parte de su infancia en orfanatorios de Los Angeles. Dedicaba sus días a tareas domésticas, no a jugar. En la escuela se aislaba, rara vez sonreía y soñaba mucho. Un día, cuando tenía trece años, al vestirse para ir a la escuela se dio cuenta de que la blusa blanca que le habían dado en el orfanatorio estaba rota, así que tuvo que pedir prestado un suéter a una compañera más joven. El suéter era varias tallas menor que la suya. Ese día pareció de repente que los hombres la rodeaban dondequiera que iba (estaba muy desarrollada para su edad). Escribió en su diario: «Miraban mi suéter como si fuera una mina de oro».

Cuidaba su ganado en el monte Gárgaro, la cumbre más alta del Ida, cuando Hermes, acompañado por Hera, Atenea y Afrodita, le entregó la manzana de oro y el mensaje de Zeus: «Paris, puesto que eres tan bello como sabio en los asuntos del corazón, Zeus te ordena que juzgues cuál de estas diosas es la más bella». • «Así sea», suspiró Paris. «Pero antes ruego que las perdedoras no se ofendan conmigo. Solo soy un ser humano, expuesto a cometer los errores más estúpidos.» • Las diosas convinieron en acatar su decisión. • «¿Bastará con juzgarlas tal como están», preguntó Paris a Hermes, «o deberán desnudarse?» • «Tú debes decidir las reglas de la competencia», contestó Hermes con una sonrisa discreta. • «En ese caso, ¿tendrán la bondad de desnudarse?» • Hermes dijo a las diosas que lo hicieran y él se volvió cortésmente. • Afrodita no tardó en estar lista, pero Atenea insistió en que debía quitarse su famoso ceñidor mágico, que le daba una ventaja injusta, pues hacía que todos se enamoraran de quien lo llevaba. «Está bien», dijo

#### Afrodita con rencor.

«Lo haré con la condición de que tú te quites tu velmo, pues estás espantosa sin él.» • «Ahora, si no tenéis inconveniente, os juzgaré una por una», anunció Paris. [...] «¡Ven, divina Hera! ¿Tendrán las otras dos diosas la bondad de dejarnos durante un rato?» • «Examíname concienzudamente», dijo Hera, mientras se daba vuelta lentamente y exhibía su figura magnífica, «y recuerda que si me declaras la más bella te haré señor de toda el Asia y el hombre más rico del mundo.» • «Yo no me dejo sobornar, señora... Muy bien, gracias. Ya he visto todo lo que necesitaba ver. ¡Ahora ven, divina Atenea!» • «Aquí estoy», dijo Atenea, avanzando con decisión. «Escucha, Paris: si tienes el sentido común suficiente para concederme el premio, haré que salgas victorioso en todas tus batallas, y que seas el hombre más bello y sabio del mundo.» • «Soy un humilde pastor, no un soldado», replicó Paris. [...] «Pero prometo considerar imparcialmente tu aspiración a la manzana. Ahora puedes volver a ponerte tus ropas y tu yelmo. ¿Estás lista, Afrodita?» • Afrodita se acercó a él despacio y Paris se ruborizó porque se puso tan cerca que casi se tocaban. • «Examíname cuidadosamente, por favor, sin pasar nada por alto... Por cierto, en cuanto te vi me dije: "A fe mía, este es el joven más hermoso de Frigia. ¿Por qué pierde el tiempo en este desierto cuidando un ganado estúpido?". ¿Por qué lo haces, Paris? ¿Por qué no vas a una ciudad y vives una vida civilizada? ¿Qué puedes perder casándote con alguien como Helena de Esparta, que es tan bella como yo y no menos apasionada? [...]

Te sugiero que recorras Grecia con mi hijo Eros como guía. Cuando lleguéis a Esparta, él y yo procuraremos que Helena se enamore perdidamente de ti.» • «¿Estás dispuesta a jurarlo?», preguntó Paris, excitado. • Afrodita juró solemnemente y Paris, sin pensarlo más, le concedió la manzana de oro.

ROBERT GRAVES, LOS MITOS GRIEGOS, VOLUMEN II

La revelación fue simple pero sorprendente. Antes ignorada y hasta ridiculizada por l@s demás alumn@s, Norma Jean descubrió entonces una forma de obtener atención, y quizá también poder, porque era extremadamente ambiciosa. Empezó a sonreír más, a maquillarse, a vestirse de otra manera. Y pronto advirtió algo igualmente asombroso: sin que tuviera que decir ni hacer nada, los muchachos se enamoraban apasionadamente de ella. «Todos mis admiradores me decían lo mismo de diferente forma», escribió. «Era culpa mía que quisieran besarme y abrazarme. Algunos decían que era el modo en que los miraba, con ojos llenos de pasión. Otros,

que lo que los tentaba era mi voz. Otros más, que emitía vibraciones que los agobiaban».

Años después, Marilyn ya intentaba triunfar en la industria cinematográfica. Los productores le decían lo mismo: que era muy atractiva en persona, pero que su cara no era suficientemente bonita para el cine. Consiguió trabajo como extra, y cuando aparecía en la pantalla —así fuera apenas unos segundos—, los hombres en el público se volvían locos, y las salas estallaban en silbidos. Pero nadie creía que eso augurara una estrella. Un día de 1949, cuando tenía solo veintitrés años y su carrera se estancaba, Marilyn conoció en una cena a alguien que le dijo que un productor que seleccionaba al elenco de una nueva película de Groucho Marx, *Love Happy* (Locos de atar), buscaba una actriz para el papel de una rubia explosiva capaz de pasar junto a Groucho de tal modo que, dijo, «excite mi vetusta libido y me saque humo por las orejas». Tras concertar una audición, ella improvisó esa manera de andar. «Es Mae West, Theda Bara y Bo Peep en una», afirmó Groucho luego de verla caminar. «Rodaremos la escena mañana en la mañana». Fue así como Marilyn creó su andar perturbador, apenas natural pero que ofrecía una extraña combinación de inocencia y sexo.

En los años siguientes, Marilyn aprendió, mediante prueba y error, a agudizar su efecto sobre los hombres. Su voz siempre había sido atractiva: era la de una niña. Pero en el cine tuvo limitaciones hasta que alguien le enseñó a hacerla más grave, con lo que ella la dotó de los profundos y jadeantes tonos que se convertirían en la marca distintiva de su poder seductor, una mezcla de la niña pequeña y la pequeña arpía. Antes de aparecer en el foro, o incluso en una fiesta, Marilyn pasaba horas frente al espejo. La mayoría creía que era por vanidad, que estaba enamorada de su imagen. La verdad era que esa imagen tardaba horas en cuajar. Marilyn dedicó varios años a estudiar y practicar el arte del maquillaje. Voz, porte, rostro y mirada eran inventos, teatro puro. En el pináculo de su carrera, a Marilyn le emocionaría ir a bares en Nueva York sin maquillarse ni arreglarse, y pasar desapercibida.

El éxito llegó por fin, pero con él también llegó algo terrible para ella: los estudios solo le daban papeles de rubia explosiva. Marilyn quería papeles serios, pero nadie la tomaba en cuenta para eso, por más que ella restara importancia a las cualidades de sirena que había desarrollado. Un día, al ensayar una escena de *El jardín de los cerezos*, su maestro de actuación, Michael Chekhov, le preguntó: «¿Pensabas en sexo mientras hicimos esta escena?». Ella contestó que no, y él continuó: «En toda la escena no dejé de recibir vibraciones sexuales de ti. Como si fueras una mujer en las garras de la pasión. [...] Ahora entiendo tu problema con tu estudio, Marilyn. Eres una mujer que emite vibraciones sexuales, hagas o pienses lo que sea. El mundo entero ha respondido ya a esas vibraciones. Salen de la pantalla cuando apareces en ella».

A Marilyn Monroe le encantaba el efecto que su cuerpo podía tener en la libido masculina. Afinaba su presencia física como un instrumento, con lo que terminaba por exudar sexo y conseguir una apariencia glamurosa y exuberante. Otras mujeres

sabían tantos trucos como ella para incrementar su atractivo sexual, pero lo que distinguía a Marilyn era un elemento inconsciente. Su biografía la había privado de algo decisivo: afecto. Su mayor necesidad era sentise amada y deseada, lo que la hacía parecer constantemente vulnerable, como una niña ansiosa de protección. Esa necesidad de amor emanaba de ella ante la cámara; era algo natural, que procedía de una fuente genuina y profunda en su interior. Una mirada o un gesto con el que no pretendía causar deseo hacía eso en forma doblemente poderosa, solo por ser espontáneo; su inocencia era precisamente lo que excitaba a los hombres.

La sirena del sexo tiene un efecto más urgente e inmediato que la sirena espectacular. Encarnación del sexo y el deseo, no se molesta en apelar a sentidos ajenos, o en crear una intensidad teatral. Parece jamás dedicar tiempo a trabajar o hacer tareas domésticas; da la impresión de vivir para el placer y estar siempre disponible. Lo que diferencia a la sirena del sexo de la cortesana o prostituta es su toque de inocencia y vulnerabilidad. Esta mezcla es perversamente satisfactoria: concede al hombre la crucial ilusión de ser protector, la figura paterna, pese a que, en realidad, sea la sirena del sexo quien controla la dinámica.

Una mujer no necesariamente tiene que nacer con los atributos de una Marilyn Monroe para poder cumplir el papel de sirena del sexo. La mayoría de los elementos físicos de esta personalidad son inventados; la clave es el aire de colegiala inocente. Mientras que una parte de ti parece proclamar sexo, la otra es tímida e ingenua, como si fueras incapaz de comprender el efecto que ejerces. Tu porte, voz y actitud son deliciosamente ambiguos: eres al mismo tiempo una mujer experimentada y deseosa, y una chiquilla inocente.

Llegarás primero a las sirenas, que encantan a cuantos hombres van a su encuentro. [...] Porque les hechizan las sirenas con el sonoro canto, sentadas en una pradera y teniendo a su alrededor enorme montón de huesos de hombres putrefactos cuya piel se va consumiendo.

-Circe a Odiseo, Odisea, Canto XII

### **CLAVES DE PERSONALIDAD**

La sirena es la seductora más antigua de todas. Su prototipo es la diosa Afrodita —está en su naturaleza poseer una categoría mítica—, pero no creas que es cosa del

pasado, o de leyenda e historia: representa la poderosa fantasía masculina de una mujer muy sexual y extraordinariamente segura y tentadora que ofrece interminable placer junto con una pizca de peligro. En la actualidad, esta fantasía atrae con mayor fuerza aún a la psique masculina, porque hoy más que nunca el hombre vive en un mundo que circunscribe sus instintos agresivos al volverlo todo inofensivo y seguro, un mundo que ofrece menos posibilidades de riesgo y aventura que antes. En el pasado, un hombre disponía de salidas para esos impulsos: la guerra, altamar, la intriga política. En el terreno del sexo, las cortesanas y amantes eran prácticamente una institución social, y brindaban al hombre la variedad y caza que ansiaba. Sin salidas, sus impulsos quedan encerrados en él y lo corroen, volviéndose aún más explosivos por ser reprimidos. A veces un hombre poderoso hará las cosas más irracionales, tendrá una aventura cuando eso es lo menos indicado, solo por la emoción, por el peligro que implica. Lo irracional puede ser sumamente seductor, y más todavía para los hombres, que siempre deben parecer demasiado razonables.

Si lo que tú buscas es fuerza de seducción, la sirena es la más poderosa de todas. Opera sobre las emociones básicas de un hombre; y si desempeña de modo apropiado su papel, puede transformar a un hombre normalmente fuerte y responsable en un niño y un esclavo. La sirena actúa con especial eficacia sobre el tipo masculino rígido —el soldado o héroe—, como Cleopatra trastornó a Marco Antonio y Marilyn Monroe a Joe DiMaggio. Pero no creas que ese tipo es el único que la sirena puede afectar. Julio César era escritor y pensador, y había transferido su capacidad intelectual al campo de batalla y la esfera política; el dramaturgo Arthur Miller cayó bajo el hechizo de Marilyn tanto como DiMaggio. El intelectual suele ser el tipo más susceptible al llamado de placer físico absoluto de la sirena, porque su vida carece de él. La sirena no tiene que preocuparse por buscar a la víctima correcta. Su magia actúa sobre todos.

¿Con quién puedo comparar a la mujer adorable, tan bendecida por la fortuna, sino con las sirenas, que con su piedra imán atraen a las naves? Así, imagino, atrajo Isolda a muchas mentes y corazones que se creían a salvo de la inquietud del amor. Y, en efecto, las naves sin ancla y las mentes extraviadas son una buena comparación. Unas y otras siguen muy rara vez un curso recto, y se tienden con demasiada frecuencia en refugios inseguros, yendo y viniendo sin sentido. De igual forma, el deseo sin rumbo y el ansia perdida de amor van a la deriva, como nave sin ancla. Esta princesa joven y encantadora, la discreta y cortés Isolda, atraía las mentes de los corazones que la adoraban como la piedra imán atrae las naves al sonido del canto de las sirenas. Cantaba abierta y secretamente, a oídos y ojos en los que más de un corazón despertaba. La canción que entonaba abiertamente en este y otros

lugares era su dulce cantar, del que se hacía eco el sonido suave de las cuerdas, para que todos lo escuchasen en el reino de los oídos y hasta el corazón. Pero su canto secreto era su extraordinaria belleza, que, con su extasiadora música oculta, e invisible por las ventanas de los ojos, ¡se metía a hurtadillas en muchos nobles corazones y abría paso a la magia que, de súbito, tomaba presas a las mentes, y las encadenaba al deseo!

# GOTTFRIED VON STRASSBURG, TRISTÁN E ISOLDA

Antes que nada, una sirena debe distinguirse de las demás mujeres. Ella es rara y mítica por naturaleza, única en su grupo; es también una valiosa presea por arrebatar a otros hombres. Cleopatra se diferenció por su intenso sentido teatral; el recurso de la emperatriz Josefina Bonaparte fue la languidez extrema; el de Marilyn Monroe, la indefensión infantil. El físico brinda las mejores oportunidades en este caso, ya que la sirena es eminentemente un espectáculo por contemplar. Una presencia acentuadamente femenina y sexual, aun al extremo de la caricatura, te diferenciará de inmediato, pues la mayoría de las mujeres carecen de seguridad para proyectar esa imagen.

Habiéndose distinguido de las demás mujeres, la sirena debe poseer otras dos cualidades críticas: la habilidad para lograr que el hombre la persiga con tal denuedo que pierda el control, y un toque de peligro. El peligro es increíblemente seductor. Lograr que los hombres te persigan es relativamente sencillo: te bastará con una presencia intensamente sexual. Pero no debes parecer cortesana o ramera, a quien los hombres persiguen solo para perder pronto todo interés. Sé en cambio algo esquiva y distante, una fantasía hecha realidad. Las grandes sirenas del Renacimiento, como Tullia d'Aragona, actuaban y lucían como diosas griegas, la fantasía de la época. Hoy tú podrías tomar como modelo a una diosa del cine, cualquiera con aspecto exuberante, e incluso imponente. Estas cualidades harán que un hombre te persiga con vehemencia; y entre más lo haga, más creerá actuar por iniciativa propia. Esta es una excelente forma de disimular cuánto lo manipulas.

La noción de peligro, de desafío, a veces de muerte, podría parecer anticuada, pero el peligro es esencial en la seducción. Añade interés emocional, y hoy es particularmente atractivo para los hombres, por lo común racionales y reprimidos. El peligro está presente en el mito original de la sirena. En la *Odisea* de Homero, el protagonista, Odiseo, debe atravesar las rocas en que las sirenas, extrañas criaturas femeninas, cantan e inducen a los marineros a su destrucción. Ellas cantan las glorias del pasado, de un mundo similar a la infancia, sin responsabilidades, un mundo de puro placer. Su voz es como el agua, líquida e incitante. Los marineros se arrojaban al agua en pos de ellas, y se ahogaban; o, distraídos y extasiados, estrellaban su nave contra las rocas. Para proteger a sus navegantes de las sirenas, Odiseo les tapa los oídos con cera; él, a su vez, es atado al mástil, para poder oírlas y vivir para

contarlo un deseo extravagante, pues lo que estremece de las sirenas es caer en la tentación de seguirlas.

Enamorarse de estatuas y cuadros, e incluso hacer el amor con ellos, es una antigua fantasía, especialmente reconocida en el Renacimiento. Giorgio Vasari, en la introducción de sus biografías de artistas de la antigüedad, relata que había hombres que, violando la ley, entraban de noche a los templos y hacían el amor con estatuas de Venus. A la mañana siguiente, los sacerdotes, al entrar a los santuarios, hallaban manchas en las figuras de mármol.

LYNNE LAWNER, VIDAS DE LAS CORTESANAS

Así como los antiguos marineros tenían que remar y timonear, ignorando todas las distracciones, hoy un hombre debe trabajar y seguir una senda recta en la vida. El llamado de algo peligroso, emotivo y desconocido es aún más poderoso por estar prohibido. Piensa en la víctimas de las grandes sirenas de la historia: Paris provoca una guerra por Helena de Troya; Julio César arriesga un imperio y Marco Antonio pierde el poder y la vida por Cleopatra; Napoleón se convierte en el hazmerreír de Josefina; DiMaggio no se libra nunca de su pasión por Marilyn; y Arthur Miller no puede escribir durante años. Un hombre suele arruinarse a causa de una sirena, pero no puede desprenderse de ella. (Muchos hombres poderosos tienen una vena masoquista). Un elemento de peligro es fácil de insinuar, y favorecerá tus demás características de sirena: el toque de locura de Marilyn, por ejemplo, que atrapaba a los hombres. Las sirenas son a menudo fantásticamente irracionales, lo cual es muy atractivo para los hombres, oprimidos por su racionalidad. Un elemento de temor también es decisivo: mantener a un hombre a prudente distancia engendra respeto, para que no se acerque tanto como para entrever tus intenciones o conocer tus defectos. Produce ese miedo cambiando repentinamente de humor, manteniendo a un hombre fuera de balance y en ocasiones intimidándolo con una conducta caprichosa.

El elemento más importante para una sirena en ciernes es siempre el físico, el principal instrumento de poder de la sirena. Las cualidades físicas —una fragancia, una intensa feminidad evocada por el maquillaje o por un atuendo esmerado o seductor— actúan aún más poderosamente sobre los hombres porque no tienen significado. En su inmediatez, eluden los procesos racionales, y ejercen así el mismo efecto que un señuelo para un animal, o que el movimiento de un capote en un toro. La apariencia apropiada de la sirena suele confundirse con la belleza física, en particular del rostro. Pero una cara bonita no hace a una sirena; por el contrario, produce excesiva distancia y frialdad. (Ni Cleopatra ni Marilyn Monroe, las dos mayores sirenas de la historia, fueron famosas por tener un rostro hermoso). Aunque

una sonrisa y una incitante mirada son infinitamente seductoras, nunca deben dominar tu apariencia. Son demasiado obvias y directas. La sirena debe estimular un deseo generalizado, y la mejor forma de hacerlo es dar una impresión tanto llamativa como tentadora. Esto no depende de un rasgo particular, sino de una combinación de cualidades:

La voz. Evidentemente una cualidad decisiva, como lo indica la leyenda, la voz de la sirena tiene una inmediata presencia animal de increíble poder de provocación. Quizá este poder sea regresivo, y recuerde la capacidad de la voz de la madre para apaciguar o emocionar al hijo aun antes de que este entendiera lo que ella decía. La sirena debe tener una voz insinuante que inspire erotismo, en forma subliminal antes que abierta. Casi todos los que conocieron a Cleopatra hicieron referencia a su dulce y deliciosa voz, de calidad hipnotizante. La emperatriz Josefina, una de las grandes seductoras de fines del siglo xvIII, tenía una voz lánguida que los hombres consideraban exótica, e indicativa de su origen créole. Marilyn Monroe nació con su jadeante voz infantil, pero aprendió a hacerla más grave para volverla auténticamente seductora. La voz de Lauren Bacall es naturalmente grave; su poder seductor se deriva de su lenta y sugestiva efusión. La sirena nunca habla rápida ni bruscamente, ni con tono agudo. Su voz es serena y pausada, como si nunca hubiera despertado del todo o abandonado el lecho.

El cuerpo y el proceso para acicalar. Si la voz tiene que adormecer, el cuerpo y su proceso para acicalar deben deslumbrar. La sirena pretende crear con su ropa el efecto de diosa que Baudelaire describió en su ensayo «En elogio del maquillaje»: «La mujer está en todo su derecho, y en realidad cumple una suerte de deber, al procurar parecer mágica y sobrenatural. Ha de embrujar y sorprender; ídolo que debe engalanarse con oro para ser adorada. Ha de hacer uso de todas las artes para elevarse sobre la naturaleza, lo mejor para subyugar corazones y perturbar espíritus».

Una sirena con talento para vestirse y acicalarse fue Paulina Bonaparte, hermana de Napoleón. Paulina se empeñó deliberadamente en alcanzar el efecto de diosa, disponiendo su cabello, maquillaje y atuendo para evocar el aire y apariencia de Venus, la diosa del amor. Ninguna otra mujer en la historia ha podido jactarse de un guardarropa tan extenso y elaborado. Su entrada a un baile, en 1798, tuvo un efecto pasmoso. Ella había pedido a la anfitriona, *Madame Permon*, que le permitiese vestirse en su casa, para que nadie la viera llegar. Cuando bajó las escaleras, tod@s se congelaron en un silencio de asombro. Portaba el tocado de las bacantes: racimos de uvas doradas entretejidas en su cabellera, arreglada al estilo griego. Su túnica griega, con dobladillo bordado en oro, destacaba su figura de diosa. Bajo los pechos ostentaba un tahalí de oro bruñido, sujetado por una magnífica joya. «No hay palabras que puedan expresar la hermosura de su apariencia», escribió la duquesa D'Abrantès. «La sala brilló aún más cuando entró. El conjunto era tan armonioso que

su aparición fue recibida con un susurro de admiración, el cual continuó con manifiesto desdén por las demás mujeres».

La clave: todo tiene que deslumbrar, pero también debe ser armonioso, para que ningún accesorio llame la atención por sí solo. Tu presencia debe ser intensa, exuberante, una fantasía vuelta realidad. Los accesorios sirven para hechizar y entretener. La sirena puede valerse de la ropa también para insinuar sexualidad, a veces abiertamente, aunque primero sugiriéndola que proclamándola, lo cual te haría parecer manipuladora. Esto se asocia con la noción de la revelación selectiva, la puesta al descubierto de solo una parte del cuerpo, que de cualquier manera excite y despierte la imaginación. A fines del siglo xvI, Marguerite de Valois, la intrigante hija de la reina de Francia, Catalina de Médicis, fue una de las primeras mujeres en incorporar a su vestuario el escote, sencillamente porque era dueña de los pechos más hermosos del reino. En Josefina Bonaparte lo notable eran los brazos, que siempre tenía cuidado en dejar desnudos.

El movimiento y el porte. En el siglo v a. C., el rey Kou Chien eligió a la sirena china Hsi Shih entre todas las mujeres de su reino para seducir y destruir a su rival, Fu Chai, rey de Wu; con ese propósito, hizo instruir a la joven en las artes de la seducción. La más importante de estas era la del movimiento: cómo desplazarse graciosa y sugestivamente. Hsi Shih aprendió a dar la impresión de que flotaba en el aire enfundada en su indumentaria de la corte. Cuando finalmente se entregó a Fu Chai, él cayó pronto bajo su hechizo. Nunca había visto a nadie que caminara y se moviera como ella. Se obsesionó con su trémula presencia, sus modales y su aire indiferente. Fu Chai se enamoró tanto de ella que dejó que su reino se viniera abajo, lo que permitió a Kou Chien invadirlo y conquistarlo sin dar una sola batalla.

La sirena se mueve graciosa y pausadamente. Los gestos, movimientos y porte apropiados de una sirena son como su voz: insinúan algo excitante, avivan el deseo sin ser obvios. Tú debes poseer un aire lánguido, como si tuvieras todo el tiempo del mundo para el amor y el placer. Dota a tus gestos de cierta ambigüedad, para que sugieran algo al mismo tiempo inocente y erótico. Todo lo que no se puede entender de inmediato es extremadamente seductor, más aún si impregna tu actitud.

Símbolo: Agua.

El canto de la sirena es líquido e incitante, y ella misma móvil e inasible. Como el mar, la sirena te tienta con la promesa de aventura y placer infinitos. Olvidando pa sado y futuro, los hombres la siguen mar adentro, donde se ahogan.

#### **PELIGROS**

Por ilustrada que sea su época, ninguna mujer puede mantener con soltura la imagen de estar consagrada al placer. Y por más que intente distanciarse de ello, la mancha de ser una mujer fácil sigue siempre a la sirena. A Cleopatra se le odió en Roma, donde se le consideraba la prostituta egipcia. Ese odio la llevó finalmente a la ruina, cuando Octavio y el ejército buscaron extirpar el estigma para la virilidad romana que ella había terminado por representar. Aun así, los hombres suelen perdonar la reputación de la sirena. Pero a menudo hay peligro en la envidia que causa en otras mujeres; gran parte del aborrecimiento de Roma por Cleopatra se originó en el enfado que provocaba a las severas matronas de esa ciudad. Exagerando su inocencia, haciéndose pasar por víctima del deseo masculino, la sirena puede mitigar un tanto los efectos de la envidia femenina. Pero, en general, es poco lo que puede hacer: su poder proviene de su efecto en los hombres, y debe aprender a aceptar, o ignorar, la envidia de otras mujeres.

Por último, la enorme atención que la sirena atrae puede resultar irritante, y algo peor aún. La sirena anhelará a veces que se le libre de ella; otras, querrá atraer una atención no sexual. Asimismo, y por desgracia, la belleza física se marchita; aunque el efecto de la sirena no depende de un rostro hermoso, sino de una impresión general, pasando cierta edad esa impresión es dificil de proyectar. Estos dos factores contribuyeron al suicidio de Marilyn Monroe. Hace falta cierta genialidad, como la de *Madame de Pompadour*, la sirena amante del rey Luis XV, para transitar al papel de animosa mujer madura que aún seduce con sus inmateriales encantos. Cleopatra poseía esa inteligencia; y si hubiera vivido más, habría seguido siendo una seductora irresistible durante mucho tiempo. La sirena debe prepararse para la vejez prestando temprana atención a las formas más psicológicas, menos físicas, de la coquetería, que sigan concediéndole poder una vez que su belleza empiece a declinar.

## El libertino

Una mujer nunca se siente suficientemente deseada y apreciada. Quiere atención, pero demasiado a menudo el hombre es distraído e insensible. El libertino es una de las grandes figuras de la fantasía femenina: cuando desea a una mujer, por breve que pueda ser ese momento, irá hasta el fin del mundo por ella. Puede ser infiel, deshonesto y amoral, pero eso no hace sino aumentar su atractivo. A diferencia del hombre decente normal, el libertino es deliciosamente desenfrenado, esclavo de su amor por las mujeres. Está además el señuelo de su reputación: tantas mujeres han sucumbido a él que debe haber un motivo. Las palabras son la debilidad de una mujer, y él es un maestro del lenguaje seductor. Despierta el ansia reprimida de una mujer adaptando a ti la combinación de peligro y placer del libertino.

#### EL LIBERTINO APASIONADO

Para la corte de Luis XIV, los últimos años del rey fueron sombríos: el monarca estaba viejo, y se había vuelto insufriblemente religioso y antipático. La corte se aburría y desesperaba por alguna novedad. En 1710, por lo tanto, el arribo de un joven de quince años en extremo apuesto y encantador tuvo un efecto particularmente intenso en las damas. Se apellidaba Fronsac, y sería el futuro duque de Richelieu (sobrino nieto del perverso cardenal Richelieu). Era insolente e ingenioso. Las damas jugueteaban con él, pero en correspondencia el duque besaba sus labios, mientras sus manos se aventuraban lejos para un muchacho inexperto. Cuando esas manos se extraviaron faldas arriba de una duquesa no tan indulgente, el rey enfureció, y envió al joven a la Bastilla para darle una lección. Sin embargo, las damas, para quienes había sido tan divertido, no soportaron su ausencia. En comparación con los estirados de la corte, tenía una osadía increíble, ojos penetrantes y manos más rápidas de lo conveniente. Nada podía detenerlo; su novedad fue irresistible. Las damas de la corte imploraron, y su estancia en la Bastilla se interrumpió.

[Después de un accidente en el mar, Don Juan aparece arrojado en una playa, donde es descubierto por una joven.] • Tisbea: Mancebo excelente \ gallardo, noble y galán. \ Volved en vos, caballero. • Don Juan: ¿Dónde estoy? Tisbea: Ya podéis ver, / en brazos de una mujer. Vivo en vos, si en el mar muero. \ Ya perdí todo el recelo, \ que me pudiera anegar, \ pues del infierno del mar \ salgo a vuestro claro cielo. \ Un espantoso huracán \ dio con mi nave al través, \ para arrojarme a esos pies \ que abrigo y puerto me dan. \ Y en vuestro divino oriente \ renazco, y no hay que espantar, \ pues veis que hay de amar a mar \ una letra solamente. • Tisbea: Muy grande aliento tenéis \ para venir sin aliento, \ y tras de tanto tormento \ mucho contento ofrecéis. [...] Parecéis caballo griego \ que el mar a mis pies desagua, \ pues venís formado de agua, \ y estáis preñado de fuego. \ Y si mojado abrasáis, \ estando enjuto, ¿qué haréis? \ Mucho fuego prometéis; \ ;plega a Dios que no mintáis! • Don Juan: A Dios, zagala, plugiera \ que en el agua

me anegara \ para que cuerdo acabara \ y loco en vos no muriera; \ que el mar pudiera anegarme \ entre sus olas de plata \ que sus límites desata, \ mas no pudiera abrasarme. \ Gran parte del sol mostráis, \ pues que el sol os da licencia, \ pues solo con la apariencia, \ siendo de nieve abrasáis. • Tisbea: Por más helado que estáis, \ tanto fuego en vos tenéis, \ que en este mío os ardéis [...]. • Don Juan: Con tu presencia recibo \ el aliento que perdí [...]. • Tisbea: Mucho habláis. • Don Juan: Mucho encendéis. • Tisbea: ¡Plega a Dios que no mintáis!

TIRSO DE MOLINA, EL BURLADOR DE SEVILLA

Años después, la joven *Mademoiselle de Valois* paseaba en un parque de París con su dama de compañía, una anciana que jamás se apartaba de ella. Su padre, el duque de Orleans, había resuelto proteger a la menor de sus hijas contra los seductores de la corte hasta que ella pudiera casarse, así que le había asignado esa dama de compañía, mujer de impecable virtud y amargura. En aquel parque, sin embargo, *Mademoiselle de Valois* vio que un joven la miraba, y prendía fuego a su corazón. Él pasó de largo, pero su mirada fue clara e intensa. La dama de compañía le dijo quién era: el infame duque de Richelieu, blasfemo, enamoradizo y seductor. Alguien a quien evitar a toda costa.

Días más tarde, la dama condujo a *Mademoiselle de Valois* a otro parque, y he aquí que Richelieu volvió a cruzarse en su camino. Esta vez iba disfrazado de mendigo, pero su modo de mirar era inconfundible. *Mademoiselle de Valois* le devolvió la mirada: al menos algo interesante en su vida monótona. Dada la severidad de su padre, ningún hombre se había atrevido a acercársele. Y ahora ese cortesano famoso la perseguía, ¡a ella en lugar de cualquier otra dama de la corte! ¡Qué emoción! Él le haría llegar pronto, a escondidas, hermosos mensajes en los que expresaba su incontrolable deseo por ella. *Mademoiselle de Valois* respondía timidamente, pero en poco tiempo esos mensajes eran lo único por lo que vivía. En uno de ellos, el duque le prometió disponerlo todo si ella pasaba una noche con él; creyendo imposible esto, a ella no le importó seguirle el juego y aceptar su atrevida propuesta.

Mademoiselle de Valois tenía una doncella, llamada Angélique, que la desvestía antes de acostarse y que dormía en un cuarto contiguo. Una noche, mientras su dama de compañía tejía, Mademoiselle de Valois distrajo su lectura y vio a Angélique llevando su ropa de cama a la habitación; pero, contra su costumbre, Angélique se volvió y le sonrió: ¡Era Richelieu, magistralmente disfrazado de la camarera! Mademoiselle de Valois estuvo a punto de gritar de susto, pero se contuvo, percatándose del peligro en que se hallaba: si decía algo, su familia se enteraría de los mensajes, y de su participación en el asunto. ¿Qué podía hacer? Decidió ir a su habitación y disuadir al joven duque de su maniobra, ridículamente peligrosa. Así,

deseó buenas noches a su dama de compañía; pero una vez en su recámara, sus planeadas palabras fueron inútiles. Cuando trató de razonar con Richelieu, él respondió con esa mirada suya, y la tomó entre sus brazos. Ella no podía gritar, pero no sabía qué hacer tampoco. Las impetuosas palabras de él, sus caricias, el peligro de todo: su cabeza le daba vueltas, estaba perdida. ¿Qué eran la virtud y su aburrimiento de antes comparados con una noche con el libertino más conocido de la corte? Así, mientras la dama de compañía tejía a lo lejos, el duque la inició en los rituales del libertinaje.

Meses después, el padre de *Mademoiselle de Valois* tuvo razones para sospechar que Richelieu había penetrado sus líneas defensivas. La dama de compañía fue despedida y las precauciones redobladas. Orleans no comprendió que para Richelieu esas medidas eran un desafío, y el duque vivía para los desafíos. Compró la casa de al lado, bajo nombre falso, y abrió una puerta secreta en la pared misma que daba a la alacena de Orleans. En esta alacena, y a lo largo de los meses siguientes —hasta que la novedad se agotó—. *Mademoiselle de Valois* y Richelieu disfrutaron de citas interminables.

Complacido con mi primer éxito, determiné sacar provecho de esta feliz reconciliación. Las llamé mis queridas esposas, mis fieles compañeras, los dos seres elegidos para hacerme feliz. Intenté atraer su atención, y despertar en ellas deseos cuya fuerza vo conocía y que alejarían toda reflexión contraria a mis planes. El hombre hábil que sabe cómo comunicar gradualmente vehemencia del amor a los sentidos de la mujer más virtuosa, pronto será, casi sin duda, amo absoluto de su mente y persona; es imposible pensar cuando se ha perdido la cabeza; y, además, los principios de la sabiduría, por impresos que estén en la mente, desaparecen al momento en que el corazón solo anhela placer: únicamente el placer manda entonces, y solo él es obedecido. El hombre que ha tenido experiencia de conquistas casi siempre triunfa ahí donde el tímido y enamorado fracasa. [...] • Habiendo conducido a mis dos bellas al estado de abandono en que las quería, expresé un deseo más ansioso; sus ojos se iluminaron; mis caricias fueron correspondidas; y resultó evidente que su resistencia no duraría más de unos momentos en la siguiente escena que deseaba que representaran. Propuse que cada una me acompañara por turnos dentro de un encantador armario, junto al cuarto en que estábamos, que quería que admiraran. Ambas guardaron silencio. • «¿Dudáis acaso?», pregunté. «Veré cuál de ustedes me quiere más. La que más me ama será la primera en seguir al amante a quien desea convencer de su afecto. [...]». • Conocía a mi puritana, y

bien sabía que, luego de algunos forcejeos, se abandonaría por completo al momento presente. Este le parecería tan agradable como los otros que habíamos pasado juntos; olvidaría que me compartía [con *Madame Renaud*]. [...] • [Llegado su turno]. *Madame Renaud* respondió con un éxtasis que probó su satisfacción, y no abandonó la sesión hasta repetir continuamente: «¡Vaya hombre! ¡Vaya hombre! ¡Es increíble! ¡Qué feliz se sería con él si fuera fiel!».

## LA VIDA PRIVADA DEL DUQUE DE RICHELIEU

Tod@s en París sabían de las proezas de Richelieu, pues él se encargaba de divulgarlas lo más ruidosamente posible. Cada semana, una nueva anécdota circulaba en la corte. Un hombre había encerrado una noche a su esposa en una habitación del piso de arriba, preocupado de que el duque anduviera tras ella; para reunirse con la dama, el duque se había arrastrado a oscuras por una frágil tabla suspendida entre dos ventanas de pisos superiores. Dos mujeres que vivían en una misma casa, una viuda, la otra casada y muy religiosa, habían descubierto, para su mutuo horror, que el duque las enamoraba al mismo tiempo, dejando a una durante la noche para estar con la otra. Cuando se lo reclamaron, Richelieu, siempre al acecho de algo nuevo y dueño de una labia endemoniada, no se disculpó ni retractó, sino que procedió a convencerlas de un *ménage à trois*, aprovechándose de la vanidad herida de cada una de ellas, que no soportaban la idea de que prefiriera a la otra. Año tras año aumentaban las notables historias de seducción del duque. Una mujer admiraba su audacia y valor, otra su gallardía para contrariar a un esposo. Las mujeres competían por su atención: si él no quería seducirlas, tenía que haber algo malo en ellas. Ser el blanco de sus atenciones se volvió una grandiosa fantasía. Una vez, dos damas sostuvieron un duelo de pistolas por él, y una de ellas resultó gravemente herida. La duquesa de Orleans, su más implacable enemiga, escribió: «Si creyera en la brujería, pensaría que el duque posee un secreto sobrenatural, pues nunca he conocido una mujer que le haya opuesto la menor resistencia».

En la seducción suele presentarse un dilema: para seducir, es necesario planear y calcular; pero si la víctima sospecha de motivos ocultos en la otra parte, se pondrá a la defensiva. No obstante, si el seductor parece imponerse, inspirará miedo en lugar de deseo. El libertino apasionado resuelve este dilema de forma muy astuta. Por supuesto que debe calcular y planear; debe hallar la manera de eludir al marido celoso, o al obstáculo de que se trate. Esta es una labor agotadora. Pero, por naturaleza, el libertino apasionado también tiene la ventaja de una libido incontrolable. Cuando persigue a una mujer, realmente arde en deseos por ella; la víctima lo siente y hierve a su vez, aun a pesar de sí misma. ¿Cómo podría imaginar que él es un seductor desalmado que la abandonará, siendo que ha afrontado tan

fervientemente todos los peligros y obstáculos para conseguirla? Y aun si ella está al tanto de su pasado deshonroso, de su amoralidad incorregible, eso no importa, porque también conoce su debilidad. Él no puede controlarse; más aún, es esclavo de todas las mujeres. Por consiguiente, no inspira temor.

El libertino apasionado nos da una lección simple: el deseo intenso ejerce un poder perturbador en una mujer, como el de la presencia física de la sirena en un hombre. Una mujer suele estar a la defensiva, y puede percibir falta de sinceridad o cálculo. Pero si se siente consumida por tus atenciones, y está segura de que harás cualquier cosa por ella, no verá en ti nada más, o encontrará la manera de perdonar tus indiscreciones. Esta es la excusa perfecta para un seductor. La clave es no exhibir el menor titubeo, dejar toda inhibición, soltarte, demostrar que no te es posible controlarte y que, en esencia, eres débil. No te preocupes de inspirar desconfianza; en tanto seas esclavo de sus encantos, ella no pensará en lo que viene después.

#### **EL LIBERTINO DEMONIACO**

A principios de la década de 1880, algunos miembros de la alta sociedad romana comenzaron a hablar de un joven periodista de reciente aparición, un tal Gabriele D'Annunzio. Esto era de suyo extraño, porque la realeza italiana despreciaba enormemente a todo aquel que no pertenecía a su círculo, y un reportero de sociales era casi tan vulgar como indigno. Los hombres de alta cuna, en efecto, le prestaban poca atención. D'Annunzio no tenía dinero, y apenas unas cuantas relaciones, pues procedía de un ambiente de estricta clase media. Además, para ellos era soberanamente feo: bajo, fornido, de tez oscura y picada y ojos saltones. Los hombres lo juzgaban tan poco atractivo que le permitían de buena gana circular entre sus esposas e hijas, seguros de que sus mujeres estaban a salvo con ese adefesio y felices de poder librarse de tal cazador de chismes. No, no eran los hombres quienes hablaban de D'Annunzio; eran sus esposas.

Sus meros triunfos en el amor, más que la maravillosa voz de este seductor calvo y pequeño con nariz de Polichinela, eran la causa de que le siguiese toda una procesión de mujeres enamoradas, tanto opulentas como atormentadas. D'Annunzio había revivido con éxito la leyenda de Byron: al pasar junto a mujeres de pecho prominente, aparecidas en su camino tal como

Boldoni las habría pintado, con sartas de perlas que las anclaban a la vida —princesas y actrices, grandes damas rusas y aun amas de casa bordelesas de clase media—, ellas mismas se le ofrecían.

# PHILIPPE JULLIAN, *EL PRÍNCIPE DE LOS ESTETAS: EL CONDE ROBERT DE MONTESQUIOU*

Presentadas a D'Annunzio por sus maridos, aquellas duquesas y marquesas terminaron invitando a ese hombre de apariencia extraña; y cuando estaba a solas con ellas, su actitud cambiaba repentinamente. En cuestión de minutos, las damas estaban embelesadas. Para comenzar, D'Annunzio tenía la voz más maravillosa que ellas hubieran oído jamás: baja y grave, con articulación silabeada, ritmo fluido y entonación casi musical. Una mujer la compararía con campanarios repicando a lo lejos. Otras decían que esa voz poseía un efecto «hipnótico». También las palabras que emitía eran interesantes: frases aliteradas, locuciones preciosas, imágenes poéticas y un modo de elogiar capaz de derretir el corazón de una mujer. D'Annunzio había alcanzado el dominio del arte de adular. Parecía conocer la debilidad de cada mujer: a una la llamaba diosa de la naturaleza; a otra, incomparable artista en ciernes; a otra más, figura romántica salida de las páginas de un novela. El corazón de una mujer latía con fuerza mientras el periodista describía el efecto que ella ejercía en él. Todo era sugerente, y aludía a sexo o romance. En la noche, ella ponderaba sus palabras, y recordaba poco de lo que él había dicho, porque nunca decía nada concreto, pero mucho de lo que le había hecho sentir. Al día siguiente, esa mujer recibía de él un poema que parecía haber escrito especialmente para ella. (En realidad D'Annunzio escribía docenas de poemas similares, cada uno de los cuales adaptaba a su víctima prevista).

En fin: nada hay tan dulce como vencer la resistencia de una beldad, y yo tengo, en ese aspecto, la ambición de los conquistadores que vuelan perpetuamente de victoria en victoria sin poder decidirse a limitar sus deseos. Nada hay que pueda detener la impetuosidad de los míos; siento en mí un corazón capaz de amar a toda la Tierra, y, como Alejandro, desearía yo que hubiese otros mundos para poder extender a ellos mis conquistas amorosas.

-MOLIÈRE, DON JUAN O EL CONVIDADO DE PIEDRA

Luego de varios años de haberse iniciado como reportero de sociales, D'Annunzio se casó con la hija del duque y la duquesa de Gallese. Poco después, con el firme apoyo de damas de sociedad, empezó a publicar novelas y libros de poesía. La cantidad de sus conquistas era notable, pero la calidad también: no solo marquesas caían a sus pies, sino, asimismo, grandes artistas, como la actriz Eleonora Duse, quien lo ayudó a convertirse en respetado dramaturgo y celebridad literaria. La bailarina Isadora Duncan, otra mujer que acabó cayendo bajo su hechizo, explicaría su magia: «Gabriele D'Annunzio es quizá el mejor amante de nuestro tiempo. Y esto pese a que sea de baja estatura, calvo y feo (excepto cuando la cara se le ilumina de entusiasmo). Sin embargo, cuando se dirige a una mujer que es de su gusto, su rostro se transfigura, y él se convierte de súbito en Apolo. [...] Su efecto en las mujeres es sorprendente. La dama que lo escucha siente de pronto que su espíritu mismo y su ser se elevan».

Al estallar la primera guerra mundial, D'Annunzio, entonces de cincuenta y dos años, se alistó en el ejército. Aunque carecía de experiencia militar, tendía al dramatismo, y ardía en deseos de mostrar su valor. Aprendió a volar, y dirigió misiones peligrosas, aunque muy eficaces. Al fin de la guerra, era el héroe más condecorado de Italia. Sus hazañas lo volvieron gloria nacional y, tras la guerra, fuera de su hotel se congregaban multitudes, en cualquier ciudad italiana. Él les hablaba de política desde un balcón, y clamaba contra el gobierno italiano en turno. A un testigo de uno de sus discursos, el escritor estadunidense Walter Starkie, le decepcionó en principio el aspecto del famoso D'Annunzio en un balcón en Venecia: era menudo, y parecía grotesco. «Sin embargo, poco a poco comencé a caer bajo la fascinación de su voz, que penetraba en mi conciencia [...] Nunca un gesto apresurado, brusco [...] Pulsó las emociones de la multitud como lo haría un consumado violinista con un Stradivarius. Los ojos de miles estaban fijos en él, como hipnotizados por su poder». El sonido de su voz y las poéticas connotaciones de sus palabras eran también lo que seducía a las masas. Con el argumento de que la Italia moderna debía reclamar la grandeza del imperio romano, D'Annunzio inventaba consignas que el público coreaba, o hacía preguntas de intensa carga emocional. Halagaba a la multitud, la hacía sentir parte de un drama. Todo era vago y sugestivo.

Entre los numerosos modos de entender el efecto de Don Juan en las mujeres, vale destacar el motivo del héroe irresistible, porque ilustra un cambio curioso en nuestra sensibilidad. Don Juan no se volvió irresistible para las mujeres hasta la época romántica, y me inclino a pensar que es un rasgo de la imaginación femenina que se haya vuelto así. Cuando la voz femenina empezó a afirmarse e incluso, quizá, a dominar en la literatura, Don Juan evolucionó hasta convertirse en el ideal de las mujeres, más que de los hombres. [...] Don Juan es ya el sueño femenino del amante perfecto, fugitivo, apasionado, intrépido. Concede a la mujer un

momento inolvidable, la magnífica exaltación de la carne, que tan a menudo le niega su esposo, el cual cree que los hombres son ordinarios y las mujeres espirituales. Ser el fatídico Don Juan quizá sea el sueño de pocos hombres, pero conocerlo es el sueño de muchas mujeres.

# OSCAR MANDEL, «LA LEYENDA DE DON JUAN», *EL TEATRO DE DON JUAN*

El tema del momento era la posesión de la ciudad de Fiume, justo al otro lado de la frontera, en la vecina Yugoslavia. Muchos italianos creían que el premio a su país por haberse unido a los aliados en la guerra debía ser la anexión de Fiume. D'Annunzio defendía esta causa; y dada su condición de héroe de guerra, el ejército estaba listo para apoyarlo, aunque el gobierno se oponía a toda acción. En septiembre de 1919, rodeado de soldados, D'Annunzio dirigió su infausta marcha sobre Fiume. Cuando un general italiano lo detuvo en el camino y amenazó con dispararle, el poeta se abrió el abrigo para exhibir sus medallas y exclamó, con magnética voz: «Si ha de matarme, ¡apunte aquí!». Atónito, el general rompió a llorar. Se unió a D'Annunzio.

Cuando el poeta entró a Fiume, se le recibió como libertador. Al día siguiente fue declarado jefe del Estado Libre de Fiume. Pronto pronunciaba discursos todos los días desde un balcón en la plaza principal de la ciudad, hechizando a decenas de miles sin el auxilio de altavoces. Iniciaba toda clase de celebraciones y rituales rememorando el imperio romano. Los ciudadanos de Fiume dieron en imitarlo, en particular sus proezas sexuales; la urbe se convirtió en un burdel gigantesco. Él era tan popular que el gobierno italiano llegó a temer una marcha sobre Roma, la que, de haberse efectuado en ese momento, teniendo D'Annunzio el apoyo de gran parte del ejército, habría podido culminar exitosamente. El poeta habría aventajado así a Mussolini, y cambiado el curso de la historia. (No era fascista, sino una suerte de esteta socialista). Pero decidió quedarse en Fiume, que gobernó durante dieciséis meses, hasta que el régimen italiano lo derribó al fin, a fuerza de bombas.

La seducción es un proceso psicológico que trasciende el género, salvo en el par de áreas clave en que cada género tiene su propia debilidad. El hombre es tradicionalmente vulnerable a lo visual. La sirena capaz de inventarse la apariencia física indicada seducirá en grandes cantidades. La debilidad de las mujeres son el lenguaje y las palabras; como escribió la actriz francesa Simone, una de las víctimas de D'Annunzio: «¿Cómo podrían explicarse las conquistas [del poeta] sino por su extraordinario poder verbal y el timbre musical de su voz, puesta al servicio de una excepcional elocuencia? Porque mi sexo es susceptible a las palabras, lo embrujan, quiere ser dominado por ellas».

El libertino es tan promiscuo con las palabras como con las mujeres. Elige términos por su aptitud para sugerir, insinuar, hipnotizar, elevar, contagiar. Las palabras del libertino equivalen al aderezo corporal de la sirena: son un poderoso entretenimiento sensual, un narcótico. El libertino usa demoniacamente el lenguaje porque no lo concibe para comunicar o transmitir información, sino para persuadir, halagar y causar confusión emocional, tal como la serpiente en el jardín del Edén se sirvió de palabras para hacer caer a Eva en tentación.

El caso de D'Annunzio pone de manifiesto el vínculo entre el libertino erótico, que seduce a las mujeres, y el libertino político, que seduce a las masas. Ambos dependen de las palabras. Adapta a tu propia situación la personalidad del libertino y descubrirás que el uso de las palabras como sutil veneno tiene infinitas aplicaciones. Recuerda: lo que importa es la forma, no el contenido. Cuanto menos reparen tus víctimas en lo que dices y más en lo que les haces sentir, tanto más seductor será tu efecto. Da a tus palabras un elevado sabor espiritual y literario, el mejor para insinuar deseo en tus involuntarias presas.

Pero ¿cuál es entonces esta fuerza con que Don Juan seduce? Es el deseo, la energía del deseo sensual. Él desea en cada mujer la totalidad de la feminidad. La reacción a esta pasión gigantesca embellece y desarrolla a la persona deseada, la cual se enciende en acrecentada hermosura al reflejarlo. Así como el fuego del entusiasta ilumina con fascinante esplendor aun a quienes traban con él una relación casual, así Don Juan transfigura en un sentido mucho más profundo a cada mujer.

—Søren Kierkegaard, O esto o aquello

### **CLAVES DE PERSONALIDAD**

En principio podría parecer extraño que un hombre visiblemente deshonesto, infiel y sin interés en el matrimonio atraiga a una mujer. Pero a lo largo de la historia, y en todas las culturas, este tipo ha tenido un efecto implacable. El libertino ofrece lo que la sociedad no permite normalmente a las mujeres: una aventura de placer absoluto, un excitante roce con el peligro. Una mujer suele sentirse agobiada por el papel que se espera de ella. Se supone que debe ser una delicada fuerza civilizadora de la sociedad, y anhelar compromiso y lealtad de por vida. Pero, a menudo, su matrimonio y relaciones no le brindan romance ni devoción, sino rutina y una pareja invariablemente distraída. Es por eso que persiste la fantasía femenina de

un hombre capaz de entregarse por entero; un hombre que viva para la mujer, así sea solo un instante.

Este reprimido lado oscuro del deseo femenino halló expresión en la leyenda de Don Juan. Al principio, esta leyenda fue una fantasía masculina: el caballero audaz que podía tener todas las mujeres que quisiera. Pero en los siglos XVII y XVIII, Don Juan transitó lentamente del aventurero masculino a una versión más feminizada: un hombre que solo vivía para las mujeres. Esta evolución fue producto del interés de las mujeres en ese argumento, y resultado de sus deseos frustrados. El matrimonio era para ellas una forma de servidumbre por contrato; pero Don Juan ofrecía placer por el placer mismo, un deseo sin condiciones. Cuando una mujer se cruzaba en su camino, él no pensaba más que en ella. Su deseo era tan fuerte que ella no tenía tiempo de pensar ni preocuparse por las consecuencias. Él llegaba de noche, concedía un momento inolvidable y desaparecía. Quizá para entonces ya había conquistado a miles de mujeres, pero eso no hacía sino volverlo más interesante; el abandono era mejor que no ser deseada por un hombre así.

Los grandes seductores no ofrecen los apacibles placeres que la sociedad aprueba. Tocan el inconsciente de una persona, los deseos reprimidos que claman por ser liberados. No creas que las mujeres son las criaturas frágiles que a algunos les gustaría que fueran. Como a los hombres, también a ellas les atrae enormemente lo prohibido, lo peligroso, incluso lo un tanto perverso. (Don Juan termina yéndose al infierno, y la palabra *rake* [libertino, en inglés] se deriva de *rakehell*, el hombre que rastrilla el carbón en el infierno; el componente diabólico es parte importante de esta fantasía). Recuerda siempre: para actuar como libertino, debes transmitir una sensación de oscuridad y riesgo, con objeto de sugerir a tu víctima que participa de algo raro y estremecedor una oportunidad para satisfacer sus propios deseos lascivos.

Para actuar como libertino, el requisito más obvio es la capacidad de soltarte, de atraer a una mujer al periodo puramente sexual en que pasado y futuro pierden sentido. Debes poder abandonarte al momento. (Cuando el libertino Valmont — basado en el duque de Richelieu—, en la novela epistolar de Laclos del siglo XVIII, Las amistades peligrosas, escribe cartas evidentemente calculadas para tener cierto efecto en su víctima selecta, Madame de Tourvel, ella adivina a todas luces sus intenciones; pero cuando esas cartas la hacen arder de pasión, empieza a ceder). Un beneficio adicional de esta cualidad es que te hace parecer incapaz de controlarte, muestra de debilidad que agrada a una mujer. Al abandonarte a la seducida, le haces creer que solo existes para ella, sensación que refleja una verdad, por temporal que sea. La mayoría de las centenas de mujeres que Pablo Picasso, consumado libertino, sedujo al paso de los años tuvieron la sensación de ser las únicas que él en verdad amaba.

Al libertino jamás le preocupa que una mujer se le resista, ni, en realidad, ningún otro obstáculo en su camino: un marido, una barrera física. La resistencia no hace otra cosa que espolear su deseo, incitarlo aún más. Cuando Picasso seducía a

Françoise Gilot, le rogó que se resistiera; necesitaba resistencia para incrementar la emoción. En todo caso, un obstáculo en tu camino te brinda la oportunidad de demostrar tu valía, tanto como la creatividad que pones en las cosas del amor. En la novela japonesa del siglo XI, *La historia de Genji*, de la dama de la corte Murasaki Shikibu, al libertino príncipe Niou no le inquieta la repentina desaparición de Ukifune, la mujer que ama. Ella ha huido porque, aunque interesada en el príncipe, está enamorada de otro hombre; sin embargo, su ausencia permite a Niou hacer hasta lo indecible por encontrarla. Su súbita aparición para arrebatarla hacia una casa en lo hondo del bosque, y el valor que muestra al hacerlo, la apabullan. Recuerda: si no enfrentas resistencias y obstáculos, debes crearlos. La seducción no puede avanzar sin ellos.

El libertino es una personalidad extrema. Descarado, sarcástico e ingenioso, lo que piensen los demás no le importa. Paradójicamente, esto no hace sino volverlo más seductor. En la cortesana atmósfera de Hollywood, en la época del imperio de los estudios, cuando la mayoría de los actores se portaban como borreguitos, el gran libertino Errol Flynn destacó por su insolencia. Desafiaba a los directores de los estudios, hacía bromas inmoderadas y se deleitaba en su reputación de supremo seductor de Hollywood, todo lo cual aumentó su popularidad. El libertino precisa de un telón de fondo convencional —una corte anquilosada, un matrimonio aburrido, una cultura conservadora— para brillar, para ser apreciado por la bocanada de aire fresco que aporta. Jamás te preocupes por excederte: la esencia del libertino es llegar más lejos que nadie.

Cuando el conde de Rochester, el libertino, además de poeta, más famoso de Inglaterra en el siglo XVII, raptó a Elizabeth Malet, una de las damas jóvenes más asediadas de la corte, se le castigó debidamente. Pero he aquí que, años después, la joven Elizabeth, aunque cortejada por los mejores partidos del país, eligió a Rochester por esposo. Al exhibir su atrevido deseo, él se distinguió del montón.

La radicalidad del libertino va aparejada con la sensación de peligro y tabú, e incluso el dejo de crueldad que lo rodea. Este fue el atractivo de otro libertino y poeta, uno de los mayores impudentes de la historia: Lord Byron. Byron aborrecía todas las convenciones, y lo demostraba sobrada y gustosamente. Cuando tuvo una aventura con su hermanastra, quien le dio un hijo, se aseguró de que toda Inglaterra lo supiera. Podía ser en extremo cruel, como lo fue con su esposa. Pero todo esto no hacía sino volverlo mucho más deseable. Peligro y tabú apelan a un lado reprimido en las mujeres, las que supuestamente deben representar una fuerza cultural civilizadora y moralizante. Así como un hombre puede caer víctima de la sirena por su deseo de liberarse de su masculino sentido de responsabilidad, una mujer puede sucumbir al libertino por su anhelo de liberarse de las restricciones de la virtud y la decencia. Es frecuente, en efecto, que la mujer más virtuosa sea la que se enamore en mayor grado del disoluto.

Entre las cualidades más seductoras del libertino está su habilidad para lograr que las mujeres deseen reformarlo. ¡Cuántas no creyeron que domarían a Lord

Byron! ¡Cuántas no pensaron ser aquella con la que Picasso pasaría finalmente el resto de su vida! Explota esta tendencia al máximo. Cuando te sorprendan en flagrante libertinaje, echa mano de tu debilidad: tu deseo de cambiar, y tu imposibilidad de conseguirlo. Con tantas mujeres a tus pies, ¿qué puedes hacer? La víctima eres tú. Necesitas ayuda. Ninguna mujer dejará pasar esta oportunidad; son singularmente indulgentes con el libertino, por su prestancia y simpatía. El deseo de reformarlo esconde la verdadera naturaleza de su deseo, la secreta emoción que obtienen de él. Cuando Bill Clinton fue pillado en pleno libertinaje, las mujeres salieron de inmediato en su defensa, y hallaron toda excusa posible en su favor. El hecho de que, a su extraña manera, el libertino esté consagrado a las mujeres lo vuelve adorable y seductor para ellas.

Por último, uno de los bienes más preciados del libertino es su fama. Nunca restes importancia a tu mala reputación, ni parezcas disculparte por ella. Al contrario: acéptala, auméntala. Ella es la que te atrae mujeres. Son varias las cosas por las que debes ser conocido: tu irresistible encanto para las mujeres; tu incontrolable devoción al placer (lo que te hará parecer débil, pero también una compañía excitante); tu desdén por lo convencional; una vena rebelde que hace que parezcas peligroso. Este último elemento puede ocultarse un poco; en la superficie sé atento y cortés, pero no dejes de hacer saber que tras bastidores eres incorregible. El duque de Richelieu divulgaba sus conquistas tanto como podía, con lo que estimulaba el deseo competitivo de otras mujeres de sumarse al club de las seducidas. Lord Byron atraía a sus víctimas propicias gracias a su mala fama. Una mujer puede ser ambivalente ante la fama de Clinton, pero bajo esa ambivalencia hay un interés profundo. No dejes tu reputación al azar, o al rumor; es tu obra maestra, y debes producirla, pulirla y exhibirla con la atención de un artista.

## Símbolo: Fuego.

El libertino arde en deseos que encienden los de la mujer a la que seduce. Son extremos, incontrolables y peligrosos. Él puede terminar en el infierno, pero las llamas que lo rodean suelen hacerlo mucho más deseable para las mujeres.

## **PELIGROS**

Como el de la sirena, el mayor riesgo para el libertino procede de los miembros

de su mismo sexo, mucho menos indulgentes que las mujeres con sus constantes líos de faldas. Antiguamente, el libertino era con frecuencia aristócrata; y por numerosas que fueran las personas que ofendía o hasta mataba, al final quedaba sin castigo. Hoy, solo las estrellas y los muy ricos pueden hacer de libertinos con impunidad; los demás debemos ser prudentes.

Elvis Presley era tímido de joven. Pero habiendo llegado pronto al estrellato, y viendo el poder que esto le daba sobre las mujeres, enloqueció, y se hizo libertino casi de la noche a la mañana. Como muchos otros de su especie, Elvis tenía predilección por mujeres ya comprometidas. En numerosas ocasiones se vio acorralado por maridos o novios furibundos, y se llevó moretones y cortadas. Esto parecería indicar que debes huir graciosamente de novios y esposos, en especial al inicio de tu carrera. Pero el encanto del libertino reside en que esos peligros no le importan. No puedes ser libertino si eres temeroso y prudente; la paliza ocasional forma parte del juego. Aun así, cuando tiempo después Elvis estaba en el pináculo de su carrera, ningún esposo se atrevía a tocarlo.

El mayor peligro para el libertino no proviene del esposo ofendido en extremo, sino de los hombres inseguros que se sienten amenazados por la figura del Don Juan. Aunque no lo admitan, ellos envidian la vida de placer del libertino; y, como todo envidioso, atacarán en forma encubierta, a menudo disfrazando de moral sus asedios. El libertino puede ver en peligro su carrera por culpa de tales hombres (o de la ocasional mujer igualmente insegura, a quien le duele que aquel no la desee). Es poco lo que él puede hacer para evitar la envidia; si todos fueran tan afortunados seductores, la sociedad no funcionaría.

Así que acepta la envidia como prenda de honor. Pero no seas ingenuo; sé astuto. Cuando un moralista te ataque, no te dejes engañar por su cruzada; lo mueve la envidia pura y simple. Podrías neutralizarlo mostrándote menos libertino, pidiendo perdón, asegurando que ya te reformaste; pero esto dañará tu reputación, pues te hará parecer un disoluto menos adorable. Ala larga, lo mejor es sufrir los ataques con dignidad y seguir adelante. La seducción es la fuente de tu poder, y siempre podrás contar con la infinita indulgencia de las mujeres.

# El@ amante ideal

La mayoría de la gente tiene sueños de juventud que se hacen trizas o desgastan con la edad. Se ve decepcionada por personas, sucesos y realidades que no están a la altura de sus aspiraciones juveniles. L@s amantes ideales medran en esos sueños insatisfechos, convertidos en duraderas fantasías. ¿Anhelas romance? ¿Aven-tura? ¿Suprema comunión espiritual? El@ amante ideal refleja tu fantasía. Es expert@ en crear la ilusión que necesitas, idealizando tu imagen. En un mundo de bajeza y desencanto, hay un ilimitado poder seductor en seguirla senda del@ amante ideal.

# EL ROMÁNTICO IDEAL

Una noche de 1760, en la ópera de la ciudad de Colonia, una bella joven miraba al público sentada en su palco. Junto a ella se hallaba su esposo, el burgomaestre de la ciudad, hombre maduro y afable, pero aburrido. Con sus catalejos, la joven vio a un apuesto caballero vestido con un traje deslumbrante. Su mirada fue evidentemente advertida, porque terminada la ópera el hombre se presentó: se llamaba Giovanni Giacomo Casanova.

El desconocido besó la mano de la mujer. Ella le dijo que iría a un baile la noche siguiente; ¿le gustaría a él asistir? «Únicamente si puedo osar esperar, *Madame*», contestó Casanova, «que usted baile solo conmigo».

Cuando una muchacha no despierta en nosotros, desde la primera mirada, una impresión tan viva que cree una imagen ideal de sí misma, generalmente no es digna de que nos tomemos el trabajo de buscarla en la realidad. Pero si despierta en nosotros esa imagen, pese a nuestra experiencia, nos sentimos dominados y vencidos por una desconocida fuerza.

SØREN KIERKEGAARD, *DIARIO DE UN SEDUCTOR* 

La noche siguiente, después del baile, la mujer no podía pensar más que en Casanova. Él parecía haberse adelantado a sus pensamientos: ¡había sido tan agradable, pero también tan atrevido! Días más tarde él cenó en casa de la dama; y cuando el esposo de esta se retiró a descansar, ella le mostró la residencia. Desde su tocador, la mujer señaló un ala de la casa, una capilla, justo frente a la ventana. Y en efecto, como si le hubiera leído la mente, Casanova asistió a misa en esa capilla al otro día; y al ver a la dama en el teatro esa noche, le confió haber visto allí una puerta que sin duda conducía a su recámara. Ella rio, y se fingió sorprendida. Con el más inocente de los tonos, él añadió que buscaría la manera de esconderse en la capilla al día siguiente, y casi sin pensarlo ella murmuró que lo visitaría ahí una vez que todos se hubieran ido a acostar.

Casanova se ocultó entonces en el diminuto confesionario de la capilla,

esperando día y noche. Había ratas, y él no tenía dónde tenderse; pero cuando la esposa del burgomaestre llegó por fin, a altas horas de la noche, él no se quejó, sino que la siguió a su habitación, sin hacer ruido. Sus citas continuaron varios días. De día, ella ansiaba que llegara la noche: al fin tenía algo por qué vivir, una aventura. Ella le dejaba comida, libros y velas para hacer llevaderas sus largas y tediosas estancias en la capilla; no parecía correcto usar un templo para ese propósito, pero esto no hacía sino volver más emocionante el asunto. Días después, sin embargo, ella tuvo que hacer un viaje con su esposo. Cuando regresó, Casanova había desaparecido, tan rápida y grácilmente como llegó.

Años más tarde, en Londres, una joven llamada *Miss Pauline* vio un anuncio en un periódico local. Un caballero buscaba una inquilina para rentar una parte de su casa. *Miss Pauline* procedía de Portugal y era de la nobleza; se había fugado a Londres con su amante, pero él había tenido que volver a casa, y ella debió quedarse un tiempo antes de poder reunírsele. En ese momento se hallaba sola, tenía poco dinero y estaba deprimida por sus miserables circunstancias; después de todo, había sido educada como una dama. Contestó el anuncio.

El caballero resultó ser Casanova, ¡y vaya que era un caballero! La habitación que ofrecía era bonita, y la renta baja; solo pidió a cambio ocasional compañía. *Miss Pauline* se mudó. Jugaban ajedrez, paseaban a caballo, hablaban de literatura. ¡Él era tan fino, cortés y generoso! Aunque era una mujer seria y altiva, ella terminó por depender de su amistad; ahí estaba un hombre con el que podía hablar horas enteras. Luego, un día Casanova pareció distinto, molesto, agitado: confesó estar enamorado de ella. *Miss Pauline* regresaría pronto a Portugal, a reunirse con su amante, y eso no era precisamente lo que quería oír. Le dijo a Casanova que debía ir a montar para serenarse.

Esa misma noche recibió la noticia: Casanova había caído de su caballo. Sintiéndose responsable del accidente, ella corrió a verlo, lo halló en cama y se arrojó a sus brazos, incapaz de controlarse. Esa noche se hicieron amantes, y lo siguieron siendo por el resto de la estancia de *Miss Pauline* en Londres. Cuando llegó el momento de que ella se marchara a Portugal, él no intentó detenerla; por el contrario, la consoló, razonando que cada uno le había ofrecido al otro el antídoto temporal perfecto contra su soledad, y que toda la vida serían amigos.

Un buen amante se conducirá con elegancia tanto en la oscuridad como en cualquier otro momento. Se deslizará de la cama con una mirada de consternación. Cuando la mujer le suplique: «Vete, amigo, está aclarando. Nadie debe verte aquí», él lanzará un hondo suspiro revelador de que la noche no ha sido suficientemente larga y que abandonar a su dama lo hace sufrir. Ya de pie, no se vestirá de inmediato, sino que acercándose a su amada le susurrará todo lo que ha quedado sin decir durante la

noche. Incluso ya vestido, se demorará ajustándose el cinturón con gestos lánguidos. • Luego levantará la celosía y permanecerá con su dama de pie junto a la puerta, diciendo cuánto lamenta la llegada del día que los apartará, y huirá. Verlo partir en ese momento será para ella uno de los más deliciosos recuerdos. • La elegancia de la despedida influye enormemente en el apego que tengamos por un caballero. Si salta de la cama, ronda por la habitación, se ajusta demasiado las cintas de su pantalón, se arremanga y se llena el pecho con sus pertenencias, asegurando enérgicamente su cinturón, comenzamos a odiarlo.

# SEI SHÔNAGON, *EL LIBRO DE LA ALMOHADA*

Años después, en una pequeña ciudad española, una joven y hermosa mujer llamada Ignacia salía de la iglesia luego de confesarse. Casanova la abordó. Camino a casa de ella, él le explicó que le apasionaba bailar el fandango, y la invitó a un baile para la noche siguiente. ¡Él era tan distinto a todos en la ciudad, que tanto la aburrían! Desesperaba por ir. Sus padres se opusieron, pero ella convenció a su madre de que fungiera como dama de compañía. Tras una inolvidable noche de baile (él bailaba muy bien el fandango para ser extranjero), Casanova confesó estar locamente enamorado de ella. Ignacia replicó, muy triste, que ya tenía prometido. Casanova no insistió, pero los días siguientes la llevó a más bailes, y a corridas de toros. En una ocasión, Casanova la presentó con una amiga suya, una duquesa, que coqueteó descaradamente con él; Ignacia ardió de celos. Para entonces estaba irremediablemente enamorada de Casanova, pero su sentido del deber y su religión le prohibían pensar siquiera en eso.

Finalmente, luego de días de tormento, Ignacia buscó a Casanova y lo tomó de la mano: «Mi confesor quiso hacerme prometer que nunca volvería a estar a solas con usted», le dijo; «y como no pude hacerlo, se negó a darme la absolución. Es la primera vez en la vida que me ocurre algo así. Me he puesto en manos de Dios. He decidido que mientras usted esté aquí, haré cuanto desee. Cuando, para mi pesar, se marche de España, buscaré otro confesor. Mi capricho por usted, después de todo, es solo una locura pasajera».

A principios de los años setenta, contra un turbulento telón político que incluía el fiasco de la participación estadunidense en la guerra de Vietnam y la caída de la presidencia de Richard Nixon por el escándalo de Watergate, surgió una «generación yo», y [Andy]. Warhol estaba ahí para sostenerle el espejo. A diferencia de los inconformes radicales de los sesenta, que querían remediar

todos los males de la sociedad, la ensimismada gente «yo» quería mejorar su cuerpo y «estar en contacto» con sus sentimientos. Le preocupaban apasionadamente su apariencia, salud, estilo de vida v cuentas bancarias. Andy sació el egocentrismo y excesivo orgullo de estas personas al ofrecer sus servicios como retratista. Para fines de esa década, era internacionalmente reconocido como uno de los principales retratistas de su tiempo. [...] • Warhol ofrecía a sus clientes un producto irresistible: un retrato elegante y halagador por un artista famoso que era también una celebridad garantizada. Al conceder una tentadora presencia de estrella aun a las caras más célebres, transformaba a sus sujetos en apariciones glamurosas, presentando su rostro como creía que ellos querían ser vistos y recordados. Filtrando las bellas facciones de sus modelos en sus serigrafías y exagerando su vivacidad, les daba acceso a un nivel de existencia más mítico y elevado. La posesión de abundante riqueza y poder podía servir para la vida diaria, pero encargar un retrato a Warhol era señal segura de que el modelo también buscaba fama póstuma. Los retratos de Warhol eran documentos realistas de rostros contemporáneos en menor medida que iconos de marca a la espera de la devoción futura.

#### DAVID BOURDON, WARHOL

Casanova es quizá el seductor más exitoso de la historia: pocas mujeres se le resistían. Su método era simple: al conocer a una mujer, la estudiaba, acompañaba sus estados de ánimo, indagaba qué le faltaba en la vida y se lo daba. Se volvía el amante ideal. La esposa del aburrido burgomaestre necesitaba aventura y romance; quería a alguien que sacrificara tiempo y comodidad para poseerla. A *Miss Pauline* le faltaba amistad, ideales elevados y conversación seria; quería un hombre de buena cuna y generoso que la tratara como una dama. A Ignacia le faltaba sufrimiento y tormento. Su vida era demasiado fácil; para sentirse verdaderamente viva, y tener algo real que confesar, necesitaba pecar. En cada caso, Casanova se adaptó a los ideales de la mujer respectiva, dio vida a su fantasía. Una vez que ella caía bajo su hechizo, un pequeño truco o cálculo sellaba el romance (un día entre ratas, una artificiosa caída de un caballo, un encuentro con otra mujer para poner celosa a Ignacia).

El@ amante ideal es rar@ en el mundo moderno, porque este papel implica esfuerzo. Te obliga a concentrarte intensamente en la otra persona, a sondear qué le falta, lo cual es la causa de su desilusión. La gente suele revelar esto en formas sutiles: mediante gestos, tono de voz, una mirada a los ojos. Aparentando ser lo que le hace falta, encajarás en su ideal.

Crear este efecto demanda paciencia y atención a los detalles. La mayoría de las

personas están tan absortas en sus deseos, tan impacientes, que son incapaces de adoptar el papel del@ amante ideal. Tú conviértelo en una fuente de infinitas oportunidades. Sé un oasis en el desierto del@ ensimismad@; poc@s pueden resistir la tentación de seguir a una persona que parece tan afín a sus deseos, tan dispuesta a dar vida a sus fantasías. Y al igual que en el caso de Casanova, tu fama como dador de ese placer te precederá, y te facilitará enormemente seducir.

El cultivo de los placeres de los sentidos fue siempre mi principal propósito en la vida. Sabiendo que estaba personalmente calculado para complacer al bello sexo, me empeñé siempre en agradarle.

—Casanova

#### LA BELLEZA IDEAL

En 1730, cuando Jeanne Poisson tenía apenas nueve años de edad, una adivina predijo que un día ella sería la amante de Luis XV. Esta predicción era absolutamente ridícula, porque Jeanne pertenecía a la clase media, y por tradición centenaria a la amante del rey se le elegía de entre la nobleza. Peor aún, el padre de Jeanne era un conocido libertino, y su madre había sido cortesana.

Por fortuna para ella, un rico que había sido amante de su madre se encariñó con la preciosa niña, y pagó su educación. Jeanne aprendió a cantar, tocar el clavicordio, montar a caballo con singular habilidad, y a actuar y bailar; se le instruyó en literatura e historia como si fuera hombre. El dramaturgo Crébillon le enseñó a dominar el arte de la conversación. Por si todo esto fuera poco, Jeanne era hermosa, y poseía una gracia y un encanto que muy pronto la distinguieron. En 1741 se casó con un miembro de la baja nobleza. Conocida entonces como *Madame d'Etioles*, pudo satisfacer una gran ambición: tener un salón literario. Todos los grandes escritores y filósofos de la época frecuentaron su salón, muchos de ellos por estar enamorados de la anfitriona. Uno de los asiduos era Voltaire, amigo suyo toda la vida.

Mientras triunfaba, Jeanne no olvidó nunca la predicción de la adivina, y seguía creyendo que algún día conquistaría el corazón del rey. Y sucedió que una de las fincas rurales de su marido colindaba con el coto de caza favorito del monarca. Ella lo espiaba por la cerca, o buscaba la forma de cruzarse en su camino, portando

siempre, casualmente, un elegante y atractivo vestido. Pronto el rey le enviaba como regalo algunos trofeos de caza. Cuando la amante oficial del soberano murió, en 1744, las beldades de la corte se disputaron su sitio; pero él dio en pasar cada vez más tiempo con *Madame d'Etioles*, deslumbrado por su belleza y encanto. Para sorpresa de la corte, ese mismo año el rey hizo de esa mujer de clase media su amante oficial, ennobleciéndola con el título de marquesa de Pompadour.

Las mujeres han servido todos estos siglos como espejos con el mágico y delicioso poder de reflejar la figura de un hombre al doble de su tamaño.

## VIRGINIA WOOLF, UNA HABITACIÓN PROPIA

La necesidad de novedad del rey era bien conocida: una amante lo cautivaba con su belleza, pero él se aburría pronto y buscaba otra. Pasado el susto de la elección de Jeanne Poisson, los cortesanos se convencieron de que aquello no podía durar; de que el monarca solo la había escogido por la novedad de tener una amante de clase media. Jamás imaginaron que la primera seducción del rey por Jeanne no era la última que ella tenía en mente.

Con el paso del tiempo, el rey se percató de que cada vez visitaba más a su amante. Mientras subía la escalera secreta que conducía de sus habitaciones a las de ella en el palacio de Versalles, la expectación por las delicias que le aguardaban arriba empezaba a trastornarlo. Para comenzar, la habitación siempre estaba caliente, e impregnada de agradables fragancias. Después estaban los deleites visuales: *Madame de Pompadour* se ponía siempre un vestido distinto, todos ellos elegantes y sorprendentes a su manera. Adoraba las cosas bellas —la porcelana fina, los abanicos chinos, los tiestos dorados—; y cada vez que él la visitaba, había algo nuevo y fascinante que ver. Ella estaba siempre de magnífico humor, jamás a la defensiva ni resentida. Todo apuntaba al placer. Luego, estaba su conversación: en realidad él no había podido hablar, ni reír, nunca antes con una mujer, pero la marquesa disertaba hábilmente sobre cualquier tema, y era un deleite oír su voz. Si la conversación decaía, ella se sentaba al piano, tocaba una melodía y cantaba maravillosamente.

Si alguna vez el rey parecía aburrido o triste, *Madame de Pompadour* le proponía algún proyecto, tal vez la construcción de un nueva casa de campo. Él tendría que pedir consejo sobre el diseño, el trazo de los jardines, la decoración. En Versalles, *Madame de Pompadour* tomó a su cargo los pasatiempos de palacio, e hizo construir un teatro privado para ofrecer funciones semanales bajo su dirección. Los actores se elegían de entre los cortesanos, pero el principal papel femenino recaía siempre en *Madame de Pompadour*, quien era una de las mejores actrices

aficionadas de Francia. El rey se obsesionó por este teatro; esperaba sus programas con impaciencia. Junto con este interés llegó un creciente gasto en las artes, y una vinculación con la filosofía y la literatura. Un hombre al que antes solo le importaban la caza y el juego pasaba cada vez menos tiempo con sus allegados, y se volvió un gran mecenas. Tan es así que marcó una época con su estilo estético, que se conocería como «Luis XV» y rivalizaría con el asociado con su ilustre predecesor, Luis XIV.

Así, pues, los años pasaron sin que Luis se cansara de su amante. De hecho, la hizo duquesa, y su poder y ascendiente se extendieron de la cultura a la política. A lo largo de veinte años, *Madame de Pompadour* imperó tanto en la corte como en el corazón del rey, hasta la prematura muerte de este, en 1764, a los cuarenta y tres años de edad.

Luis XV tenía un agudo complejo de inferioridad. Sucesor de Luis XIV, el rey más poderoso en la historia de Francia, había sido educado y condicionado para el trono, pero ¿quién podía igualar a su predecesor? Con el tiempo dejó de intentarlo, y se entregó a los placeres mundanos, lo que a la postre definió su imagen pública; quienes lo rodeaban sabían que podían manipularlo apelando a las más innobles partes de su carácter.

Madame de Pompadour, con un extraordinario don para la seducción, comprendió que dentro de Luis XV había un gran hombre deseoso de salir a la luz, y que su obsesión por jóvenes hermosas indicaba una avidez por un tipo más perdurable de belleza. Su primer paso fue remediar el tedio incesante del monarca. Los reyes se aburren fácilmente: reciben cuanto quieren, y es raro que aprendan a satisfacerse con lo que tienen. La marquesa de Pompadour resolvió esto dando vida a todo género de fantasías, y creando invariable suspenso. Poseía muchos talentos y habilidades, y los utilizaba con tal ingenio que él nunca percibió sus límites. Una vez que ella lo acostumbró a placeres más refinados, apeló a los ideales frustrados en él; en el espejo que ella sostenía ante el monarca, él vio su aspiración a la grandeza, deseo que, en Francia, inevitablemente incluía la conducción de la cultura. Su serie previa de amantes había complacido solo sus deseos sensuales. En Madame de Pompadour halló a una mujer que lo hacía sentir grande. Las demás amantes fueron fáciles de remplazar, pero jamás encontraría a otra Madame de Pompadour.

La mayoría de la gente supone ser más grande de lo que parece ante el mundo. Tiene muchos ideales sin cumplir: podría ser artista, pensadora, líder, una figura espiritual, pero el mundo la ha oprimido, le ha negado la oportunidad de dejar florecer sus habilidades. Esta es la clave para seducirla, y conservarla así al paso del tiempo. El@ amante ideal sabe invocar este tipo de magia. Si solo apelas al lado físico de las personas, como lo hacen much@s seductor@s aficionad@s, te reprocharán que explotes sus bajos instintos. Pero apela a lo mejor de ellas, a un plano más alto de belleza, y apenas si notarán que las has seducido. Hazlas sentir elevadas, nobles, espirituales, y tu poder sobre ellas será ilimitado.

El amor saca a la luz las cualidades nobles y ocultas del amante, sus rasgos raros y excepcionales; así, tiende a mentir acerca de su carácter normal.

—Friedrich Nietzsche

#### **CLAVES DE PERSONALIDAD**

Cada un@ de nosotr@s lleva dentro un ideal, de lo que querríamos ser o de cómo nos gustaría que otra persona fuera con nosotr@s. Este ideal data de nuestra más tierna infancia: de lo que alguna vez creímos que nos faltaba en la vida, de lo que los demás no nos daban, de lo que nosotr@s no podíamos darnos. Quizá nos vimos colmados de comodidades, y ahora ansiamos peligro y rebelión. Si queremos peligro pero nos asusta, es probable que busquemos a alguien que se siente a gusto con él. O quizá nuestro ideal sea más elevado: queremos ser más creativ@s, nobles y bondados@s de lo que alguna vez fuimos. Nuestro ideal es algo que creemos que falta en nuestro interior.

Podría ser que ese ideal haya sido enterrado por la decepción, pero acecha debajo de ella, a la espera de ser liberado. Si alguien parece poseer esa cualidad ideal, o ser capaz de hacerla surgir en nosotr@s, nos enamoramos. Esta es la reacción ante l@s amantes ideales. Sensibles a lo que nos falta, a la fantasía que nos reanimará, ell@s reflejan nuestro ideal, y nosotr@s hacemos el resto, proyectando en ell@s nuestros más profundos deseos y anhelos. Casanova y *Madame de Pompadour* no solo tentaron a sus objetivos a tener una aventura sexual: hicieron que se enamoraran de ellos.

La clave para seguir la senda del@ amante ideal es la capacidad de observación. Ignora las palabras y conducta consciente de tus blancos; concéntrate en su tono de voz, un sonrojo aquí, una mirada allá: las señales que delatan lo que sus palabras no dirán. El ideal suele expresarse en su contrario. Al rey Luis XV parecía interesarle nada más cazar venados y mujeres, pero eso solo encubría lo decepcionado que estaba de sí mismo; ansiaba que alguien elogiara sus nobles cualidades.

Nunca como hoy había sido tan oportuno actuar como el@ amante ideal. Esto es así porque vivimos en un mundo en el que todo debe parecer elevado y bien intencionado. El poder es el tema más tabú de todos: aunque es la realidad con que todos los días nos topamos en nuestro forcejeo con la gente, en él no hay nada noble, altruista ni espiritual. L@s amantes ideales te hacen sentir más estimable, hacen que lo sensual y sexual parezca espiritual y estético. Como tod@ seductor@, juegan con

el poder, pero ocultan sus manipulaciones tras la fachada de un ideal. Pocas personas perciben sus intenciones, y su seducción es más duradera.

Algunos ideales semejan arquetipos junguianos: tienen profundas raíces culturales, y su influjo es casi inconsciente. Uno de tales sueños es el del caballero andante. En la tradición del amor cortesano de la Edad Media, un trovador/caballero buscaba una dama, casi siempre casada, y le servía como vasallo. Se sometía en su favor a terribles pruebas, emprendía peligrosas peregrinaciones en su nombre, sufría torturas espantosas para probar su amor. (Esto podía incluir la mutilación física, como arrancar las uñas, cortar una oreja, etcétera). También escribía poemas y entonaba bellas canciones por ella, porque ningún trovador podía triunfar sin una cualidad estética o espiritual para impresionar a su dama. La clave de este arquetipo es un sentido de devoción absoluta. Un hombre que no permite que los asuntos de guerra, gloria o dinero se inmiscuyan en la fantasía del cortejo, tiene un poder ilimitado. El papel del trovador es un ideal, porque es muy raro que alguien no ponga primero sus intereses, y a sí mism@. Atraer la intensa atención de un hombre así halaga enormemente la vanidad de una mujer.

En la Osaka del siglo XVIII, un hombre llamado Nisan llevó a dar un paseo a la cortesana Dewa, aunque no sin antes haber tenido el cuidado de rociar las matas de tréboles del camino con agua, para que pareciera el rocío de la mañana. A Dewa le conmovió en extremo esa vista preciosa. «Me han dicho», señaló, «que las parejas de ciervos acostumbran echarse detrás de las matas de tréboles. ¡Cómo me gustaría ver algo así!». Esto bastó para Nisan. Ese mismo día, hizo demoler una sección de la casa de Dewa, y ordenó que se plantaran docenas de matas de tréboles en lo que antes había sido parte de su recámara. Aquella noche pidió a unos campesinos que reuniesen ciervos de las montañas y los llevaran a la casa. Al día siguiente al despertar, Dewa vio justo la escena que había descrito. Tan pronto como pareció abrumada y estremecida, él hizo retirar tréboles y ciervos para reconstruir la casa.

Uno de los amantes más gallardos de la historia, Serguei Saltikov, tuvo la desgracia de enamorarse de una de las mujeres menos disponibles: la gran duquesa Catalina, futura emperatriz de Rusia. Cada movimiento de Catalina era vigilado por su esposo, Pedro, quien sospechaba que ella quería engañarlo y designó sirvientes para que no la perdieran de vista. La duquesa estaba aislada, no era amada y no podía hacer nada para remediarlo. Saltikov, joven y apuesto oficial del ejército, decidió ser su salvador. En 1752 se hizo amigo de Pedro, y de la pareja a cargo de Catalina. Así podía verla, e intercambiar ocasionalmente con ella una o dos palabras que revelaban sus intenciones. Realizaba las más insensatas y peligrosas maniobras para poder verla a solas, como desviar el caballo de la duquesa durante una caza imperial y cabalgar bosque adentro con ella. Entonces le decía cuánto comprendía su difícil situación, y que haría cualquier cosa por ayudarla.

Ser sorprendido cortejando a Catalina habría significado la muerte, y con el tiempo Pedro llegó a sospechar que había algo entre su esposa y Saltikov, aunque jamás lo supo a ciencia cierta. Su animadversión no desanimó al garboso oficial,

quien puso aún más ingenio y energía en buscar recursos para concertar citas secretas. Catalina y Saltikov fueron amantes dos años, y es indudable que él fue el padre de Pablo, el hijo de Catalina y posterior emperador de Rusia. Cuando Pedro se deshizo al fin de Saltikov despachándolo a Suecia, la noticia de su gallardía llegó allá antes que él, y las mujeres se derretían por ser su próxima conquista. Tal vez tú no tengas que exponerte a tantas dificultades o riesgos, pero siempre obtendrás recompensas por actos que revelen un sentido de sacrificio o devoción.

La personificación del amante ideal en la década de 1920 fue Rodolfo Valentino, o al menos la imagen que de él se creó en el cine. Todo lo que hacía —obsequio de regalos o ramos de flores, el baile, la forma en que tomaba la mano de una mujer—revelaba una escrupulosa atención a los detalles, lo que indicaba cuánto pensaba en una mujer. La imagen era la de un hombre que prolongaba el cortejo, lo que hacía de este una experiencia estética. Los hombres odiaban a Valentino, porque las mujeres empezaron a esperar que ellos se ajustaran al ideal de paciencia y atención que él representaba. Pues nada es más seductor que la paciente atención. Ella hace que la aventura parezca honrosa, estética, no meramente sexual. El poder de un Valentino, en particular en nuestros días, reside en que personas así son muy raras. El arte de encarnar el ideal de una mujer ha desaparecido casi del todo, lo que no hace sino volverlo mucho más tentador.

Si el amante caballeroso sigue siendo el ideal de las mujeres, los hombres suelen idealizar a la virgen/ramera, una mujer que combina la sensualidad con un aire de espiritualidad o inocencia. Piensa en las grandes cortesanas del Renacimiento italiano, como Tullia d'Aragona, en esencia una prostituta como todas las cortesanas, pero capaz de disimular su papel social creándose fama de poeta y filósofa. Tullia era lo que se decía entonces una «cortesana honorable». Las cortesanas honorables iban a la iglesia, pero tenían un motivo oculto al hacerlo: para los hombres, su presencia en misa era excitante. Sus aposentos eran templos del placer, pero lo que los hacía visualmente agradables eran sus obras de arte y estanterías llenas de libros, volúmenes de Petrarca y Dante. Para el hombre, el escalofrío, la fantasía, era acostarse con una mujer sexualmente apasionada, pero que tuviera asimismo las cualidades ideales de una madre y el espíritu e intelecto de una artista. Mientras que la prostituta pura excitaba el deseo pero también la aversión, la cortesana honorable hacía que el sexo pareciera elevado e inocente, como si ocurriera en el Jardín del Edén. Estas mujeres ejercían inmenso poder en los hombres. Hasta la fecha siguen siendo un ideal, si no por otra cosa, por ofrecer tal gama de placeres. La clave es en este caso la ambigüedad: combinar la apariencia de delicadeza y los placeres de la carne con un aire de inocencia, espiritualidad y sensiblidad poética. Esta mezcla de lo supremo y lo abyecto es extremadamente seductora.

La dinámica del@ amante ideal tiene posibilidades ilimitadas, no todas ellas eróticas. En política, Talleyrand cumplió en esencia el papel de amante ideal de Napoleón, cuyo ideal tanto de ministro como de amigo era un aristócrata desenvuelto con las damas, todo lo contrario a él mismo. En 1798, cuando Talleyrand era

ministro del Exterior de Francia, ofreció una fiesta en honor de Napoleón luego de las deslumbrantes victorias militares del gran general en Italia. Hasta el día de su muerte, Napoleón recordó esa fiesta como la mejor a la que hubiera asistido en su vida. Fue espléndida, y el anfitrión entretejió en ella un mensaje sutil, disponiendo bustos romanos por toda la casa y diciendo a Napoleón que era su deber reanimar las glorias imperiales de la antigua Roma. Esto encendió una chispa en la visión del líder y, en efecto, años después, Napoleón se otorgó el título de emperador, lo que volvió aún más poderoso a Talleyrand. La clave de este poder fue la habilidad para comprender el ideal secreto de Napoleón: su deseo de ser emperador, dictador. Talleyrand puso sencillamente un espejo ante el tirano, y le dejó avistar esa posibilidad. La gente siempre es vulnerable a insinuaciones así, que halagan su vanidad, punto débil de casi tod@s. Sugiérele algo a lo que deba aspirar, manifiesta tu fe en un desaprovechado potencial que veas en ella, y pronto la tendrás comiendo de tu mano.

Si l@s amantes ideales son expert@s en seducir a las personas apelando a su más alto concepto de sí, a algo perdido en su infancia, los políticos pueden beneficiarse de la aplicación de esta habilidad a gran escala, al electorado entero. Esto fue lo que hizo, muy deliberadamente, John F. Kennedy con el pueblo estadunidense, en particular al crear el aura de «Camelot» en torno suyo. El término «Camelot» no se asoció con su periodo presidencial hasta después de su muerte, pero el romanticismo que él proyectaba de modo consciente por su juventud y donaire operó por completo durante su vida. Más sutilmente, Kennedy también jugó con las imágenes de grandeza e ideales abandonados de Estados Unidos. Muchos estadunidenses creían que, junto con la riqueza y comodidad de fines de los años cincuenta, habían llegado grandes pérdidas; que el desahogo y la conformidad habían puesto fin al espíritu pionero de su nación. Kennedy apeló a esos abandonados ideales mediante las imágenes de la Nueva Frontera, ejemplificada por la carrera espacial. El instinto estadunidense de aventura halló salidas ahí, aun si la mayoría eran simbólicas. Y hubo también otros llamados al servicio público, como la creación del Cuerpo de Paz. Por medio de llamamientos como estos, Kennedy reactivó una unificadora noción de misión, perdida en Estados Unidos desde la segunda guerra mundial. Produjo asimismo una respuesta más emotiva que la que acostumbraban recibir los presidentes. La gente literalmente se enamoró de él y de su imagen.

Los políticos pueden obtener poder de seducción si echan mano del pasado de su país, para rescatar imágenes e ideales olvidados o reprimidos. Les bastará con el símbolo; no tendrán que preocuparse, en efecto, de recrear la realidad detrás de él. Los buenos sentimientos que susciten serán suficientes para asegurar una reacción positiva.

Símbolo: El retratista. Bajo

su mirada, todas tus imperfecciones físicas de saparecen. Él saca a relucir tus nobles cualidades, te en cuadra en un mito, te diviniza, te inmortaliza. Por su capaci dad para crear tales fantasías, es recompensado con inmenso poder.

#### **PELIGROS**

Los principales peligros en el papel del@ amante ideal son las consecuencias que se desprenden de permitir que la realidad se cuele en él. Tú creas una fantasía que implica la idealización de tu carácter. Y esta es una tarea incierta, porque eres humano, e imperfecto. Si tus faltas son graves, o inquietantes, reventarán la burbuja que has formado, y tu blanco te injuriará. Cada vez que Tullia d'Aragona era sorprendida actuando como una prostituta común (teniendo una aventura por dinero, por ejemplo), debía abandonar la ciudad y establecerse en otro lado. La fantasía alrededor de ella como figura espiritual se evaporaba. También Casanova enfrentó este peligro, pero por lo general pudo vencerlo buscando una manera ingeniosa de terminar la relación antes de que la mujer se diera cuenta de que él no era lo que ella imaginaba: hallaba algún pretexto para marcharse de la ciudad o, mejor aún, elegía una víctima que partiría pronto, y cuya conciencia de que la aventura sería efimera hacía aún más intensa su idealización de él. La realidad y el contacto íntimo prolongado tienden a empañar la perfección de una persona. En el siglo xix, el poeta Alfred de Musset fue seducido por la escritora George Sand, cuya desbordante personalidad atrajo a su naturaleza romántica. Pero cuando la pareja visitó Venecia, y Sand enfermó de disentería, de repente no fue ya una figura idealizada, sino una mujer con un repugnante problema físico. El propio Musset exhibió en ese viaje un lado plañidero e infantil, y los amantes se separaron. Una vez lejos, sin embargo, pudieron idealizarse de nuevo, y se reconciliaron meses después. Cuando la realidad se entromete, la distancia suele ser una solución.

En política, los peligros son similares. Años después de la muerte de Kennedy, una serie de revelaciones (sus incesantes aventuras sexuales; su estilo diplomático suicida, excesivamente peligroso, etcétera). Desmintió el mito creado por él. Pero su imagen ha sobrevivido a esa mancha; una encuesta tras otra indican que sigue siendo objeto de veneración. Kennedy es quizá un caso especial, pues su asesinato lo volvió mártir, lo cual reforzó el proceso de idealización que él puso en marcha. Pero el suyo no es el único ejemplo de un amante ideal cuya atracción sobrevive a

revelaciones desagradables; figuras como esta desencadenan fantasías tan poderosas, y proporcionan mitos e ideales tan codiciados, que a menudo merecen un rápido perdón. Aun así, siempre es razonable ser cauto, y evitar que la gente vislumbre el lado menos ideal de tu carácter.

# El dandy

Casi tod@s nos sentimos atrapad@s en los limitados papeles que el mundo espera que actuemos. Al instante nos atraen quienes son más desenvuelt@s, más ambigu@s, que nosotr@s: aquell@s que crean su propio personaje. Los dandys nos excitan porque son inclasificables, y porque insinúan una libertad que deseamos. Juegan con la masculinidad y la feminidad; inventan su imagen física, asombrosa siempre; son misteriosos y elusivos. Apelan también al narcisismo de cada sexo: para una mujer son psicológicamente femeninos, para un hombre son masculinos. Los dandys fascinan y seducen en grandes cantidades. Usa la eficacia del dandy para crear una presencia ambigua y tentadora que agite deseos reprimidos.

#### **EL DANDY FEMENINO**

Cuando en 1913, a los dieciocho años de edad, Rodolfo Guglielmi emigró de Italia a Estados Unidos, no tenía ninguna habilidad particular más allá de su buena apariencia y su destreza para bailar. A fin de aprovechar estas cualidades, buscó trabajo en los *thés dansants*, salones de baile de Manhattan a los que iban jóvenes solas o con amigas y pagaban a un acompañante de baile para divertirse un rato. El bailarín las hacía girar hábilmente por la pista, galanteaba y charlaba con ellas, todo por una cuota reducida. En poco tiempo, Guglielmi se hizo fama de ser uno de los mejores: grácil, desenvuelto y guapo.

Puesto que trabajaba como pareja de baile, Guglielmi pasaba mucho tiempo con mujeres. Pronto supo qué les agradaba: cómo ser su reflejo en formas sutiles, cómo relajarlas (aunque no demasiado). Así, empezó a prestar atención a su atuendo, y se creó una apariencia atildada: bailaba con un corsé bajo la camisa para procurarse una figura esbelta, lucía un reloj de pulsera (considerado afeminado en esos días) y decía ser marqués. En 1915 consiguió empleo bailando tango en restaurantes de lujo, y cambió su nombre por el más evocativo de Rodolfo di Valentina. Un año después se mudó a Los Angeles: quería triunfar en Hollywood.

Conocido desde entonces como Rodolfo Valentino, Guglielmi apareció como extra en varias películas de bajo presupuesto. Obtuvo por fin un papel más importante en Eyes of Youth (Ojos de juventud, 1919), cinta en la que interpretaba a un seductor y en la que llamó la atención de las mujeres por ser un galán tan poco común: sus movimientos eran elegantes y delicados, su piel tan suave y tan bello su rostro que cuando se abalanzaba sobre su víctima y ahogaba sus protestas con un beso parecía más emotivo que siniestro. Luego vino The Four Horsemen of the Apocalypse (Los cuatro jinetes del Apocalipsis), en la que hizo el papel protagónico masculino, Julio, el playboy, y que lo convirtió de la noche a la mañana en sex symbol, a causa de una secuencia de tango en la que seducía a una joven llevándola al bailar. Esta escena condensó la esencia de su atractivo: pies libres y desenvueltos, un porte casi femenino y, entrelazado con ello, un plante de control. Las mujeres del público literalmente se desvanecían cuando Valentino se llevaba a los labios las manos de una mujer casada, o cuando compartía con su amante la fragancia de una rosa. Parecía mucho más atento con las mujeres que la generalidad de los hombres, pero esa delicadeza se combinaba con un dejo de crueldad y amenaza que enloquecía a las damas.

En su película más famosa, *The Sheik* (El Sheik), Valentino interpretó a un príncipe árabe (del que después se sabe que es un caballero escocés abandonado en el Sahara desde bebé) que rescata a una altiva dama inglesa en el desierto, tras de lo cual la conquista en una forma que raya en violación. Cuando ella le pregunta: «¿Por qué me trajiste aquí?», él contesta: «¿No eres lo bastante mujer para saberlo?». Con todo, ella termina enamorándose de él, como las mujeres en los cines del mundo entero, estremecidas por su extraña mezcla de masculinidad y feminidad. En otra escena de *The Sheik*, la dama inglesa apunta un arma contra Valentino; la reacción de él es apuntarle con una delicada boquilla de cigarro. Ella usa pantalones, él túnicas largas y sueltas, y abundante maquillaje de ojos. Películas posteriores incluirían escenas de Valentino vistiéndose y desvistiéndose, una suerte de *striptease* que exhibía destellos de su cuerpo estilizado. En casi todos sus filmes él encarnó un exótico personaje de época —un torero español, un rajá indio, un jeque árabe, un noble francés—, y parecía gozar con ponerse joyas y uniformes ajustados.

En la década de 1920 las mujeres empezaron a experimentar con una nueva libertad sexual. En vez de esperar a que un hombre se interesara en ellas, querían tener la posibilidad de iniciar la relación, aunque seguían deseando enamorarse perdidamente de él. Valentino comprendió esto a la perfección. Su vida fuera de la pantalla coincidía con su imagen en el cine: se ponía pulseras, vestía impecablemente y, se decía, era cruel con su esposa, y la golpeaba. (Su amantísimo público ignoró prudentemente sus dos matrimonios fallidos y su, al parecer, inexistente vida sexual). Su súbita muerte —en Nueva York en agosto de 1926, a los treinta y un años de edad, por complicaciones de una operación de úlcera— provocó una reacción inusitada: más de cien mil personas desfilaron ante su féretro, muchas dolientes sufrieron ataques de histeria y la nación entera se mostró consternada. Nunca antes había sucedido nada igual a propósito de un simple actor.

A un niño de la diosa Citerea nacido a Mercurio, \ las náyades nutrieron bajo los antros ideos; \ era de él una faz en la cual la madre y el padre \ ser conocidos podían; también trajo de ellos el nombre [Hermafrodito]. \ Ese, tan pronto como cumplió tres quinquenios, los montes \ patrios abandonó, y, el Ida nutricio dejado, \ errar por ignotos lugares, ver ríos ignotos \ gozaba. [...] Él también a las urbes licias, y a los carios, vecinos \ de Licia, llega; ve este un estanque hasta el ínfimo suelo \ de su linfa, luciente. [...] Es perspicuo el licor, lo último del estanque, de vivo \ césped, empero, está ceñido, y siempre de hierbas verdeantes. \ Una ninfa [Salmacis] lo habita. [...] Coge a menudo flores. Y allí también acaso cogíalas, \ cuando al niño vio, y quiso, habiéndolo visto, tenerlo. [...] Y así empezó a hablar entonces: «Oh niño, de creerse dignísimo \ que eres un dios; si eres un dios, ser tú puedes Cupido.

[...] Si esta [la novia] es para ti alguna, el placer furtivo sea mío; \ o si ninguna hay, yo sea, y vayamos a un tálamo mismo». \ Calló tras esto la návade; el rubor marcó el rostro del niño \ (pues no sabe qué es amor), mas también sonrojarse sentábale. \ Este color, las pomas del árbol soleado pendientes \ o tiene el teñido marfil o, bajo el candor, rojeante \ la luna, cuando resuenan auxiliares bronces en vano. \ A la ninfa que pedía sin fin fraternales —al menos— \ besos, y ya sus manos a los ebúrneos cuellos llevaba: \ «¿Te detienes —habla—, o huyo y estos contigo abandono?». \ Salmacis temió, y: «Libres estos lugares te entrego, \ huésped» habla—, y simula, con el paso vuelto, apartarse. [...] Mas aquel, \ sin duda, como también no observado en las hierbas vacías, \ aquí va, v de aquí hacia allá, v en las ondas que juegan vecinas, \ la punta de sus pies y hasta el talón moja sus huellas. \ Y no hay demora: del temple de las blandas aguas cautivo, \ de su tierno cuerpo los muelles velos depone. \ Le plació allí en verdad, y en la ambición de la forma desnuda \ Salmacis ardió; flagran también de la ninfa los ojos, \ no otramente que cuando, nitidísimo en círculo puro, \ Febo es devuelto del espejo por la imagen opuesta; \ y apenas sufre demora, va apenas sus gozos difiere, \ va ansía abrazar, ya mal se contiene, demente. \ Aquel veloz, golpeado con sus huecas palmas el cuerpo, \ salta hacia los líquidos, y, los alternos brazos moviendo, \ luce a través de las límpidas aguas, igual que si alguno, \ con claro vidrio, ebúrneas estatuas cubriera, o cándidos lilios. \ «¡Vencimos y es mío!», exclama la náyade, y toda \ su veste arrojada lejos, en medio de las ondas se envía, \ v al pugnante retiene, y luchantes ósculos toma, \ y mete abajo sus manos, y toca el pecho sin gana, \ y ora de aquí por la joven, ora de allá es rodeado. \ En seguida, al que se esfuerza en su contra y quiere escapársele, \ implica como sierpe a la cual el ave regia sostiene \ v arrastra a lo alto; la cabeza v los pies aquella, pendiente, \ liga, y con la cola las alas que se extienden implica. [...] \ «Aunque pugnes, ímprobo —dijo—, \ no huirás, empero; ¡así lo mandéis, oh dioses, y a ese \ ningún día de mí, ni a mí me separe de ese!» \ Sus votos tuvieron los dioses; pues los cuerpos mezclados \ de los dos son unidos, y en ellos se aplica una sola \ faz. Como si alguien reúne con la corteza las ramas, \ las mira unirse, creciendo, y desarrollarse igualmente; \ así, cuando en el abrazo tenaz se fundieron sus miembros, \ no son dos sino una forma doble, porque ni hembra ser dicha \ ni niño pudiera; y ninguno de los dos y ambos, parece.

Hay una película de Valentino, *Monsieur Beaucaire*, en la que él personifica a un frívolo absoluto, papel mucho más afeminado que los que acostumbraba interpretar, y sin su usual dejo de peligro. Fue un fiasco. Como loca, Valentino no emocionó a las mujeres. A ellas les estremecía la ambigüedad de un hombre que compartía muchos de sus rasgos, pero que no por ello dejaba de ser hombre. Valentino se vestía como mujer y jugaba con su físico como si fuera un cuerpo femenino, pero su imagen era masculina. Cortejaba como lo haría una mujer si fuera hombre: pausada y consideradamente, prestando atención a los detalles, fijando un ritmo en vez de apresurar la conclusión. Pero llegado el momento de la osadía y la conquista, su cadencia era impecable, y arrollaba a su víctima sin darle oportunidad para protestar. En sus películas, Valentino practicó el mismo arte de gigoló de llevar a una mujer, mismo que dominó desde adolescente en la pista de baile: conversar, galantear y complacer, pero siempre ejerciendo el control.

Valentino sigue siendo un enigma. Su vida privada y su personalidad están envueltas en el misterio; su imagen continúa seduciendo como lo hizo en vida. Él fue el modelo de Elvis Presley, quien se obsesionó con esta estrella del cine mudo, y del *dandy* moderno, que juega con el género pero preserva un filo de peligro y crueldad.

La seducción fue y será siempre la forma femenina del poder y la guerra. Originalmente fue el antídoto contra la violación y la brutalidad. El hombre que usa esta forma de poder con una mujer invierte en esencia el juego, ya que emplea contra ella armas femeninas; sin perder su identidad masculina, cuanto más sutilmente femenino se vuelve, más eficaz es la seducción. No seas de quienes creen que lo más seductor consiste en ser devastadoramente masculino. El *dandy* femenino tiene un efecto mucho más turbador. Tienta a la mujer justo con lo que a ella le gusta: una presencia conocida, grata, elegante. Puesto que es reflejo de la psicología femenina, ostenta un cuidado en su apariencia, sensibilidad a los detalles y cierto grado de coquetería, pero también un toque de masculina crueldad. Las mujeres son narcisistas y se enamoran de los encantos de su sexo. Al presentarles un encanto femenino, un hombre puede hipnotizarlas y desarmarlas, y volverlas vulnerables a un embate masculino audaz.

El *dandy* femenino puede seducir a gran escala. Ninguna mujer lo posee de verdad —es demasiado elusivo—, pero todas pueden fantasear con que lo hacen. La clave es la ambigüedad: la sexualidad del *dandy* es decididamente heterosexual, pero su cuerpo y psicología fluctúan deliciosamente entre uno y otro polos.

Soy mujer. Todo artista es mujer y debe sentir gusto por las demás mujeres. Los homosexuales no pueden ser verdaderos artistas porque les gustan los hombres, y como son mujeres vuelven a la normalidad.

#### LA DANDY MASCULINA

En la década de 1870, el pastor Henrik Gillot fue el niño mimado de la *intelligentsiya* de San Petersburgo. Era joven, bien parecido e instruido en filosofía y literatura, y predicaba una especie de cristianismo ilustrado. Docenas de jóvenes estaban locas por él y acudían en masa a sus sermones solo para verlo. Tiempo después en 1878, conoció a una mujer que cambió su vida. Se llamaba Lou von Salomé (conocida después como Lou Andreas-Salomé) y tenía diecisiete años de edad; él, cuarenta y dos.

Lou era bonita, con radiantes ojos azules. Había leído mucho, sobre todo para una muchacha de su edad, y se interesaba en los más graves asuntos filosóficos y religiosos. Su pasión, inteligencia y sensibilidad a las ideas fascinaron a Gillot. Cuando ella entraba a la oficina de él para sus cada vez más frecuentes conversaciones, el lugar parecía más brillante y más vivo. Quizá ella le coqueteara, a la inconsciente manera de una muchacha; pero cuando Gillot admitió para sí que se había enamorado de ella y le propuso matrimonio, Lou se horrorizó. El confundido pastor no olvidó nunca a Lou von Salomé, y fue el primero de una larga lista de hombres famosos en caer víctima de un frustrado y perenne amor obsesivo por ella.

El dandismo no es siquiera, como muchas personas irreflexivas parecen suponer, un inmoderado interés en la apariencia personal y la elegancia material. Para el verdadero dandy, estas cosas son solo un símbolo de la aristocrática superioridad de su personalidad. [...] • ¿Qué es, entonces, esta pasión dominante que se ha convertido en un credo y creado sus propios tiranos consumados? ¿Qué es esta constitución no escrita que ha creado una casta tan altiva? Es, sobre todo, una ardiente necesidad de adquirir originalidad, dentro de los aparentes límites de la convención. Es una suerte de culto a uno mismo, que puede prescindir incluso de lo que se conoce comúnmente como ilusiones. Es el deleite de causar sorpresa, y la orgullosa satisfacción de no sorprenderse jamás. [...] CHARLES BAUDELAIRE, EL dandy, CITADO EN VICIO: UNA ANTOLOGÍA, EDICIÓN DE RICHARD DAVENPORT-HINES

En 1882, el filósofo alemán Friedrich Nietzsche vagaba solo por Italia. En Génova recibió una carta de su amigo Paul Rée, filósofo prusiano al que admiraba, en la que este le contaba de sus diálogos en Roma con una notable joven rusa, Lou von Salomé. Ella estaba ahí de vacaciones con su madre; Rée había logrado hacer, sin compañía, largos paseos por la ciudad con ella, y habían tenido numerosas

conversaciones. Las ideas de Lou sobre Dios y el cristianismo eran muy similares a las de Nietzsche, y cuando Rée le dijo que el famoso filósofo era amigo suyo, ella insistió en que lo invitara a unírseles. En cartas posteriores, Rée describió lo misteriosamente cautivadora que era Lou, y lo ansiosa que estaba por conocer a Nietzsche. El filósofo partió pronto a Roma.

Cuando Nietzsche conoció al fin a Lou, se quedó atónito. Ella tenía los ojos más hermosos que él hubiera visto jamás, y en la primera de sus largas conversaciones esos ojos brillaron con tal intensidad que él no pudo menos que sentir que había algo erótico en esa emoción. Pero también él se engañó: Lou guardó distancia y no respondió a sus cumplidos. ¡Vaya que era una joven demoniaca! Días después, ella le leyó un poema suyo, y él lloró; las ideas de Lou sobre la vida eran muy parecidas a las suyas. Tras decidir aprovechar la ocasión, Nietzsche le propuso matrimonio. (Ignoraba que Rée ya había hecho lo propio). Lou declinó. Le interesaban la filosofía, la vida y la aventura, no el matrimonio. Impertérrito, Nietzsche siguió cortejándola. En una excursión al lago Orta con Rée, Lou y su madre, él logró estar a solas con la muchacha, con quien subió el Monte Sacro mientras los demás aguardaban. Todo indica que el paisaje y las palabras de Nietzsche tuvieron el apasionado efecto esperado; en una carta subsecuente a ella, él describió ese paseo como «el sueño más hermoso de mi vida». Ya era un hombre poseído: no podía pensar sino en casarse con Lou y tenerla solo para él.

Meses después, Lou visitó a Nietzsche en Alemania. Dieron largos paseos juntos, y pasaron noches enteras hablando de filosofia. Ella era el reflejo de sus pensamientos más profundos, una anticipación de sus ideas sobre la religión. Pero cuando él le propuso matrimonio otra vez, ella lo tachó de convencional; Nietzsche había compuesto una defensa filosófica del superhombre, el individuo por encima de la moral ordinaria, pero Lou era por naturaleza mucho menos convencional que él. Su firme e intransigente actitud no hizo más que intensificar la fascinación de ella sobre él, tanto como su resabio de crueldad. Cuando Lou lo abandonó al fin, dejando en claro que no tenía la menor intención de casarse con él, Nietzsche quedó devastado. Como antídoto contra su dolor, escribió *Así hablaba Zaratustra*, libro lleno de sublimado erotismo y hondamente inspirado en sus conversaciones con ella. Desde entonces, Lou sería conocida en toda Europa como la mujer que había roto el corazón de Nietzsche.

Lou Andreas-Salomé se mudó a Berlín. Pronto, los principales intelectuales de esa ciudad caían bajo el hechizo de su independencia y espíritu libre. Los dramaturgos Gerhart Hauptmann y Franz Wedekind fueron víctimas de su embrujo; en 1897, el gran poeta austriaco Rainer Maria Rilke se enamoró de ella. Para entonces ya gozaba de amplio prestigio, y era novelista de renombre. Esto influyó sin duda en la seducción de Rilke, pero a él le atrajo, asimismo, la suerte de energía masculina que encontró en ella, y que nunca había visto en otra mujer. Rilke tenía entonces veintidós años, y Lou treinta y seis. Él le escribía cartas y poemas de amor, la seguía a todas partes e inició con ella un idilio que duraría varios años. Ella corrigió su

poesía; impuso disciplina en sus versos, demasiado románticos, y le inspiró ideas para nuevos poemas. Pero censuraba que dependiera tan infantilmente de ella, que fuese tan débil. Incapaz de soportar cualquier clase de debilidad, finalmente lo dejó. Consumido por su recuerdo, Rilke siguió asediándola durante mucho tiempo. En 1926 rogó a sus médicos en su lecho de muerte: «Pregunten a Lou qué me pasa. Solo ella lo sabe».

Un hombre escribió de Lou Andreas-Salomé: «Había algo aterrador en su proximidad. Lo miraba a uno con sus radiantes ojos azules, y le decía: "La recepción del semen es para mí el colmo del éxtasis". Tenía un apetito insaciable de él. Era absolutamente amoral, [...] un vampiro». El psicoterapeuta sueco Poul Bjerre, una de sus conquistas posteriores, escribió a su vez: «Creo que Nietzsche estaba en lo cierto cuando dijo que Lou era una mala mujer. Mala, no obstante, en el sentido goethiano: mal que produce bien. [...] Quizá haya destruido vidas y matrimonios, pero su presencia era excitante».

En medio de este derroche de habilidad política, elocuencia, astucia y exaltada ambición, Alcibíades llevaba una vida de prodigioso lujo, embriaguez, disipación e insolencia. Era afeminado en el vestir y recorría el mercado arrastrando sus largos mantos de color púrpura, y gastaba de modo extravagante. Hizo recortar las cubiertas de sus trirremes para poder dormir con más comodidad, v su lecho pendía de cuerdas, antes que tenderse sobre las duras tablas. Se había mandado hacer un escudo de oro, grabado no con emblemas ancestrales, sino con la figura de Eros armado con un rayo. Los principales hombres de Atenas veían todo esto con disgusto e indignación, y les perturbaba en extremo esa conducta desdeñosa y desenfrenada, que juzgaban monstruosa y sugería los hábitos de un tirano. Los sentimientos del pueblo por Alcibíades fueron hábilmente expresados por Aristófanes en este verso: «Lo ama, lo odia, no puede estar sin él. [...]». • El hecho era que sus donativos voluntarios, los espectáculos públicos que patrocinaba, su incomparable munificencia para con el Estado, la fama de sus ancestros, la fuerza de su oratoria y su fortaleza y belleza físicas [...] se combinaban para hacer que los atenienses le perdonaran todo lo demás, y constantemente buscaban eufemismos para sus dislates, que atribuían a ímpetu juvenil y honorable ambición.

PLUTARCO, VIDA DE ALCIBÍADES

Las dos emociones que casi todos los hombres sentían en presencia de Lou

Andreas-Salomé eran confusión y excitación; las sensaciones esenciales para una seducción satisfactoria. A la gente le embriagaba su extraña mezcla de masculinidad y feminidad; era hermosa, con una sonrisa radiante y una actitud digna y sugestiva, pero su independencia y naturaleza analítica la hacían parecer singularmente masculina. Esta ambigüedad se expresaba en sus ojos, a un tiempo coquetos e inquisitivos. La confusión era lo que mantenía interesados e intrigados a los hombres: Lou no se parecía a ninguna otra mujer. Ellos querían saber más. La excitación emanaba de la capacidad de ella para remover deseos reprimidos. Era totalmente anticonformista, e intimar con ella suponía romper todo tipo de tabúes. Su masculinidad hacía que la relación pareciera vagamente homosexual; su vena un tanto cruel y dominante podía incitar ansias masoquistas, como lo hizo en Nietzsche. Lou irradiaba una sexualidad prohibida. Su poderoso efecto en los hombres —las obsesiones perennes, los suicidios (hubo varios), los periodos de intensa creatividad, las descripciones de ella como vampiro o demonio— dan fe de las oscuras profundidades de la psique que ella era capaz de alcanzar y perturbar.

Más luz —un torrente de ella— se arroja sobre esta atracción de los hombres por la ropa íntima de las mujeres en el diario del abad de Choisy, un@ de l@s más brillantes hombresmujeres de la historia, del@ que oiremos muchas cosas más adelante. Este abad, eclesiástico de París, asistía a menudo a bailes de máscaras disfrazado de mujer. Vivió en los días de Luis XIV, y fue gran amigo del hermano de este, también adicto a la ropa femenina. Una joven, Mademoiselle Charlotte, le acompañaba a menudo, se enamoró perdidamente de él, y cuando la aventura se convirtió en relación el abad le preguntó cómo había caído en sus redes [...] • «No tuve ninguna necesidad de precaución, como habría tenido con un hombre. No vi otra cosa que una mujer bella, ¿y por qué se me debía impedir amarla? ¡Qué ventajas da a usted vestirse de mujer! Está presente el corazón de un hombre, y eso nos causa profunda impresión; pero, por otro lado, los encantos del bello sexo nos fascinan, y evitan que tomemos precauciones».

CLARENCE JOSEPH BULLIET, VENUS CASTINA: FAMOUS FEMALE IMPERSONATORS, CELESTIAL AND HUMAN

La dandy masculina triunfa al trastocar la pauta normal de la superioridad masculina en cuestiones de amor y seducción. La aparente independencia del hombre, su capacidad para el desdén, a menudo parecen darle la ventaja en la dinámica entre hombres y mujeres. Una mujer puramente femenina despertará deseo,

pero siempre será vulnerable a la caprichosa pérdida de interés del hombre; una mujer puramente masculina, por el contrario, no despertará en absoluto ese interés. Tú sigue, en cambio, la senda de la *dandy* masculina y neutralizarás todos los poderes de un hombre. Nunca te entregues por completo; aunque seas apasionadamente sexual, conserva siempre un aire de independencia y autocontrol. Podrías pasar entonces al hombre siguiente, o al menos eso pensará él. Tú tienes cosas más importantes que hacer, como trabajar. Los hombres no saben cómo hacer frente a las mujeres que usan contra ellos sus propias armas; esto los intriga, excita y desarma. Pocos hombres pueden resistir los placeres prohibidos que la *dandy* masculina les ofrece.

La seducción que emana de una persona de sexo incierto o simulado es imponente.

—Colette

#### **CLAVES DE PERSONALIDAD**

Much@s imaginamos hoy que la libertad sexual ha avanzado en los últimos años; que todo ha cambiado, para bien o para mal. Esto es en gran medida una ilusión; un repaso de la historia revela periodos de mucho mayor libertinaje (la Roma imperial, la Inglaterra de fines del siglo XVII, el «flotante mundo» del Japón del siglo XVIII) que el que experimentamos en la actualidad. Los roles de género ciertamente están cambiando, pero no es la primera vez que esto ocurre. La sociedad está sujeta a un estado de flujo permanente, pero hay algo que no cambia: el ajuste de la inmensa mayoría de la gente a lo que en su época se considera normal. Su desempeño del papel que se le asigna. La conformidad es una constante porque los seres humanos somos criaturas sociales en incesante imitación recíproca. Puede ser que en ciertos momentos de la historia esté de moda ser diferente y rebelde; pero si muchas personas asumen este papel, no hay nada diferente ni rebelde en él.

Sin embargo, no deberíamos quejarnos de la servil conformidad de la mayoría, porque ofrece incalculables posibilidades de poder y seducción a quienes están dispuestos a correr algunos riesgos. *dandy*s ha habido en todas las épocas y culturas (Alcibíades en la antigua Grecia, Korechika en el Japón de fines del siglo x), y en todas partes han prosperado gracias al papel conformista de los demás. El@ *dandy* hace gala de una diferencia real y radical, en apariencia y actitud. Puesto que a casi

tod@s nos agobia en secreto la falta de libertad, nos atraen quienes son más desenvuelt@s que nosotr@s y hacen alarde de su diferencia.

La pasión de Beau Brummel por las abluciones diarias se juzgaba desequilibrada. Su ritual arreglo matutino duraba más de cinco horas: una para enfundarse en sus ajustados pantalones de gamuza, otra en compañía del peinador y otras dos para anudar y «arrugar» una serie de corbatas almidonadas hasta alcanzar la perfección. Pero, antes que nada, dedicaba dos horas a tallarse con celo fetichista, de pies a cabeza, con leche, agua y agua de Colonia. [...] Beau Brummel decía usar solo espuma de champaña para pulir sus botas ornadas con borlas. Tenía 365 cajas de rapé, las de verano impensables en invierno, y el ajuste de sus guantes se obtenía confiando su corte a dos confeccionistas: una para los dedos en general, la otra para los pulgares. A veces, sin embargo, la tiranía de la elegancia se volvía absolutamente insoportable. Un tal Mister Boothby se suicidó, y dejó una nota que decía que ya no aguantaba el hastío de abotonarse y desabotonarse.

JUEGO DE CORAZONES: MEMORIAS DE HARRIETTE WILSON, EDICIÓN DE LESLEY BLANCH

L@s dandys seducen tanto social como sexualmente; se forman grupos a su alrededor, su estilo es muy imitado, una corte o multitud enteras se enamorarán de ell@s. Al adaptar a tus propósitos la personalidad del@ dandy, recuerda que éll@ es por naturaleza una rara y hermosa flor. Sé diferente tanto de modo impactante como estético, nunca vulgar; búrlate de las tendencias y estilos establecidos, sigue una dirección novedosa, y que no te importe en absoluto lo que hacen los demás. La mayoría es insegura; se maravillará de lo que tú eres capaz de hacer, y con el tiempo terminará por admirarte e imitarte, por expresarte con total seguridad.

A l@s dandys se les ha definido tradicionalmente por su forma de vestir, y es indudable que la mayoría de ell@s crean un estilo visual único. Beau Brummel, el más famoso de los dandys, pasaba horas arreglándose, en particular el nudo de inimitable diseño de su corbata, que lo volvió célebre en Inglaterra a principios del siglo XIX. Pero el estilo del@ dandy no puede ser obvio, porque l@s dandys son sutiles, y jamás se obstinan en llamar la atención: la atención les llega sola. Un atuendo flagrantemente diferente delata escaso gusto o imaginación. L@s dandys exhiben su diferencia en los pequeños toques que señalan su desprecio por las convenciones: el chaleco rojo de Théophile Gautier, el traje verde de terciopelo de Oscar Wilde, las pelucas plateadas de Andy Warhol. El gran primer ministro inglés

Benjamin Disraeli tenía dos espléndidos bastones, uno para la mañana y otro para la tarde; los cambiaba a mediodía, dondequiera que estuviese. La *dandy* opera en forma similar. Puede adoptar ropa masculina, por decir algo; pero si lo hace, un toque aquí o allá la vuelve distinta: ningún hombre se vestiría nunca como George Sand. El sombrero de copa y las botas de montar que ella lucía en las calles de París la hacían un espectáculo digno de verse.

Recuerda: debe haber un punto de referencia. Si tu estilo visual es totalmente desconocido, la gente creerá en el mejor de los casos que te gusta llamar la atención, y en el peor que estás loco. Inventa en cambio tu propia moda adaptando y alterando los estilos imperantes, para convertirte en un objeto de fascinación. Haz bien esto y serás muy imitad@. El conde de Orsay, un fabuloso *dandy* londinense de las décadas de 1830 y 1840, era observado muy de cerca por la gente de buen tono; un día, sorprendido en Londres por un aguacero, compró un *paltrok*, una especie de pesado abrigo de lana con capucha, que llevaba puesto un marinero holandés. El *paltrok* se convirtió de inmediato en *el* abrigo de rigor. Que haya gente que te imite es señal, por supuesto, de tus poderes de seducción.

La majestuosidad con que se eleva a la altura de la verdadera realeza la tomó el *dandy* de las mujeres, las que parecerían naturalmente hechas para ese papel. Es en cierto modo usando la actitud y método de las mujeres que el *dandy* domina. Y él hace que las propias mujeres aprueben esta usurpación de la feminidad. [...] El *dandy* posee algo antinatural y andrógino, lo cual es precisamente lo que le permite seducir sin cesar.

JULES LEMAÎTRE, LOS CONTEMPORÁNEOS

El inconformismo de l@s *dandy*s, sin embargo, va mucho más allá de las apariencias. Es una actitud de vida, que l@s distingue; adopta esta actitud y un círculo de seguidores aparecerá a tu alrededor.

L@s dandys son muy insolentes. Los demás les importan un bledo, y nunca les interesa complacer. En la corte de Luis XIV, el escritor La Bruyère reparó en que los cortesanos que se esmeraban en complacer caían invariablemente en el descrédito; nada podía ser más antiseductor que eso. Como escribió Barbey d'Aurevilly: «Los dandys complacen a las mujeres disgustándolas».

La insolencia fue fundamental en el atractivo de Oscar Wilde. Una noche, tras el estreno de una obra suya en un teatro de Londres, el extasiado público pidió a gritos la presencia del autor en el escenario. Wilde se hizo esperar largamente, y por fin salió, fumando un cigarro y gastando una expresión de absoluto desdén. «Quizá sea grosero aparecer fumando ante ustedes, pero lo es mucho más que me incomoden

cuando fumo», recriminó a sus fans. El conde de Orsay era igualmente insolente. Una noche en un club de Londres, un Rothschild notoriamente vulgar dejó caer por accidente una moneda de oro, y se agachó a recogerla. Orsay sacó en el acto un billete de mil francos (mucho más valioso que la moneda), lo enrolló, lo encendió como vela y se echó a gatas, para ayudar en la búsqueda. Solo un *dandy* habría podido permitirse semejante audacia. El descaro del libertino está atado a su deseo de conquistar a una mujer; no le interesa nada más. El del *dandy*, en cambio, apunta a la sociedad y sus convenciones. No quiere conquistar a una mujer, sino a un grupo, un mundo social. Y como a la gente suele oprimirle la obligación de ser siempre benévola y cortés, le deleita la compañía de una persona que desdeña tales insignificancias.

L@s dandys son maestr@s en el arte de vivir. Viven para el placer, no para el trabajo; se rodean de bellos objetos y comen y beben con el mismo deleite que muestran en el vestir. Así fue como el gran escritor romano Petronio, autor del Satiricón, sedujo al emperador Nerón. A diferencia del insulso Séneca, el gran pensador estoico y tutor de Nerón, Petronio sabía hacer de cada detalle de la vida una gran aventura estética, desde un festín hasta una simple conversación. Esta no es una actitud que debas imponer a quienes te rodean —te será imposible ponerte pesad@—; bastará con que parezcas socialmente confiad@ y segur@ de tu gusto para que la gente se sienta atraída a ti. La clave es convertir todo en una elección estética. Tu habilidad para matar el aburrimiento haciendo de la vida un arte volverá muy apreciada tu compañía.

El sexo opuesto es un territorio extraño que nunca conoceremos del todo, y esto nos excita, produce la tensión sexual adecuada. Pero también es una fuente de molestia y frustración. Los hombres no comprenden a las mujeres, y viceversa; cada grupo intenta hacer que el otro actúe como si perteneciera a su sexo. Puede ser que a l@s dandys no les interese agradar, pero en esta área tienen un grato efecto: al adoptar rasgos psicológicos del sexo opuesto, apelan a nuestro inherente narcisismo. Las mujeres se identificaban con la delicadeza de Rodolfo Valentino, y su atención al detalle en el cortejo; los hombres, con el desinterés de Lou Andreas-Salomé a comprometerse. En la corte Heian del Japón del siglo XI, Sei Shônagon, la autora de El libro de la almohada, fue muy seductora para los hombres, en especial los del tipo literario. Era sumamente independiente, escribía poesía de lo mejor y guardaba cierta distancia emocional. Los hombres querían más de ella que solo ser sus amigos o camaradas, como si fuera otro hombre; fascinados por su empatía con la psicología masculina, se enamoraban de ella. Esta suerte de travestismo mental —la capacidad de acceder al espíritu del sexo opuesto, adaptarse a su manera de pensar, ser reflejo de sus gustos y actitudes— puede ser un elemento clave en la seducción. Es una manera de hipnotizar a tu víctima.

De acuerdo con Freud, la libido humana es, en esencia, bisexual; a la mayoría de las personas les atraen de un modo u otro los individuos de su mismo sexo, pero las restricciones sociales (que varían según la cultura y periodo histórico) reprimen

esos impulsos. El@ dandy representa una liberación de tales restricciones. En varias obras de Shakespeare, una joven (los papeles femeninos eran interpretados entonces por hombres) ha de disfrazarse, y se viste para ello de hombre, incitando diversos grados de interés sexual en los hombres, a quienes después deleita descubrir que el joven es en realidad una muchacha. (Piensa, por ejemplo, en la Rosalinda de A vuestro gusto). Artistas como Josephine Baker (conocida como La dandy de Chocolate) y Marlene Dietrich se vestían de hombre en sus presentaciones, lo que las volvió muy populares... entre los hombres. Por su parte, el hombre ligeramente feminizado, el niño bonito, siempre ha sido seductor para las mujeres. Valentino encarnó esta cualidad. Elvis Presley tenía rasgos femeninos (el rostro, las caderas), usaba camisas rosas escaroladas y maquillaje de ojos, y muy pronto atrajo la atención femenina. El cineasta Kenneth Anger dijo de Mick Jagger que «su encanto bisexual constituye una parte importante del atractivo que ejerce sobre las jóvenes, [...] el cual actúa sobre su inconsciente». En la cultura occidental, durante siglos la belleza femenina ha sido un fetiche en grado mucho mayor que la masculina, así que es comprensible que un rostro de aspecto femenino como el de Montgomery Clift haya tenido más poder de seducción que el de John Wayne.

La figura del@ dandy también ocupa un lugar en la política. John F. Kennedy era una extraña mezcla de masculinidad y feminidad: viril en su dureza con los rusos y sus juegos de futbol americano en los jardines de la Casa Blanca, pero femenino en su apariencia elegante y atildada. Esta ambigüedad componía gran parte de su atractivo. Disraeli era un dandy incorregible en su forma de vestir y comportarse; en consecuencia algunos sospecharon de él, pero su valor para no preocuparse de lo que la gente pensara le ganó respeto. Las mujeres lo adoraban, por supuesto, porque las mujeres siempre adoran a un dandy. Apreciaban sus modales delicados, su sentido estético, su pasión por la ropa; en otras palabras, sus cualidades femeninas. El sostén del poder de Disraeli era de hecho una fan: la reina Victoria.

No te dejes engañar por la reprobación superficial que tu actitud de *dandy* puede provocar. Aun si la sociedad propala su desconfianza de la androginia (en la teología cristiana Satanás suele representarse como andrógino), con eso no hace otra cosa que esconder su fascinación por ella; lo más seductor es con frecuencia lo más reprimido. Adopta un dandismo festivo y serás el imán de los recónditos anhelos insatisfechos de la gente.

La clave de este poder es la ambigüedad. En una sociedad en que los papeles que tod@s desempeñamos son obvios, la negativa a ajustarse a cualquier norma despertará interés. Sé masculin@ y femenin@, insolente y encantador@, sutil y extravagante. Que los demás se preocupen de ser socialmente aceptables; esa gente abunda, y tú persigues un poder más grande que el que ella puede imaginar.

Símbolo: La orquídea. Su forma y color sugieren extrañamente los

dos sexos, y su perfume es dulce y voluptuoso: es una flor tropical del mal. Fina y muy cultivada, se le valora por su rareza; es diferente a cualquier otra flor.

### **PELIGROS**

La fortaleza, aunque también el problema, del@ dandy es que suele operar mediante sensaciones transgresoras de los roles sexuales. Aunque sumamente intensa y seductora, esta actividad también es peligrosa, porque toca una fuente de gran ansiedad e inseguridad. Los mayores riesgos proceden a menudo de tu propio sexo. Valentino tenía enorme atractivo para las mujeres, pero los hombres lo detestaban. Constantemente se le hostigaba con acusaciones de antimasculinidad perversa, lo que le causaba gran aflicción. Lou Andreas-Salomé era igualmente reprobada por las mujeres; la hermana de Nietzsche, quizá la mejor amiga de este, la consideraba una bruja malévola, y emprendió una virulenta campaña de prensa en su contra tiempo después de la muerte del filósofo. Poco puede hacerse ante un resentimiento tal. Algun@s dandys pretenden luchar contra la imagen que ell@s mismos han creado, pero esto es insensato: para probar su masculinidad, Valentino intervino en un encuentro de box. No obstante, lo único que consiguió con ello fue parecer desesperado. Es mejor, entonces, aceptar con elegancia e insolencia las ocasionales pullas de la sociedad. Después de todo, el encanto de l@s dandys radica justamente en que no les importa lo que la gente piense de ell@s. Así era Andy Warhol: cuando la gente se cansaba de sus bufonadas o surgía un escándalo, en vez de tratar de defenderse adoptaba simplemente una nueva imagen —bohemio decadente, retratista de la alta sociedad, etcétera—, como para decir, con un dejo de desdén, que el problema no era él, sino la capacidad de concentración de los demás.

Otro peligro para el@ dandy es que la insolencia tiene sus límites. Beau Brummel se enorgullecía de dos cosas: la esbeltez de su figura y su ingenio mordaz. Su principal patrocinador social era el príncipe de Gales, quien años después engordó. Una noche en una cena, el príncipe hizo sonar la campanilla para llamar al mayordomo, y Brummel comentó con sarcasmo: «Repica, Big Ben». Al príncipe no le hizo gracia la broma, hizo acompañar a Brummel a la puerta y jamás le volvió a hablar. Sin el patrocinio real, Brummel cayó en la pobreza y la locura.

Incluso un@ dandy, así, debe medir su descaro. Un@ verdader@ dandy conoce la diferencia entre una dramatizada burla del poderoso y un comentario hiriente, ofensivo o insultante. Es particularmente indicado no insultar a quienes pueden

perjudicarte. De hecho, esta personalidad rinde mejor a quienes pueden darse el lujo de ofender: artistas, bohemios, etcétera. En el trabajo, es probable que debas modificar y moderar tu imagen de *dandy*. Sé gratamente distint@, una distracción, no una persona que cuestiona las convenciones grupales y hace sentir inseguros a los demás.

## El@ cándid@

La niñez es el paraíso dorado que, consciente o inconscientemente, en todo momento intentamos recrear. El@ cándid@ personifica las añoradas cualidades de la infancia: espontaneidad, sinceridad, sencillez. En presencia de l@s cándid@s nos sentimos a gusto, arrebatad@s por su espíritu juguetón, transportad@s a esa edad de oro. Ell@s hacen de la debilidad virtud, pues la compasión que despiertan con sus tanteos nos impulsa a protegerl@s y ayudarl@s. Como en l@s niñ@s, gran parte de esto es natural, pero otra es exagerada, una maniobra intencional de seducción. Adopta la actitud del@ cándid@ para neutralizar la reserva natural de la gente y contagiarla de tu des-valido encanto.

## RASGOS PSICOLÓGICOS DEL@ CÁNDID@

L@s niñ@s no son tan inocentes como nos gusta imaginarl@s. Sufren desamparo, y advierten pronto el poder de su encanto natural para compensar su debilidad en el mundo de los adultos. Aprenden un juego: si su inocencia natural puede convencer a sus padres de ceder a sus deseos, entonces es algo que pueden usar estratégicamente en otros casos, exagerándolo en el momento indicado para salirse con la suya. Si su vulnerabilidad y debilidad son tan atractivas, pueden utilizarlas para llamar la atención.

Muy antiguas eras tienen una inmensa, y a menudo desconcertante, atracción para la imaginación de los hombres. Cada vez que ellos están insatisfechos con sus circunstancias presentes —lo que ocurre con demasiada frecuencia—, dan la espalda al pasado y esperan ser capaces de probar la veracidad del sueño inagotable de una edad de oro. Probablemente aún estén bajo el hechizo de su infancia, presentada por su memoria, en absoluto imparcial, como un periodo de dicha ininterrumpida.

SIGMUND FREUD, OBRAS COMPLETAS, VOLUMEN XXIII

¿Por qué nos seduce la naturalidad de l@s niñ@s? Primero, porque todo lo natural ejerce un raro efecto en nosotr@s. Desde el inicio de los tiempos, los fenómenos naturales —como rayos y eclipses— han infundido en los seres humanos una reverencia teñida de temor. Entre más civilizad@s somos, mayor es el efecto que los hechos naturales ejercen en nosotr@s; el mundo moderno nos rodea de tantas cosas manufacturadas y artificiales que algo repentino e inexplicable nos fascina. L@s niñ@s también poseen este poder natural; pero como son inofensiv@s y human@s, resultan menos temibles que encantador@s. Casi tod@s nos empeñamos en complacer, pero la gracia de l@s niñ@s ocurre sin esfuerzo, lo que desafía toda explicación lógica —y lo irracional suele ser peligrosamente seductor.

Más aún, un@ niñ@ representa un mundo del que se nos ha desterrado para siempre. Como la vida adulta es aburrida y acomodaticia, nos creamos la ilusión de

que la infancia es una especie de edad de oro, pese a que a menudo pueda ser un periodo de gran confusión y dolor. Aun así, es innegable que la niñez tuvo sus privilegios, y que de niñ@s teníamos una actitud placentera ante la vida. Frente a un@ niñ@ particularmente encantador@, solemos ponernos nostálgic@s: recordamos nuestro maravilloso pasado, las cualidades que perdimos y que quisiéramos volver a tener. Y en presencia del@ niñ@, recuperamos un poco de esa maravilla.

L@s seductores naturales son personas que de algún modo evitaron que la experiencia adulta las privara de ciertos rasgos infantiles. Estas personas pueden ser tan eficazmente seductoras como una niña, porque nos parece extraño y asombroso que hayan preservado esas cualidades. No son literalmente semejantes a niñ@s, por supuesto; eso las volvería detestables o dignas de lástima. Más bien, es el espíritu infantil lo que conservan. No creas que esta puerilidad es algo que escapa a su control. L@s seductor@s naturales advierten pronto el valor de preservar una cualidad particular, y el poder de seducción que esta contiene; adaptan y refuerzan los rasgos infantiles que lograron mantener, justo como el@ niñ@ aprende a jugar con su natural encanto. Esta es la clave. Tú puedes hacer lo mismo, porque dentro de tod@s nosotr@s acecha un@ niñ@ travies@ que pugna por liberarse. Para hacer esto en forma satisfactoria, tienes que poder soltarte en cierto grado, pues no hay nada menos natural que parecer indecis@. Recuerda el espíritu que alguna vez tuviste; permítele volver, sin inhibiciones. La gente es mucho más benigna con quienes llegan al extremo, con quienes parecen incontrolablemente ridícul@s, que con el desganado adulto con cierta vena infantil. Recuerda cómo eras antes de ser tan cortés y retraída. Para asumir el papel dela cándida, ubícate mentalmente en toda relación como el@ niñ@, el@ menor.

Los siguientes son los tipos principales del@ cándid@ adult@. Ten en mente que l@s grandes seductor@s naturales suelen ser una combinación de más de una de estas cualidades.

Cuando Hermes nació en el monte Silene, su madre Maya lo dejó envuelto en pañales en un bieldo, pero desarrollándose con una rapidez asombrosa se convirtió en un muchacho, y tan pronto como Maya volvió la espalda se escapó y fue en busca de aventuras. Llegó a Pieria, donde Apolo guardaba un hermoso rebaño de vacas, y decidió robarlas. Pero temiendo que lo descubrieran sus huellas, confeccionó rápidamente herraduras con la corteza de un roble caído y las ató con hierbas trenzadas a las pezuñas de las vacas, a las que luego condujo de noche por el camino. Apolo descubrió la pérdida, pero la treta de Hermes le engañó, y aunque fue hasta Pilos en su búsqueda hacia el oeste, y hasta Onquesto hacia el este, al final se vio obligado a ofrecer una

recompensa por la captura del ladrón. Sileno y sus sátiros, ansiosos por obtener la recompensa, se diseminaron en diferentes direcciones para descubrirlo, durante largo tiempo sin conseguirlo. Finalmente, un grupo de ellos pasó por Arcadia y oyó el sonido sordo de una música como la que nunca habían oído hasta entonces, y la ninfa Cilene, desde la entrada de una cueva, les dijo que un niño de extraordinario talento había nacido recientemente y que ella le hacía de niñera. El niño había construido un ingenioso instrumento musical con la concha de una tortuga y algunas tripas de vaca, y con ese instrumento había arrullado a su madre para que se durmiera. • «¿Y quién le dio las tripas de vaca?», preguntaron los vigilantes sátiros al ver dos cueros extendidos fuera de la cueva. «¿Acusáis de robo al pobre niño?», preguntó a su vez Cilene, y cambiaron palabras duras. • En aquel momento se presentó Apolo, quien había descubierto la identidad del ladrón observando el comportamiento sospechoso de un ave de largas alas. Entró en la cueva, despertó a Maya y le dijo severamente que Hermes debía devolver las vacas robadas. Maya señaló al niño, todavía envuelto en sus pañales y que fingía dormir. «¡Qué acusación absurda!», exclamó. Pero Apolo había reconocido los cueros.

Tomó a Hermes, lo llevó al Olimpo y allí le acusó formalmente del robo, mostrando los cueros como prueba. Zeus, poco dispuesto a creer que su hijo recién nacido era ladrón, le instó a que se declarase inocente, pero Apolo no estaba dispuesto a ceder y al final Hermes flaqueó y confesó. • «Muy bien, ven conmigo», dijo, «v tendrás tu rebaño. He matado solo dos v las he dividido en doce partes iguales como sacrificio a los doce dioses.» • «¿Doce dioses?», preguntó Apolo. «¿Y quién es el duodécimo?» • «Tu servidor, señor», contestó Hermes modestamente. «No comí más que mi parte, aunque tenía mucha hambre, y lo demás lo quemé debidamente.» • Los dos dioses [Hermes y Apolo] volvieron al monte Cilene, donde Hermes saludó a su madre y recuperó algo que había dejado oculto bajo una piel de oveja. • «¿Qué tienes ahí?», le preguntó Apolo. • En respuesta, Hermes le mostró la lira de concha de tortuga recién inventada por él, y utilizando el plectro, que también había inventado, tocó con ella una tonada tan arrebatadora, al mismo tiempo que cantaba en elogio de la nobleza, la inteligencia y la generosidad de Apolo, que este le perdonó inmediatamente. Condujo al sorprendido y complacido Apolo a Pilos, tocando durante todo el camino, y allí le entregó lo que quedaba del ganado, que había ocultado en una caverna. •

«¡Hagamos un trato!», exclamó Apolo. «Tú te quedas con las vacas y yo con la lira.» • «De acuerdo», contestó Hermes, y se estrecharon las manos. • [...] Apolo llevó al niño nuevamente al Olimpo y le refirió a Zeus todo lo que había sucedido. Zeus advirtió a Hermes que en adelante debía respetar los derechos de propiedad y abstenerse de decir mentiras completas, pero no pudo por menos de sentirse divertido. «Pareces un diosecillo muy ingenioso, elocuente y persuasivo», le dijo. • «Entonces, hazme tu heraldo, Padre», contestó Hermes, «y yo me haré responsable de la seguridad de toda la propiedad divina y nunca diré mentiras, aunque no puedo prometer que diré siempre toda la verdad.» • «No te exigiría tanto», dijo Zeus, sonriendo. [...] Zeus le dio un báculo de heraldo con cintas blancas que todos debían respetar, un sombrero redondo para que se resguardara de la lluvia y sandalias de oro aladas que lo llevaban de un lado a otro con la rapidez del viento.

### ROBERT GRAVES, LOS MITOS GRIEGOS, VOLUMEN I

El@ inocente. Las cualidades primarias de la inocencia son la debilidad y el desconocimiento del mundo. La inocencia es débil porque está condenada a desaparecer en un mundo áspero y cruel; el@ niñ@ no puede proteger su inocencia ni aferrarse a ella. El desconocimiento es producto del hecho de que el@ niñ@ ignora el bien y el mal, y lo ve todo con ojos puros. La debilidad de l@s niñ@s mueve a compasión, su desconocimiento del mundo nos hace reír, y no hay nada más seductor que la mezcla de risa y compasión.

El@ cándid@ adult@ no es realmente inocente: resulta imposible crecer en este mundo y conservar una total inocencia. Pero l@s cándid@s anhelan tanto asirse a su perspectiva inocente que logran mantener la ilusión de inocencia. Exageran su debilidad para incitar la adecuada compasión. Actúan como si aún vieran el mundo con ojos inocentes, lo que en un adulto es doblemente gracioso. Gran parte de esto es consciente, pero para ser eficaces l@s cándid@s adult@s deben dar la impresión de que es sencillo y sutil; si se descubre que quieren parecer inocentes, todo resultará patético. Así, es mejor que transmitan debilidad de manera indirecta, por medio de gestos y miradas, o de las situaciones en que se colocan. Dado que este tipo de inocencia es ante todo una representación, puedes adaptarla fácilmente a tus propósitos. Aprende a magnificar tus debilidades o defectos naturales.

El@ niñ@ travies@. L@s niñ@s inquiet@s poseen una osadía que los adultos hemos perdido. Esto se debe a que no ven las consecuencias de sus actos: que algunas personas podrían ofenderse, y que por esto ell@s podrían resultar físicamente lastimad@s. L@s niñ@s travies@s son descarada, dichosamente

indiferentes. Su alegría es contagiosa. La obligación de ser corteses y atent@s no les ha arrebatado aún su energía y espíritu naturales. L@s envidiamos en secreto; también quisiéramos ser pícar@s.

L@s pícar@s adult@s son seductor@s por ser tan diferentes del resto de nosotr@s. Bocanadas de aire fresco en un mundo precavido, se desenfrenan como si sus travesuras fueran incontrolables, y por tanto naturales. Si tú adoptas este papel, no te preocupes si ofendes a la gente de vez en cuando; eres demasiado adorable, e inevitablemente se te perdonará. Así que no te disculpes ni te muestres arrepentid@, pues esto rompería el encanto. Digas o hagas lo que sea, mantén un destello en tu mirada, para indicar que no tomas nada en serio.

El@ niñ@ prodigio. Un@ niñ@ prodigio tiene un talento especial inexplicable: un don para la música, las matemáticas, el ajedrez o el deporte. Cuando operan en el terreno en que poseen tan excepcional habilidad, est@s niñ@s parecen poseíd@s, y sus actos muy simples. Si son artistas o músic@s, tipo Mozart, su desempeño parece brotar de un impulso innato, y requerir así muy poca premeditación. Si lo que poseen es un talento físico, están dotad@s de singular energía, destreza y espontaneidad. En ambos casos, parecen demasiado talentos@s para su edad. Esto nos fascina.

L@s adult@s prodigio fueron por lo común niñ@s prodigio, pero lograron retener notablemente su vigorosa impulsividad y habilidades infantiles de improvisación. La espontaneidad auténtica es una rareza deliciosa, porque todo en la vida conspira para despojarnos de ella; estamos obligados a aprender a actuar prudente y pausadamente, a pensar cómo nos verán los demás. Para actuar como un@ adult@ prodigio debes poseer una habilidad que parezca fácil y natural, junto con la capacidad de improvisar. Si lo cierto es que tu habilidad requiere práctica, oculta esto, y aprende a conseguir que tu desempeño parezca sencillo. Cuanto más escondas el esfuerzo con que actúas, más natural y seductora parecerá tu actuación.

El@ amante accesible. Cuando la gente madura, se protege contra experiencias dolorosas encerrándose en sí misma. El precio de esto es la rigidez, física y mental. Pero l@s niñ@s están por naturaleza desprotegid@s y dispuest@s a experimentar, y esta receptividad es muy atractiva. En presencia de niñ@s nos volvemos menos rígid@s, contagiad@s por su apertura. Por eso nos gusta estar con ell@s.

L@s amantes accesibles han sorteado de alguna manera el proceso de autoprotección, y conservado el juguetón espíritu receptivo de l@s niñ@s. Con frecuencia manifiestan este espíritu físicamente: son gráciles, y parecen avanzar en edad menos rápido que otras personas. De todas las cualidades de la personalidad de el@ cándid@, esta es la más ventajosa. La reserva es mortal en la seducción; ponte a la de fensiva y la otra persona se pondrá igual. El@ amante accesible, por el contrario, reduce las inhibiciones de su objetivo, parte crítica de la seducción. Es importante aprender a no reaccionar a la defensiva: cede en vez de resistirte; muéstrate abiert@ a la influencia de los demás, y caerán más fácilmente bajo tu

hechizo.

### EJEMPLOS DE SEDUCTOR@S NATURALES

1. Durante su niñez en Inglaterra, Charlie Chaplin pasó años de extrema pobreza, en particular luego de que su madre fue internada en un manicomio. En su adolescencia, obligado a trabajar para vivir, consiguió empleo en el teatro de variedades, y con el tiempo obtuvo cierto éxito como comediante. Pero era muy ambicioso, así que en 1910, cuando apenas tenía diecinueve años, emigró a Estados Unidos, con la esperanza de irrumpir en la industria cinematográfica. Mientras se abría paso en Hollywood, halló papeles secundarios ocasionales, pero el éxito parecía escurridizo: la competencia era feroz, y aunque Chaplin tenía el repertorio de gags que había aprendido en el vodevil, no destacaba en particular en el humor físico, parte crucial de la comedia muda. No era un gimnasta como Buster Keaton.

En 1914, Chaplin consiguió el papel principal de un cortometraje titulado *Making a Living* (Para ganarse la vida). Su personaje era un estafador. Al experimentar con el vestuario para ese papel, se puso unos pantalones varias tallas mayor que la suya, a los que añadió un bombín, botas enormes puestas en el pie incorrecto, un bastón y un bigote engomado. Con estas prendas pareció cobrar vida un personaje totalmente nuevo: primero el ridículo andar, luego el giro del bastón, después todo tipo de gags. A Mack Sennett, el director del estudio, *Making a Living* no le pareció muy divertida, y dudó de que Chaplin tuviera futuro en el cine, pero algunos críticos opinaron otra cosa. En una reseña en una revista especializada se decía: «El hábil intérprete que en esta película hace el papel de un fresco y muy ingenioso estafador es un comediante de primera, un actor nato». Y también el público respondió: el filme tuvo éxito en taquilla.

Lo que parece haber tocado una fibra especial en *Making a Living*, separando a Chaplin de la gran cantidad de comediantes que trabajaban en el cine mudo, fue la casí conmovedora ingenuidad de su personaje. Intuyendo que había algo ahí, en películas posteriores Chaplin desarrolló ese papel, volviéndolo cada vez más candoroso. La clave era que el personaje pareciera ver el mundo con los ojos de un niño. En *The Bank* (El banco), Chaplin es el portero de un banco que sueña en grandes hazañas mientras los ladrones hacen lo suyo en el establecimiento; en *The Pawnbroker* (El prestamista), un improvisado dependiente que causa destrozos en un reloj de caja; en *Shoulder Arms* (Armas al hombro), un soldado en las ensangrentadas trincheras de la primera guerra mundial, el cual reacciona a los

horrores de la guerra como un niño inocente. Chaplin se cercioraba de incluir en sus películas a actores más altos que él, para situarlos subliminalmente como adultos abusivos y a él mismo como el niño indefenso. Y conforme se adentraba en su papel, sucedió algo extraño: personaje y hombre real comenzaron a fundirse. Aunque Chaplin había tenido una infancia difícil, estaba obsesionado con ella. (Para su película *Easy Street* [Buen camino] construyó en Hollywood un foro idéntico a las calles de Londres que conoció de chico). Desconfiaba del mundo de los adultos, y prefería la compañía de los jóvenes, o de jóvenes de corazón: tres de sus cuatro esposas eran adolescentes cuando se casaron con él.

Un hombre puede conocer a una mujer y horrorizarse de su fealdad. Pronto, si ella es candorosa y sencilla, su expresión hará que él pase por alto el defecto de sus facciones. Empezará a encontrarla encantadora, se le meterá en la cabeza que ella podría ser amada, y una semana más tarde vivirá de la esperanza. A la semana siguiente caerá en la desesperación, y una semana después se habrá vuelto loco.

STENDHAL, DEL AMOR

Más que ningún otro comediante, Chaplin provocaba una mezcla de risa y tristeza. Hacía que uno se identificara con él como la víctima, que sintiera lástima por él como por un perro callejero. Se reía y se lloraba. Y el público sentía que el papel que Chaplin ejecutaba venía de muy dentro: que era sincero, que en realidad se interpretaba a sí mismo. Años después de *Making a Living*, él era el actor más famoso del mundo. Había muñecos, historietas y juguetes con su figura; sobre él se escribían canciones y relatos; Chaplin se convirtió en un icono universal. En 1921, cuando regresó por primera vez a Londres después de su partida, lo recibieron grandes multitudes, como en el triunfal retorno de un gran general.

L@s mayores seductor@s, aquell@s que seducen al gran público, naciones, al mundo, tienden a explotar el inconsciente colectivo, así que hacen reaccionar a la gente en una forma que esta no puede entender ni controlar. Chaplin dio inadvertidamente con este poder cuando descubrió el efecto que podía ejercer en el público al exagerar su debilidad, sugiriendo con ello que tenía una mente de niño en un cuerpo de adulto. A principios del siglo xx, el mundo cambiaba radical y rápidamente. La gente trabajaba cada vez más tiempo en empleos crecientemente mecanizados; la vida era cada vez más inhumana y cruel, como lo evidenciaron los estragos de la primera guerra mundial. Atrapadas en medio del cambio revolucionario, las personas añoraban una infancia perdida que imaginaban como un

El escapismo «geográfico» se ha vuelto ineficaz a causa de la difusión de las rutas aéreas. Lo que persiste es el escapismo «evolutivo», un curso descendente en el desarrollo propio, hasta las ideas y emociones de la «infancia dorada», el cual puede definirse apropiadamente como «regresión al infantilismo», escape a un mundo personal de ideas pueriles. • En una sociedad estrictamente regulada, en la que la vida sigue cánones estrictamente definidos, el impulso de escapar de la cadena de cosas «establecidas una vez y para siempre» debe ser particularmente intenso. [...] • Y el más perfecto de [los comediantes] hace esto con suma perfección, porque [Chaplin] cumple este principio [...] con la sutileza de su método, el cual, ofreciendo al espectador un patrón infantil por imitar, lo contagia psicológicamente de infantilismo y lo atrae a la «edad de oro» del paraíso infantil de la niñez.

SERGUEI EISENSTEIN, «CHARLIE THE KID», DE NOTAS DE UN DIRECTOR DE CINE

Un niño adulto como Chaplin posee inmenso poder de seducción, porque brinda la ilusión de que la vida fue alguna vez más simple y sencilla, y de que por un momento, o mientras dura el filme, es posible recuperarla. En un mundo cruel y amoral, la ingenuidad tiene enorme atractivo. La clave es sacarla a relucir con un aire de total seriedad, como lo hace el hombre maduro en la comedia formal. Pero es más importante aún despertar compasión. La fuerza y el poder explícitos rara vez son seductores; nos vuelven aprensivos o envidiosos. El camino real a la seducción consiste en acentuar la propia indefensión y vulnerabilidad. No hagas esto en forma obvia; si parece que suplicas compasión, semejarás estar necesitad@, lo cual es completamente antiseductor. No te proclames desvalida o víctima; revélalo en tu actitud, en tu perplejidad. Una muestra de debilidad «natural» te volverá adorable al instante, con lo que reducirás las defensas de la gente y la harás sentir al mismo tiempo deleitosamente superior a ti. Ponte en situaciones que te hagan parecer débil, en las que otra persona tenga la ventaja; ella es la abusiva, tú el cordero inocente. Sin el menor esfuerzo de tu parte, la gente sentirá compasión por ti. Una vez que sus ojos se nublen con una bruma sentimental, no verá cómo la manipulas.

2. Emma Crouch, nacida en 1842 en Plymouth, Inglaterra, procedía de una respetable familia de clase media. Su padre era compositor y profesor de música, y soñaba con el éxito en el ámbito de la ópera ligera. Entre sus numerosos hijos, Emma

era su preferida: era una niña encantadora, vivaz y coqueta, pelirroja y pecosa. Su padre la idolatraba, y le auguraba un brillante futuro en el teatro. Desafortunadamente, Mister Crouch tenía un lado oscuro: era aventurero, jugador y libertino, y en 1849 abandonó a su familia y partió a Estados Unidos. Los Crouch sufrieron entonces grandes apuros. A Emma le dijeron que su padre había muerto en un accidente, y se le envió a un convento. La pérdida de su padre la afectó profundamente, y conforme pasaba el tiempo ella parecía perderse en el pasado, actuando como si él la idolatrara aún.

El príncipe Gortschakoff solía decir que [Cora Pearl] era la última palabra en lujo, y que él habría robado el sol para satisfacer uno solo de sus caprichos.

GUSTAVE CLAUDIN, CONTEMPORÁNEO DE CORA PEARL

Un día de 1856, mientras Emma volvía a casa de la iglesia, un elegante caballero la invitó a su residencia a comer pastelillos. Ella lo siguió a su morada, donde él procedió a abusar de ella. A la mañana siguiente, este hombre, comerciante de diamantes, le prometió ponerle casa, tratarla bien y darle mucho dinero. Ella tomó el dinero pero dejó al comerciante, resuelta a hacer lo que siempre había querido: no volver a ver jamás a su familia, nunca depender de nadie y darse la gran vida que su padre le había prometido.

Con el dinero que el comerciante de diamantes le dio, Emma compró ropa vistosa y alquiló un departamento barato. Tras adoptar el extravagante nombre de Cora Pearl, empezó a frecuentar los Argyll Rooms de Londres, un antro de lujo donde prostitutas y caballeros se codeaban. El dueño del Argyll, un tal Mister Bignell, tomó nota de la recién llegada: era demasiado desenvuelta para ser tan joven. A los cuarenta y cinco, él era mucho mayor que ella, pero decidió ser su amante y protector, prodigándole dinero y atenciones. Al año siguiente la llevó a París, en el apogeo de la prosperidad del segundo imperio. A Cora le encantó la ciudad, y todos sus sitios de interés, pero lo que más le impresionó fue el desfile de suntuosos coches en el Bois de Boulogne. Ahí iba la gente bonita a tomar el fresco: la emperatriz, las princesas y, no menos importante, las grandes cortesanas, quienes tenían los carruajes más opulentos. Ese era el modo de vida que el padre de Cora había deseado para ella. De inmediato le dijo a Bignell que, cuando él regresara a Londres, ella se quedaría ahí, sola.

Frecuentando los lugares indicados, Cora llamó pronto la atención de acaudalados caballeros franceses. Ellos la veían recorrer las calles enfundada en un vestido rosa subido, que complementaba su llameante cabellera roja, su pálido rostro y sus pecas. La atisbaban montando alocadamente por el Bois de Boulogne,

haciendo restallar su fusta a diestra y siniestra. La veían en cafés rodeada de hombres, a quienes sus ocurrentes injurias hacían reír. También se enteraban de sus proezas: de su gusto por mostrar su cuerpo a todos. La elite de la sociedad parisina empezó a cortejarla, en particular los señores, que ya se habían cansado de las cortesanas frías y calculadoras y admiraban su espíritu de niña. Cuando empezó a fluir el dinero de sus diversas conquistas (el duque de Mornay, heredero del trono holandés; el príncipe Napoleón, primo del emperador), Cora lo gastaba en las cosas más estrafalarias: un carruaje multicolor jalado por un tiro de caballos color crema, una bañera de mármol rosa con sus iniciales incrustadas en oro. Los caballeros competían por consentirla. Un amante irlandés gastó en ella toda su fortuna, en solo ocho semanas. Pero el dinero no podía comprar la fidelidad de Cora; ella dejaba a un hombre al menor capricho.

Aparentemente, la posesión de humor implica la posesión de varios sistemas básicos de hábitos. El primero es de carácter emocional: hábito de la diversión. ¿Por qué enorgullecerse de ser una persona divertida? Por un doble motivo. Primero, la diversión connota infancia y juventud. Si alguien es capaz de divertirse, aún posee parte del vigor y alegría de sus años mozos. [...] • Pero hay una implicación aún más profunda. Ser divertido es, en cierto sentido, ser libre. Cuando una persona es divertida, desdeña momentáneamente las restrictivas necesidades que la compelen, en los negocios y la moral, en la vida doméstica y comunitaria. [...] • Lo que nos irrita es que las necesidades restrictivas no nos permiten moldear nuestro mundo como queremos. [...] Lo que más deseamos, no obstante, es crear nuestro mundo para nosotros mismos. Cada vez que podemos hacerlo, aun en ínfimo grado, somos felices. En la diversión, creamos nuestro propio mundo. [...]

PROFESOR H. A. OVERSTREET, LA INFLUENCIA EN LA CONDUCTA HUMANA

El desenfreno de Cora Pearl y su desdén por la etiqueta tenían a París con el alma en un hilo. En 1864, ella aparecería como Cupido en la opereta de Offenbach *Orfeo en los infiernos*. La sociedad se moría por ver lo que haría para causar sensación, y lo descubrió pronto: Cora se presentó prácticamente desnuda, salvo por costosos diamantes aquí y allá que apenas la cubrían. Mientras se pavoneaba en el escenario, los diamantes caían, cada cual con valor de una fortuna; ella no se agachaba a recogerlos, sino que los dejaba rodar hasta las candilejas. Los caballeros

en el público, algunos de los cuales le habían obsequiado esos diamantes, aplaudían a rabiar. Travesuras como esta hicieron de Cora la gloria de París, y ella reinó como la suprema cortesana de esa ciudad durante más de una década, hasta que la guerra franco-prusiana de 1870 puso fin al segundo imperio.

La gente suele equivocarse al creer que lo que vuelve deseable y seductora a una persona es su belleza física, elegancia o franca sexualidad. Pero Cora Pearl no era excepcionalmente bella; tenía cuerpo de muchacho, y su estilo era chabacano y carente de gusto. Aun así, los hombres más garbosos de Europa se disputaban sus favores, cayendo a menudo en la ruina por ello. Lo que los cautivaba era el espíritu y actitud de Cora. Mimada por su padre, ella creía que consentirla era algo natural, que todos los hombres debían hacer lo mismo. La consecuencia fue que, como una niña, nunca sintió que tuviera que complacer. Su intenso aire de independencia era lo que hacía que los hombres quisieran poseerla, domarla. Ella nunca pretendió ser más que una cortesana, así que el descaro que en una dama habría sido indecente, en ella parecía natural y divertido. Y como en el caso de una niña consentida, ella ponía las condiciones en su relación con un hombre. En cuanto él intentaba alterar eso, ella perdía interés. Este fue el secreto de su pasmoso éxito.

Cuando todos hubieron callado, Genji intentó abrir la puerta. No habían puesto el pestillo, de modo que pudo correrla y avanzó en las tinieblas hasta hallarse en una especie de antecámara dividida por una gran mampara. A pesar de la paupérrima iluminación, pudo ver unos baúles chinos llenos de ropa desordenada. Siguió avanzando a tientas hasta llegar al lado de la dama, una figurita delicada que yacía de lado procurando dormir. La dama lo confundió con su criada Chujo y se incorporó de mal humor. • [...] [Genji] se expresó de un modo tan gentil y cortés que ni los diablos se hubiesen enfadado con él. • [...] Era tan pequeña que la levantó de la cama sin dificultad y se la llevó a su apartamento. Por el camino tropezó con Chujo y se le escapó un grito. También la pobre Chujo se sorprendió y trató de ver qué estaba ocurriendo en las tinieblas que la envolvían. El perfume inconfundible del vestido del príncipe proclamaba con quién había topado. [...] [Chujo] prefirió no dar pie a un escándalo y se limitó a seguirle. • «Vuelve a buscarla mañana por la mañana», le dijo Genji, y le cerró la puerta en las narices. • El cuerpo de la «gobernadora» estaba húmedo de sudor. Temblaba al imaginar qué pensarían Chujo y las demás sirvientas si llegaban a enterarse de su secuestro. Pero Genji era un maestro consumado a la hora de improvisar respuestas a toda clase de preguntas, y contestó a los

# reproches e insultos de la mujer con la mayor ternura. MURASAKI SHIKIBU, *LA HISTORIA DE GENJI*

L@s niñ@s mimad@s tienen una inmerecida mala fama: aunque l@s consentid@s con cosas materiales suelen ser en verdad insufribles, l@s consentid@s con afecto saben ser muy seductor@s. Esto se convierte en una definitiva ventaja cuando crecen. De acuerdo con Freud (quien sabía de qué hablaba, pues fue el niño mimado de su madre), l@s niñ@s consentid@s poseen una seguridad en sí mism@s que les dura toda la vida. Esta cualidad resplandece, atrae a los demás y, en un proceso circular, hace que la gente consienta más todavía a es@s niñ@s. Puesto que el espíritu y energía natural de ést@s nunca fueron avasallados por la disciplina de sus padres, de adult@s son atrevid@s e intrépid@s, y con frecuencia travies@s o desenvuelt@s.

La lección es simple: quizá ya sea demasiado tarde para que tus padres te mimen, pero nunca lo será para que los demás lo hagan. Todo depende de tu actitud. A la gente le atraen quienes esperan mucho de la vida, mientras que tiende a no respetar a l@s temeros@s y conformistas. La feroz independencia tiene en nosotr@s un efecto provocador; nos atrae, pero también nos pone un reto: queremos ser quien la dome, hacer que la persona llena de vida dependa de nosotr@s. La mitad de la seducción consiste en incitar estos deseos contrapuestos.

3. En octubre de 1925, en la sociedad de París reinaba gran agitación por la puesta en marcha de la Revue Nègre. El jazz, y en realidad todo lo que procediera del Estados Unidos negro, era la última moda, y los bailarines y artistas de Broadway que integraban la Revue Nègre eran afroestadunidenses. La noche del estreno, artistas y miembros de la alta sociedad llenaron la sala. La función fue espectacular, como se esperaba, pero nada había preparado al público para el último número, a cargo de una mujer un tanto desgarbada de largas piernas y rostro hermosísimo: Josephine Baker, corista de veinte años de East St. Louis. Ella salió al escenario con los pechos al aire, cubierta con una falda de plumas sobre un bikini de satén y plumas en el cuello y los tobillos. Aunque ejecutó su número, titulado Danse Sauvage, junto con otro bailarín, también ataviado con plumas, todos los ojos se clavaron en ella: su cuerpo parecía animado de un modo que el público no había visto jamás, y ella movía las piernas con agilidad de gato y giraba el trasero en figuras que un crítico comparó con las del colibrí. Conforme la danza continuaba, ella parecía poseída, lo que colmó la extasiada reacción de la gente. Estaba además su semblante: ella se divertía de tal manera. Irradiaba una alegría que hacía que su erotismo al bailar pareciera extrañamente inocente, y aun un tanto divertido.

Al día siguiente, se había corrido la voz: había nacido una estrella. Josephine se convirtió en el corazón de la Revue Nègre, y París estaba a su pies. Menos de un año más tarde, su rostro aparecía en carteles por todas partes; había perfumes, muñecas y

ropa de Josephine Baker; las francesas elegantes se alisaban el cabello *à la Baker*, usando un producto llamado Bakerfix. Incluso intentaban oscurecer su piel.

Tan repentina fama representó todo un cambio, porque tan solo unos años atrás Josephine era una niña de East St. Louis, una de las peores barriadas de Estados Unidos. Había empezado a trabajar cuando tenía ocho años, aseando casas para una mujer blanca que la golpeaba. A veces dormía en un sótano infestado de ratas; nunca había calefacción en invierno. (Aprendió a bailar sola, a su salvaje manera, para no sentir frío). En 1919 huyó y entró a trabajar como artista de variedades de medio tiempo, y llegó a Nueva York dos años después, sin dinero ni conocidos. Tuvo cierto éxito como corista de comedia, brindando entretenimiento cómico con sus ojos bizcos y cara retorcida, pero no destacó. Se le invitó entonces a París. Otros artistas negros habían declinado, temiendo correr en Francia peor suerte que en Estados Unidos, pero Josephine no dejó pasar la oportunidad.

Pese a su éxito con la Revue Nègre, Josephine no se hizo ilusiones: los parisinos eran notoriamente veleidosos. Decidió invertir la relación. Primero, se negó a alinearse con cualquier club nocturno, y se hizo fama de incumplir contratos a voluntad, para dejar en claro que estaba dispuesta a renunciar en cualquier momento. Desde su niñez había temido depender de alguien; ahora, nadie podría tenerla asegurada. Esto hizo que los empresarios la persiguieran y el público la apreciara más. Segundo, sabía que aunque la cultura negra estaba de moda, los franceses se habían enamorado de una suerte de caricatura. Si eso era lo que... que se necesitaba para tener éxito, de acuerdo; pero Josephine dejó ver que ella no tomaba en serio esa caricatura; así, la volteó, convirtiéndose en la francesa más a la moda, una caricatura no de la raza negra, sino de la blanca. Todo era un papel por representar: la comediante, la bailarina primitiva, la parisina ultraelegante. Y Josephine lo hacía todo con un espíritu tan alegre, con tal falta de pretensiones, que siguió seduciendo a los hastiados franceses durante años. Su sepelio, en 1975, se televisó a escala nacional, todo un acontecimiento cultural. Se le sepultó con una suntuosidad normalmente reservada a los jefes de Estado.

Desde muy temprana edad, Josephine Baker no soportó la sensación de no tener ningún control sobre el mundo. ¿Pero qué podía hacer frente a sus poco prometedoras circunstancias? Algunas jóvenes ponen todas sus esperanzas en un esposo, pero el padre de Josephine había abandonado a su madre poco después de que ella nació, y Josephine veía el matrimonio como algo que solo la haría más desdichada. Su solución fue algo que l@s niñ@s suelen hacer: de cara a un medio sin esperanzas, se encerró en su propio mundo, para olvidarse del horror que la rodeaba. Este mundo fue llenado con baile, comicidad, sueños de grandes cosas. Que otros se lamentaran y quejaran; Josephine sonreiría, se mantendría segura e independiente. Casi todos los que la conocieron, desde sus primeros años hasta el final, comentaron lo seductora que era esta cualidad. La negativa de Josephine a transigir, o a satisfacer las expectativas de los demás, hizo que todo lo que ella

llevaba a cabo pareciera natural y auténtico.

A un@ niñ@ le encanta jugar, y crear un pequeño mundo autónomo. Cuando l@s niñ@s se abstraen en sus fantasías, son encantador@s. Infunden en su imaginación enorme sentimiento y seriedad. L@s cándid@s adult@s hacen algo parecido, en particular si son artistas: crean su propio mundo fantástico, y viven en él como si fuera el verdadero. La fantasía es mucho más grata que la realidad, y como la mayoría de la gente no tiene fuerza o valor para crear un mundo así, goza al estar con quienes lo hacen. Recuerda: no tienes por qué aceptar el papel que se te ha asignado en la vida. Siempre puedes vivir un papel de tu propia creación, un papel que encaje en tu fantasía. Aprende a jugar con tu imagen, nunca la tomes demasiado en serio. La clave es imbuir tu juego con la convicción y sentimiento de un@ niñ@, haciéndolo parecer natural. Entre más embebid@ parezcas en tu jubiloso mundo, más seductor@ serás. No te quedes a medio camino: haz que la fantasía que habitas sea lo más radical y exótica posible, y atraerás la atención como un imán.

**4.** Era el Festival de los Cerezos en Flor en la corte Heian, en el Japón de fines del siglo x. En el palacio del emperador, muchos cortesanos estaban ebrios, y otros dormían, mas la joven princesa Oborozukiyo, cuñada del emperador, estaba despierta y recitaba un poema: «¿Qué se puede comparar con la luna brumosa de primavera?». Su voz era suave y delicada. Se acercó a la puerta de su apartamento para mirar la luna. De repente percibió un dulce olor, y una mano prendió la manga de su manto. «¿Quién eres?», preguntó, atemorizada. «No hay nada que temer», respondió una voz de hombre, que continuó con un poema propio: «Nos gusta de noche una luna vaga. No es impreciso el lazo que nos ata». Sin añadir palabra, el hombre tiró de la princesa, la alzó en brazos y la llevó a una galería fuera de su habitación, cerrando silenciosamente la puerta tras de sí. Ella estaba aterrada e intentó pedir ayuda. En la oscuridad lo oyó decir, esta vez un poco más fuerte: «De nada te servirá. Siempre me salgo con la mía. Calla, por favor».

La princesa reconoció entonces la voz, y el aroma: era Genji, el joven hijo de la difunta concubina del emperador, cuyas prendas despedían siempre un perfume distintivo. Esto la tranquilizó un poco, pues conocía a aquel hombre, pero también su fama: Genji era el seductor más incorregible de la corte, un hombre que no se detenía ante nada. Estaba ebrio, de un momento a otro amanecería, y los guardias harían pronto sus rondas; ella no quería que la descubrieran con él. Pero entonces distinguió el perfil de su rostro, tan bello, una mirada tan sincera, sin traza de malicia. Llegaron luego más poemas, recitados con esa voz encantadora, y de palabras tan insinuantes. Las imágenes que él evocaba llenaron su mente, y la distrajeron de esas manos. No pudo resistírsele.

Al clarear el día, Genji se puso de pie. Dijo palabras tiernas, intercambiaron caricias, y se marchó corriendo. Para ese momento, las mujeres del servicio ya llegaban a las habitaciones del emperador, y cuando vieron que Genji salía disparado, el perfume de sus ropas demorándose tras él, sonrieron, sabedoras de que

eso era propio de sus usuales jugarretas; pero nunca imaginaron que se hubiera atrevido a acercarse a la hermana de la esposa del emperador.

En los días siguientes, Oborozukiyo solo pensaba en Genji. Sabía que tenía otras enamoradas; pero cuando trataba de sacarlo de su mente, llegaba una carta suya, y ella recomenzaba. En realidad fue ella quien inició la correspondencia, agobiada por su visita a medianoche. Tenía que verlo de nuevo. Pese al riesgo de que se le descubriera, y al hecho de que su hermana Kokiden, la esposa del emperador, odiara a Genji, la princesa concertó nuevas citas en sus aposentos. Pero una noche, un envidioso cortesano los halló juntos. La noticia llegó a oídos de Kokiden, quien naturalmente se puso furiosa. Ella exigió que Genji fuera desterrado de la corte, y el emperador no tuvo otro remedio que acceder.

Genji se marchó lejos, y las cosas se apaciguaron. Luego el emperador murió, y su hijo ocupó su puesto. Una especie de vacío se posó sobre la corte: las docenas de mujeres que Genji había seducido no soportaban su ausencia, y lo saturaron de cartas. Aun mujeres que no lo habían conocido íntimamente lloraban por cada reliquia que había dejado: una túnica, por ejemplo, en la que perduraba su aroma. Y el joven emperador echaba de menos su alegre presencia. Y las princesas extrañaban la música que tocaba en el koto. Y Oborozukiyo suspiraba por sus visitas a medianoche. Al fin, incluso Kokiden se rindió, comprendiendo que no podía oponerse a él. Así, Genji fue llamado de regreso a la corte. Y no solo se le perdonó; también se le brindó una bienvenida de héroe. El propio joven emperador recibió al sinvergüenza con lágrimas en los ojos.

La vida de Genji se cuenta en la novela del siglo XI La historia de Genji, escrita por Murasaki Shikibu, mujer de la corte Heian. Es muy probable que este personaje esté basado en un hombre real, Fujiwara no Korechika. De hecho, otro libro de la época, El libro de la almohada, de Sei Shônagon, describe un encuentro entre la autora y Korechika, y revela el increíble encanto de este y su efecto casi hinóptico en las mujeres. Genji es un cándido, un amante accesible, un hombre obsesionado por las mujeres pero cuyo aprecio y afecto por ellas lo vuelve irresistible. Como le dice a Oborozukiyo en la novela: «Siempre me salgo con la mía». Esta seguridad en sí mismo es la mitad de su encanto. La resistencia no lo pone a la defensiva: se repliega con dignidad, recitando un pequeño poema; y al marcharse, el perfume de sus prendas a su zaga, su víctima se sorprende de haber tenido miedo, y de lo que se perdió al rechazarlo, y encuentra la manera de hacerle saber que la próxima vez las cosas serán diferentes. Genji no toma nada en serio ni como algo personal; y a los cuarenta años, edad a la que la mayoría de los hombres del siglo XI ya parecían viejos y cansados, él aún parece un muchacho. Sus poderes de seducción no lo abandonan nunca.

Los seres humanos somos muy sugestionables; transmitimos fácilmente nuestro estado de ánimo a quienes nos rodean. De hecho, la seducción depende del mimetismo, de la creación consciente de un estado anímico o sentimiento luego

reproducido por la otra persona. Pero el titubeo y la torpeza también son contagiosos, y mortíferos para la seducción. Si en un momento clave pareces indecis@ o inhibid@, la otra persona sentirá qué piensas de ti, en vez de estar abrumad@ por sus encantos. El hechizo se romperá. Pero igual que un@ amante accesible produce el efecto contrario: tu víctima podría estar indecisa o preocupada; pero frente a alguien tan segur@ y natural, caerá atrapada en este estado de ánimo. Como llevar sin esfuerzo por una pista al bailar, esta es una habilidad que puedes aprender. Todo es cuestión de erradicar el miedo y la torpeza que has acumulado a lo largo de los años, y de seguir un método más elegante, menos defensivo, cuando los demás parecen resistirse. A menudo la resistencia de la gente es una forma de ponerte a prueba; y si exhibes torpeza o vacilación, no solo fallarás la prueba, sino que además correrás el riesgo de contagiar a la otra persona de tus dudas.

Símbolo: El cordero. Suave y cautivador. A los dos días de nacido, retoza con gracia; en una semana ya juega «Lo que hace la mano...». Su debilidad es parte de su encanto. El cordero es inocencia pura; tanto, que queremos poseerlo, y aun devorarlo.

### **PELIGROS**

Un carácter infantil puede ser encantador, pero también irritante; el inocente no tiene experiencia del mundo, y su dulzura puede resultar empalagosa. En la novela de Milan Kundera *El libro de la risa y del olvido*, el protagonista se sueña atrapado en una isla con un grupo de niños. Pronto las maravillosas cualidades de estos se vuelven demasiado molestas para él; tras unos días de contacto, ya no puede relacionarse con ellos en absoluto. El sueño se convierte en pesadilla, y él ansía volver a estar entre los adultos, con cosas reales que hacer y de las cuales hablar. Dado que la total puerilidad puede crispar rápidamente los nervios, l@s cándid@s más seductor@s son l@s que, como Josephine Baker, combinan la experiencia y sensatez adultas con una actitud infantil. Esta mezcla de cualidades es la más tentadora.

La sociedad no podría tolerar demasiad@s cándid@s. Si las Coras Pearl o Charlie Chaplin se contaran por miles, su encanto se agotaría pronto. De todas maneras, usualmente son solo los artistas, o las personas con mucho tiempo libre,

quienes puede darse el lujo de llegar al extremo. La mejor vía para usar el tipo cándido es la de situaciones específicas en las que un toque de inocencia o picardía contribuirá a que tu objetivo deponga sus defensas. Un hombre listo se hace el tonto para que la otra persona confie en él y se sienta superior. Esta naturalidad fingida tiene incontables aplicaciones en la vida diaria, en la que nada es más peligroso que parecer más sagaz que el de junto; la pose del@ cándid@ es la manera perfecta de disfrazar tu perspicacia. Pero si eres incontrolablemente infantil y no puedes impedirlo, corres el riesgo de parecer patétic@, y de obtener no compasión, sino lástima y repugnancia.

De igual modo, los rasgos seductores del@ cándid@ son aptos para alguien aún suficientemente joven para que parezcan naturales. Son mucho menos indicados para una persona mayor. Cora Pearl no parecía tan encantadora cuando aún usaba sus vestidos rosas con olanes a los cincuenta años. El duque de Buckingham, quien sedujo a toda la corte inglesa en la década de 1620 (incluido al homosexual rey Jacobo I), era de apariencia y conducta extraordinariamente infantiles; pero esto resultó detestable y engorroso cuando él maduró, y al final se hizo de tantos enemigos que acabó asesinado. Con la edad, entonces, tus cualidades naturales deben sugerir el espíritu abierto de un@ niñ@ antes que una inocencia que ya no convencerá a nadie.

## La coqueta

La habilidad para re-tardar la satisfacción es el arte con-sumado de la seducción: mientras espera, la víctima está subyugada. Las coquetas son las grandes maestras de este juego, pues orquestan el vaivén entre esperanza y frustración. Azuzan con una promesa de premio —la esperanza de placer físico, felicidad, fama por asociación, poder— que resulta elusiva, pero que solo provoca que sus objetivos las persigan más. Las coquetas semejan ser totalmente autosuficientes: no te necesitan, paredecir, y su narcisismo resulta endemoniadamente atractivo. cen Quieres conquistarlas, pero ellas tienen las cartas. La estrategia de la coqueta es no ofrecer nunca satisfacción total. Imita la vehemencia e indiferencia alternadas de la coqueta y mantendrás al seducido tras de ti.

## LA COQUETA VEHEMENTE Y FRÍA

En el otoño de 1795, París cayó en un extraño vértigo. El reino del terror que siguió a la Revolución francesa había terminado; el ruido de la guillotina se había extinguido. La ciudad exhaló un colectivo suspiro de alivio, y dio paso a celebraciones desenfrenadas e interminables festejos.

Al joven Napoleón Bonaparte, entonces de veintiséis años, no le interesaban tales jolgorios. Se había hecho famoso como general brillante y audaz al ayudar a sofocar la rebelión en las provincias, pero su ambición era ilimitada, y ardía en deseos de nuevas conquistas. Así, cuando en octubre de ese año la infausta viuda Josefina de Beauharnais, de treinta y tres años, visitó sus oficinas, él no pudo menos que confundirse. Josefina era demasiado exótica, y todo en ella lánguido y sensual. (Capitalizaba su raro aspecto: era de la Martinica). Por otra parte, tenía fama de mujer fácil, y el tímido Napoleón creía en el matrimonio. Aun así, cuando Josefina lo invitó a una de sus veladas semanales, él aceptó, para su propia sorpresa.

Hay hombres, en efecto, más proclives a la resistencia que a la rendición y que, sin saberlo, prefieren un cielo variable, ora espléndido, ora negro y atacado por relámpagos, al despejado y azul del amor. No olvidemos que Josefina tenía que vérselas con un conquistador, y que el amor se asemeja a la guerra. Ella no se dio por vencida: se dejó conquistar. Si hubiera sido más tierna, más atenta, más cariñosa, quizá Bonaparte la habría amado menos.

IMBERT DE SAINT-AMAND, CITADO EN *LA EMPERATRIZ JOSEFINA: LA ENCANTADORA DE NAPOLEÓN*, PHILIP W.
SERGEANT

En la velada, Napoleón se sintió completamente fuera de su elemento. Todos los grandes escritores e ingenios de la ciudad estaban ahí, así como los pocos nobles sobrevivientes; la misma Josefina era vizcondesa, y había escapado apenas a la guillotina. Las mujeres estaban deslumbrantes, y algunas de ellas eran más hermosas que la anfitriona; pero los hombres se congregaron alrededor de Josefina, atraídos

por su distinguida presencia y majestuosa actitud. Ella los abandonó varias veces para acudir al lado de Napoleón; nada habría podido halagar más el inseguro ego de este.

Él empezó a visitarla. En ocasiones ella lo ignoraba, y él se marchaba encolerizado. Pero al día siguiente llegaba una apasionada carta de Josefina, y él corría a verla. Pronto pasaba casi todo el tiempo con ella. Las ocasionales demostraciones de tristeza de Josefina, sus arranques de ira o de lágrimas, no hacían más que ahondar el apego de él. En marzo de 1796, Napoleón y Josefina se casaron.

Las coquetas saben complacer, no amar, y por eso los hombres las quieren tanto.

#### PIERRE MARIVAUX

Dos días después de su boda, él partió a dirigir una campaña en el norte de Italia, contra los austriacos. «Eres el objeto constante de mis pensamientos», le escribió a su esposa desde el extranjero. «Mi imaginación se fatiga conjeturando qué haces». Sus generales lo veían distraído: abandonaba pronto las reuniones, pasaba horas escribiendo cartas o contemplaba la miniatura de Josefina que llevaba al cuello. Había llegado a tal estado a causa de la insoportable distancia entre ellos, y de la leve frialdad que ahora detectaba en Josefina: rara vez escribía, y en sus cartas faltaba pasión; no lo había acompañado a Italia, tampoco. Napoleón debía terminar rápido esa guerra, para volver a su lado. Tras combatir al enemigo con celo inusual, empezó a cometer errores. «¡Vivir por Josefina!», le escribió. «Trabajo para estar cerca de ti; me muero por estar a tu lado». Sus cartas se hicieron más apasionadas y eróticas; una amiga de Josefina que las leyó, escribió: «La letra [era] casi indescifrable, la ortografía incierta, el estilo grotesco y confuso. [...] ¡Qué posición para una mujer! Ser la fuerza impulsora de la marcha triunfal de un ejército».

Una ausencia; el rechazo de una invitación a cenar; una rudeza inintencionada, inconsciente, son mucho más útiles que todos los cosméticos y prendas elegantes del mundo.

MARCEL PROUST

Pasaron meses en que Napoleón rogaba a Josefina que fuera a Italia y ella daba excusas interminables. Al fin accedió, y marchó de París a Brescia, donde Napoleón tenía su cuartel. Pero, de camino, un encuentro cercano con el enemigo la obligó a desviarse a Milán. Fuera de Brescia en batalla, al volver Napoleón y descubrir que

ella se ausentaba aún, culpó a su enemigo, el general Würmser, y juró vengarse. En los meses subsecuentes pareció perseguir dos objetivos con igual denuedo: Würmser y Josefina. Su esposa nunca estaba donde se suponía: «Llego a Milán, corro a tu casa, dejando de lado todo para estrecharte en mis brazos, ¡y no estás ahí!». Napoleón se ponía furibundo y celoso; pero cuando al fin daba con Josefina, el menor de sus favores le derretía el corazón. Hacía largos paseos con ella en un carruaje encubierto, mientras sus generales rabiaban; se suspendían reuniones, órdenes y se improvisaban estrategias. «Nunca», le escribió él después, «una mujer había estado en tan completo dominio del corazón de un hombre». No obstante, el tiempo que pasaban juntos era muy breve. Durante una campaña que duró casi un año, Napoleón pasó apenas quince noches con su nueva esposa.

A oídos de Napoleón llegaron más tarde rumores de que Josefina había tenido un amante mientras él estaba en Italia. Sus sentimientos hacia ella se enfriaron, y él mismo tuvo una inagotable serie de amantes. Pero a Josefina jamás le preocupó esta amenaza a su poder sobre su esposo; unas cuantas lágrimas, algunas escenas, un poco de frialdad de su parte, y él seguía siendo su esclavo. En 1804, él la hizo coronar emperatriz; y si ella le hubiese dado un hijo, habría seguido siendo emperatriz hasta el final. Cuando Napoleón estaba en su lecho de muerte, la última palabra que pronunció fue «Josefina».

También hay algo cada noche, para el no iniciado, \ un peligro (no en verdad como el amor o el matrimonio, aunque no por ello despreciable): \ no era ni es mi intención menospreciar \ las muestras de virtud, ni siquiera de las viciosas \ —ya que esto añade una gracia exterior a su porte—, \ sino denunciar la anfibia suerte de la ramera, \ Couleur de rose, ni blanca ni escarlata. \ Tal es la coqueta fría, que no puede decir «no» \ ni dirá «sí» pero te trae de un ala, \ en una playa a sotavento, hasta que empieza a rugir el aire; \ ella verá entonces tu corazón destrozado, y reirá para sí. \ Tal cosa produce un mundo de penas sentimentales, \ y envía un año tras otro a nuevos Werthers a la tumba; \ pero es apenas un coqueteo inocente, \ no adulterio sino adulteración.

LORD BYRON, LA COQUETA FRÍA

Durante la Revolución francesa, Josefina estuvo a punto de perder la cabeza en la guillotina. Esta experiencia la dejó sin ilusiones, y con dos fines en mente: vivir una vida de placer y buscar al hombre que mejor pudiera brindársela. Pronto puso los ojos en Napoleón. Era joven y tenía un brillante futuro. Bajo su serena apariencia, intuyó Josefina, él era por completo emocional y agresivo, pero esto no

laintimidó; solo revelaba la inseguridad y debilidad de él. Sería fácil de esclavizar. Josefina se adaptó primero a sus humores, lo cautivó con su gracia femenina, lo entusiasmó con sus miradas y modales. Él deseó poseerla. Y una vez que ella suscitó este deseo, su poder radicó en posponer su satisfacción, alejándose de él, frustrándolo. D e hecho, la tortura de la persecución concedía a Napoleón un placer masoquista. Ansiaba someter el espíritu independiente de Josefina, como si ella fuera un enemigo en batalla.

Existe una manera de presentar la causa propia tratando al público con tal frialdad y condescendencia que no pueda menos que notar que aquello no se hace para complacerlo. El principio debe ser siempre no hacer concesiones a quienes no tienen nada que dar pero todo que ganar de nosotros. Podemos esperar a que supliquen de rodillas, aun si tardan mucho en hacerlo.

SIGMUND FREUD, CARTA A UN DISCÍPULO, CITADA EN PAUL ROAZEN, FREUD Y SUS SEGUIDORES

La gente es inherentemente perversa. Una conquista fácil tiene menos valor que una dificil; en realidad, solo nos excita lo que se nos niega, lo que no podemos poseer por completo. Tu mayor poder en la seducción es tu capacidad para distanciarte, para hacer que los demás te sigan, retrasando su satisfacción. La mayoría de las personas calculan mal y se rinden muy pronto, por temor a que la otra pierda interés, o a que el hecho de darle lo que quiere conceda al dador cierto poder. La verdad es lo contrario: una vez que satisfaces a alguien, pierdes la iniciativa, y te expones a que él pierda el interés al menor capricho. Recuerda: la vanidad es decisiva en el amor. Haz temer a tus objetivos que te apartarás, que dejarán de interesarte, y despertarás su inseguridad innata; el miedo de que, al conocerlos, dejen de excitarte. Estas inseguridades son devastadoras. Luego, una vez que se sientan inseguros de ti y ellos mismos, reenciende su esperanza haciéndolos sentir deseados de nuevo. Vehemencia y frialdad, vehemencia y frialdad: esta forma de la coquetería es perversamente placentera, pues aumenta el interés y mantiene la iniciativa de tu lado. Jamás te desconciertes por el enojo de tu objetivo: es signo seguro de esclavitud.

Aquella que retenga largo tiempo su poder, deberá servirse del mal de su amante.